

Un jefe PELIGROSO

Natalia Olmedo

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Natalia Olmedo*, Un jefe peligroso*
Diseño de portada: Natalia Olmedo
Maquetación: Natalia Olmedo

Un jefe peligroso

Prólogo

Yo nunca he sido pobre.

No lo digo con malicia, ojo.

Lo digo como quien dice: nunca he comido caracoles, nunca he ido a la luna, nunca he hecho una cola en el supermercado Día.

No he tenido por qué.

Mi vida siempre ha sido eso que la gente pone en Pinterest como *goals,* es decir, objetivos: pisos con moqueta italiana, viajes a Bali con desayuno flotante y un armario que haría llorar a Carrie Bradshaw.

Adelante, ódiame, suele pasarme a menudo eso de no caer bien a la gente.

Mi nombre es Catalina Ferrer, y hasta hace muy poco era una mujer con un talento especial para gastar dinero ajeno con un gusto exquisito.

Dinero ajeno equivale a dinero de mis padres, que estaban podriditos de pasta porque mi padre había hecho un buen uso de sus primeros ahorros años atrás.

Te lo podrás imaginar: inversiones, cuentas bancarias remuneradas, bolsa, alguna que otra apuesta…

Así que yo tenía la vida perfecta.

Treinta años, cero preocupaciones y una tarjeta que no conocía la palabra saldo.

Y si crees que exagero, pregúntale a mi contable.

O a mi ex contable, mejor dicho, creo que ahora trabaja en meditación trascendental.

Aquel viernes por la mañana no prometía ser especial. Me desperté en mi ático de la calle Serrano, con las sábanas más caras que se podían comprar sin una subasta, me puse mi bata de seda japonesa y desayuné medio pomelo porque una nunca sabe cuándo va a salir en una foto robada.

Después, elegí mi look como si fuera a una gala en lugar de a un brunch: vestido blanco de Sandro, sandalias imposibles de Jacquemus que me rozaban los deditos como una tortura china, gafas de sol que podrían ocultar un homicidio si me lo propusiera y bolso Chanel.

¿Demasiado para un desayuno? No.

Hay que vestir para el éxito, aunque solo sea para comer pan con aguacate.

Me encontré con Jimena y Teresa en la terraza de *Juliette & Co*, un sitio muy de moda en Madrid donde los camareros no sonreían, pero el matcha venía con arte latte.

—Cari, ¿te has hecho algo en la cara? —preguntó Jimena, que olía a perfume de nicho y odio reprimido.

—Solo una limpieza facial de oxígeno hiperbárico. Nada invasivo —mentí, acariciándome la mandíbula con aire distraído.

Me había hecho un lifting suave.

Muy suave.

Casi filosófico.

Todo iba bien.

El sol me daba en el perfil bueno, las flores de la mesa eran frescas y mi café tenía espuma.

Y entonces, como un pájaro de mal agüero en forma humana, mi móvil comenzó a vibrar sin parar.

Mensaje 1: *Catalina, llámame. Es urgente.*

Era de Ramiro, abogado. O como yo lo llamaba: Pepito Grillo con corbata.

No quise darle demasiada importancia, Ramiro solía preocuparse mucho por las cosas y a mí, sinceramente, lo único que me quitaba el sueño eran mis citas en clínicas estéticas, spa y ese tipo de cosas.

Mensaje 2: *No entres en pánico. Llama cuando estés sola.*

Ese era de mi madre, quien nunca decía esas palabras a menos que el pánico estuviera al caer.

Admito que ahí sí me empecé a agobiar un poquito.

Solo un poquito.

¿Qué se suponía que estaba pasando?

Notificación 3, el plato fuerte: *Fondos congelados. Procedimiento abierto. Agencia Tributaria.*

¿CÓMO?

Ese último tirón de estómago venía de parte de una notificación de la aplicación del banco, de parte del gestor que llevaba todas mis cositas.

Sentí un escalofrío. O quizá era el hielo derritiéndose en la kombucha de Teresa.

De manera impulsiva, levanté la mano y pedí la cuenta con un rápido movimiento al camarero.

Necesitaba salir de ahí antes de que mis amigas se dieran cuenta de que tenía un problema.

O peor, antes de que empezara a somatizar la ansiedad y me cagara viva ahí mismo.

—¿Ya? —preguntó Jimena arqueando una ceja—. ¿Ocurre algo?

Necesitaba salir de ahí, REPITO, porque otra cosa no, pero a mí me quitabas mi dinerito y me convertía en zombie de *Walking Dead* en busca de mi droga más preciada.

—Pues… —intenté decir mientras pensaba de forma acelerada una excusa creíble para mis dos amigas.

Bueno, amigas, lo que se dice amigas… más tarde descubriría que eran dos cuervos dispuestos a sacarme los ojos.

El camarero trajo la cuenta.

Yo, valiente, saqué mi tarjeta.

La negra.

La de las letras doradas.

Esa que brilla.

Esa que nunca falla.

Falló.

Esta vez sí falló.

Maldita sea…

—Uy, parece que no pasa —dijo el camarero con tono neutral, como si no acabara de tirar una bomba en mi universo.

—Debe de ser el wifi —respondí. Porque sí, yo creía esas cosas. Hasta ese momento—. Pruébelo otra vez.

Tres veces.

Tres rechazos.

Tres ocasiones en las que mi corazón se saltó un latido.

Sentía un leve tembleque en uno de mis ojos, la cafeína del café me estaba sentando como un tiro.

Teresa observaba en silencio, como una urraca elegante, y Jimena se relamía como una hiena, pero yo tenía la boca seca como el esparto.

No obstante, sonreí como si no estuviera sudando bajo mi ropa interior de Dior, porque diva se nace, cariño.

Y entonces, apareció Ramiro.

Corriendo.

Así, de pronto, ale, ale…

Su cara era un completo: "se ha acabado lo bueno, amiga".

—¡Catalina! Pero ¿qué haces aquí? Esto es humillante. No paro de llamarte…

Pero ¿qué estaba diciendo el picapleitos?

—¿Humillante? Estoy en *Juliette & Co*, Ramiro, ¿de qué hablas? Humillante es tener un salón con gotelé.

Disimular ante todo, amigas. Ya se podía estar cayendo el mundo a pedazos, que restar importancia a los problemas sobre todo delante de la gente, era la clave.

—Levántate —me dijo.

—¿Perdona?

—¡Que te levantes, Catalina! Tenemos que hablar. Y no aquí, delante de estas dos… —miró a Jimena y Teresa como quien ve a dos reporteras del corazón.

No le faltaba razón, también te digo.

Me tomó del brazo y me arrastró, literalmente, a la calle lateral del restaurante.

—¿Te has vuelto loco? —susurré.

—¿Yo? ¿YO? Catalina, tu padre ha huido. Está fuera del país. Hacienda ha congelado todo. Cuentas. Propiedades. Vehículos. Está todo en las noticias. Vuestra empresa. Vuestra fortuna. Todo se ha ido al carajo.

Una jarra de agua helada, eso es lo que fueron sus palabras para mí.

¿Qué diantres había sucedido? ¿De qué hablaba? ¿Qué significaba esa notificación del banco?

¿Qué has hecho, querido padre?

—¿Todo?

—Todo. Bueno, todo menos Don Gato. De momento.

—Ay, menos mal, es… es mi hijo —me llevé una mano al pecho.

Mi gato era sagrado, POR MI GATO MA-TO.

Sentí que el suelo temblaba. O quizá era solo el trauma de imaginarme cogiendo el metro.

—¿Y qué hago ahora?

—Trabajar. Ganar dinero. Sobrevivir. Ya se nos ocurrirá algo…

—¿Trabajar? ¿Como en... un trabajo de verdad?

Ramiro me miró.

Suspiró.

—Te buscaré algo, pero tendrás que adaptarte. Debes dejar el ático, el Porsche… No tardarán en llevarse tus cosas.

—Pero… —sentí un leve mareo— ¿dónde voy a vivir? ¿Qué voy a hacer?

—Pues irte a vivir a… no sé… Carabanchel. Deberías llamar a Cuca.

Cuca era mi abuela.

Bueno, algo así.

Era la viuda de mi abuelo, pero no mi abuela, es decir, su segunda esposa.

Mira, yo qué sé, era de mi familia, la única que me hacía verdaderamente caso y parecía quererme.

Me apoyé en la pared y observé mi reflejo en el escaparate.

Me vi divina, si me preguntan.

Arruinada, sí, pero divina.

Qué pena que el rostro se me fuera a contraer de un momento a otro por la náusea que me subía por la garganta.

No obstante, pensé: *si voy a hundirme, que al menos me pillen con pestañas postizas y dignidad alta.*

—Vale —dije al fin.

—¿Vale?

—Vale. Trabajaré.

Ramiro no lo tuvo muy claro, pero yo supe en ese instante que no me quedaba otra.

Volví a la terraza con paso firme.

Jimena me sonrió con cara de "lo sabía", agarré mi bolso Chanel y dije:

—Pagad vosotras.

Y me fui.

1
Catalina

Dos semanas más tarde

Lo primero que pienso cuando salgo del coche de Ramiro es que todo esto tiene que ser una broma de mal gusto, una cámara oculta, una intervención, algo con un mínimo de glamour, al menos.

Pero no.

Es real.

Frente a mí, un edificio de cuatro plantas color gris cemento, con manchas de humedad como toques decorativos.

Un completo horror, para ser honestas.

La puerta principal tiene rejas oxidadas, grafitis mal borrados y un cartel torcido que dice: NO FUNCIONA EL TIMBRE. GOLPEA FUERTE.

Me quedo mirando esa frase como si fuera una metáfora de mi vida actual.

La mudanza ha sido rápida, básicamente porque no había mucho que llevar; he tenido que dejarlo todo atrás.

Y cuando digo todo, me refiero al vestidor más bonito de Madrid, todos mis zapatos que me hacen sentir invencible, los carísimos abrigos de pelo falso, los pijamas de seda que combinaban con mis sábanas, las sábanas…

Por no hablar de todos mis productos coreanos de skincare, mascarillas, champús…

En mis maletas solo ha entrado lo que pude salvar antes de que pusieran los precintos en la puerta del ático: tres vestidos multiusos (fiesta, entrevista o drama, según el maquillaje), un abrigo de entretiempo que odio, cinco bragas negras, un sujetador con aro roto, una camiseta de Harvard que no sé de quién es y mis sandalias

Jacquemus por si un día me da por querer perder los dedos de los pies… entre algunas pocas cosas más.

Así que aquí estoy, en la acera, rodeada de bolsas mal cerradas y con Don Gato maullando en su transportín como si alguien le hubiese robado el alma.

Y la verdad… quizá sí.

Igual que a mí.

Desde una ventana del primer piso, una mujer me observa.

No.

Me evalua, mejor dicho.

Bata de franela floreada, pantuflas peludas, cigarro en la mano, rodete torcido y actitud de inspectora del vecindario.

Tiene una piel curtida, ojos pequeños y escrutadores y una voz grave como para doblar trailers de cine.

—Aquí no hay globo de bienvenida, guapa —dice soltando el humo como si me lo escupiera en la cara.

—Encantada de conocerte —murmuro sin mirarla.

—Veremos cuánto duras, reina. Aquí no estamos para quejas —dice, después desaparece del balcón.

¿Hola? ¿Eso es una amenaza?

Estupendo.

Ni una hora en el barrio y ya tengo némesis.

Suspiro, lo cierto es que apenas puedo controlar el temblor de mis rodillas.

—¿Estarás bien? —me pregunta Ramiro, que se ha bajado del coche para ayudarme a sacar mis pocas pertenencias.

Asiento con la cabeza, pero con un movimiento muy poco convincente.

—Quizá hubiera sido mejor quedarte con Cuca —murmura el abogado.

Niego vehementemente con la cabeza.

NO.

NI DE COÑA.

No por nada, sino porque yo ya me he acostumbrado a vivir y estar sola, se me hace insoportable solo de pensar en compartir espacio con alguien más, incluso en esta situación.

—No, estaré bien —digo con toda la seguridad que puedo—. Seguro.

—De acuerdo. No te preocupes por la fianza y demás… Me he encargado de todo.

Sonrío de forma triste, en realidad le estoy agradecida por todo lo que está haciendo por mí.

—Gracias, Ramiro.

Ramiro se despide de mí, vuelve a meterse en el coche y se marcha, dejándome sola.

Sabe que lo prefiero así.

Me armo de valor y empujo la puerta del portal con el hombro.

Cruje.

El suelo es de moqueta gris… o quizá verde, no estoy segura. Es posible que originalmente fuera beige y ahora esté llena de mierdita.

Quién sabe.

Lo único claro es que huele a sopa.

No a caldo casero de abuela dulce, no.

A sobre de supermercado barato, recalentado tres veces.

Contengo una náusea, suspiro y me dirijo al ascensor.

Sí, hay uno, por increíble que pueda parecer.

Un cubículo de metal con espejos opacos, una luz que parpadea en código morse y una placa que dice: NO MÁS DE DOS PERSONAS.

Meto una maleta.

Entro yo.

Meto la segunda.

Añado las pocas bolsas que me quedan.

Intento que Don Gato también quepa.

Y cuando quiero moverme… mi zapato se queda atrapado en la rendija de la puerta.

Literalmente.

—No. No. NO —tiro de él con cuidado. Nada. —¡SUÉLTAME, HIJO DE PUTA! —grito.

Al zapato, no al gato.

Don Gato maulla como si compartiera mi dolor.

Menos mal que alguien puede observar todo lo que sufro.

Me inclino para liberarlo.

Al zapato, insisto, si libero a Don Gato no le veo más en la vida, porque no está castrado y está más salido que el pico de una mesa.

En este momento, el ascensor se sacude.

Un zumbido.

Un latido mecánico.

Un golpe seco.

Y se apaga la luz.

Oscuridad.

Un pitido.

Y luego... nada.

—¿Hola? —digo al techo—. ¿Estoy atrapada? ¿Voy a morir pobre y encerrada?

Entonces, el móvil vibra.

Cuca.

Audio de dos minutos y treinta y seis segundos.

Claro, porque cuando todo se desmorona, tu abuela ex vedette se convierte en tu gurú espiritual.

Le doy a reproducir el audio y no tardo en escuchar su voz:

Cariño, la pobreza es un personaje. Hazlo tuyo. Yo fui pobre en el 73 y salí bailando un tango en la televisión local. ¡La miseria se lleva como un abrigo de visón, aunque pique! Este mes te pago el alquiler y algo más para que sobrevivas, tal y como hemos acordado, ya que no quieres quedarte conmigo en mi casa. Uno. ¿Me oyes? ¡UNO! El próximo lo pagas tú. Con trabajo. Con astucia. O con algún idiota millonario. Tú sabrás. Pero no te me pongas fea. Ni triste. Que la pobreza ya es bastante fea sola. Te quiero, mi sirena empobrecida. Brilla, aunque no puedas pagar la luz.

Cierro los ojos.

Este ascensor mugriento me asfixia, me he quedado sin tacón, mi gato llora, mi dignidad sangra y mi abuela me aconseja por audio como si fuera Raffaella Carrà.

Milagrosamente, la luz vuelve, la puerta se abre y puedo salir, aunque sea cojeando.

Decido subir hasta mi nuevo hogar por las escaleras, porque no me fio ni un poco del ascensor asesino, aunque tenga que hacer dos viajes.

Frente a la puerta del 3ºB, tras la segunda subida, respiro hondo.

Meto la llave que me ha dado Ramiro, pues él ha sido quien se ha encargado de hacer todo el trámite del alquiler y demás.

Es un perro fiel de mi padre, lo conozco desde pequeña, así que tampoco esperaba menos.

Entro.

El piso es… Dios mío, un insulto decorado con muebles del todo a cien.

Cuarenta metros cuadrados con paredes finas como papel, un sofá que chirria con solo mirarlo, cortinas de color incierto y un colchón que parece un cartón de leche abierto por la mitad.

Don Gato sale del transportín tras abrir su pequeña puerta. Camina dos pasos, olfatea la alfombra… y vomita con resignación.

Angelito, a mí también me gustaría quejarme así de la vida.

Me dejo caer en la cama, aunque no sin un poco de repelús.

No es cómoda.

Nada lo es.

Miro el techo y observo una grieta con forma de cuchillo que me mira de vuelta.

—Catalina Ferrer —susurro—, no estás arruinada. Solo estás… de vacaciones en el infierno.

No, no estoy huyendo de mi propia realidad.

Bueno, quizá solo un poco.

2
Catalina

Me miro en el espejo mugriento del baño un rato más tarde y veo a una desconocida.

Bueno, una desconocida con pelazo, o lo que queda de él, porque con todo esto me faltan la mitad de los tratamientos, pero desconocida al fin y al cabo.

El cristal tiene una capa de vaho pegajoso que ni la desesperación podría limpiar.

Lo froto con la manga del abrigo, no sin sentir un poquito de asco, y me observo con detenimiento.

Mi madre siempre me ha dicho que los espejos no mienten, pero ella también lo ha perdido todo, así que bueno… tampoco es que sea la persona más fiable del mundo.

—Dios mío… —susurro para mí misma— soy la versión *low cost* de mi antigua yo.

Acaricio mi cabello castaño oscuro con mechones más claros (cortesía del último balayage); lo tengo suelto y bastante largo.

Hago una mueca cuando me acuerdo de que mis puntitas van a sufrir sin estar saneadas de forma continua.

Observo mis ojos marrones, grandes, ligeramente almendrados, rodeados por un eyeliner mal aplicado con pulso tembloroso.

Santo Dios… las dos medias lunas que tengo debajo de los ojos no son ni medio normales.

Claro, sin mis parches antiojeras de Yepoda, pues me dirás.

Me quedan cuatro.

¡Cuatro!

No puedo malgastarlos.

Labios carnosos, pero sin brillo.

—Un desastre —me digo.

La piel… vale, la piel aguanta hidratada por inercia. El colágeno aún no me ha abandonado, gracias al cielo y a mis antiguos faciales de ciento veinte euros la sesión.

Y para qué hablar de la ropa…

Llevo un jersey gris que me había dejado una ex amiga después de una resaca en Formentera, unos vaqueros que ya no me sientan como recordaba… y zapatillas.

Zapatillas blancas.

Me las ha comprado el bueno de Ramiro, qué humillación.

No son deportivas de diseño, sino zapatillas normales.

De esas que usa la gente para andar.

—Yo jamás había caminado tanto en mi vida.

Respiro hondo.

No huelo mal.

El baño sí.

Algo entre lejía mal aclarada y tubería antigua.

Me echo colonia sobre el cuello y decido que puedo hacer esto.

Suspiro.

Puedo ir al supermercado, comprar cuatro cosas, volver y sobrevivir.

Hasta tengo una lista mental y todo.

—Bueno, vamos a ello.

Salgo del baño con resignación, cojo el bolso y salgo al pasillo.

Don Gato se queda mirándome desde la cama con la misma expresión que tenía mi padre cuando le hablaban de ética fiscal: perplejidad y desprecio.

Abro la puerta con cuidado, bajo las escaleras hasta llegar al primer piso, porque yo no vuelvo a subir al ascensor del demonio y entonces… ella aparece.

La vecina.

La de la bata.

La del cigarro.

La señora de las advertencias apocalípticas.

Ahora lleva una bata rosa con estampado de piñas, pantuflas fucsias con forma de unicornio y unas gafas de lectura con la montura torcida.

Pero ¿cuántas batas tiene esta señora?

¿Ha bajado así a la calle?

—¿A dónde vas, reina? —me suelta.

—A por foie y champán —respondo, sin perder la sonrisa.

—¿SÍ? Pues al final de la calle tienes el Lidl. Si pillas oferta, igual el champán te da para fregar el suelo.

—Perfecto. Así hago dos cosas en una. Glamour y limpieza.

Nos quedamos mirando: yo con mi dignidad bajo mínimos, ella con el cigarro encendido en una de sus manos.

Por alguna razón, empieza a caerme bien.

—¿Tú eres la nueva del 3ºB, no? —pregunta.

—Depende. ¿Quieres denunciarme o invitarme a café?

—Todavía no lo he decidido —dice, soltando el humo por la nariz —. Pero si me pisas el felpudo, te denuncio. Así, por ir avisando.

Asiento con la cabeza, finjo cortesía y bajo las escaleras restantes pensando que si algún día escribo mis memorias, ella tendrá capítulo propio.

Fuera hace frío, de ese que se mete por las costuras de la ropa barata.

Camino hasta el supermercado más cercano con el paso de quien jamás ha pisado uno sin maquillaje.

Cuando llego, siento que es como aterrizar en otro planeta, porque yo no estoy acostumbrada a hacer estas cosas.

Mis padres han pagado a personas para que lo hagan por nosotros.

Cojo una cesta y aquí empieza el verdadero reto.

¿Sobaos?

¿Galletas de marca blanca?

¿Chopped?

No entiendo nada.

Todo está envuelto en plásticos tristes, las etiquetas me hablan en un idioma que no es el mío.

—Bajo en sodio, sin lactosa, con omega 3… —leo para mí.

¿Esto es bueno? ¿O me están intentando envenenar con estilo?

Veo a una señora empujar un carrito con determinación y comprar seis latas de atún en aceite.

La imito, porque si ella lo hace, debe ser correcto.

Compro lo mismo que ella y unas cuantas cosas más, entre ellas un paquete de espaguetis.

Tardo cuarenta minutos en hacer una compra de emergencia.

Salgo de allí con una bolsa en cada mano, los dedos marcados por las asas y una revelación interior: la pobreza pesa.

Emprendo el camino de vuelta sintiéndome un poco menos humana, un poco más fuerte y un poquito más cercana a la Catalina que no sabía quién era, pero está dispuesta a descubrirlo.

O al menos a descubrir cómo funcionan los fuegos de la cocina.

3
Catalina

Cuando llego a casa es como si hubiera regresado de la guerra.

Una guerra en la que me han atacado con descuentos, luces fluorescentes y decisiones imposibles.

¿Tomate triturado o frito?

¿Pasta de trigo duro o espelta bio?

¿Dónde están mis menús cerrados y sin esfuerzo?

Los echo de menos como se echa de menos a un ex tóxico: con rabia, pero con hambre.

Dejo las bolsas sobre la encimera pegajosa de este pisucho, que tiene el mismo glamour que un táper olvidado en el fondo de la nevera.

Miro el reloj: la una y media.

—Vamos a cocinar —digo en voz alta. No para convencerme a mí misma, sino para que Don Gato piense que tengo el control.

Spoiler: es mentira.

Me mira desde su rincón con ojos de "esta tía se va a quemar las cejas".

Pues todo es posible, porque no he cocinado en mi puñetera vida.

Coloco las compras y, a continuación, el plan es claro: espaguetis con tomate.

Una receta tan sencilla que, en teoría, hasta un cactus podría hacerla.

YO NO.

Me cuesta quince minutos descubrir cómo encender la maldita cocina de gas, que parece salida de un episodio de Cuéntame.

Tengo una bombona de butano escondida en el mueble de abajo, y cuando giro la ruleta, el fogón suelta un petardazo que me hace gritar como si hubiera pisado fuego real.

—¿Pero qué es esto? ¿Un ritual satánico?

Don Gato huye del susto.

A mí también me gustaría hacerlo si pudiera.

Pongo el agua a calentar y cuando por fin empieza a burbujear, tiro los espaguetis enteros, sin partir ni nada.

Se salen de la olla y se quedan bailando como una instalación artística fallida.

Meto una cuchara de madera y la uso para empujarlos.

La cuchara cruje, no preguntes por qué.

Después abro el bote de tomate y, al girarlo, me salpicó directo en el jersey.

—Joder.

Respiro hondo y pienso en Cuca.

En este momento suena su voz en mi cabeza: "Cariño, no pierdas los nervios por salsa. Pierde los nervios por hombres. O por dinero. La salsa, se lava."

Me río sola.

O lloro.

No sé.

Ambas cosas se parecen últimamente.

Y entonces... ocurre.

Al abrir el armario que está bajo los fuegos de la cocina buscando un plato en el que poner mi comida, veo algo moverse.

Primero es algo rápido.

Luego, unas patitas.

Y después, una cucaracha del tamaño de una aceituna gorda sale disparada.

Grito.

Grito con el alma de una aristócrata que ha pisado barro con tacones nuevos.

Grito como si la cucaracha tuviera intención de hacerme una transferencia.

—¡NO, NO, NO! —corro a buscar una zapatilla.

No encuentro ninguna.

Uso la cuchara de madera.

Fallo.

La cucaracha desaparece detrás del frigorífico y yo me quedo en el suelo, respirando de forma entrecortada, con salsa en el pecho y dignidad bajo mínimos.

—Necesito ayuda —dije.

Y eso, viniendo de mí, es como firmar un tratado de paz con la clase media.

Salgo al pasillo, bajo los escalones a trompicones y golpeo la puerta de la vecina porque es lo primero que se me ocurre.

Una.

Dos.

Tres veces.

Nada.

Justo cuando, desesperada, pienso en rendirme, se abre una rendija.

Aquí está…

La señora de la bata.

Con su cigarro.

Sus gafas.

Y una media sonrisa que me dice: "Te tengo, princesa."

—¿Te pasa algo, reina? —pregunta.

—Necesito ayuda.

—¿Te ha pasado algo?

—Una cucaracha casi me mata, ¿te parece poco?

La señora suelta una risa histriónica que me hace fruncir el ceño al instante.

—¿Qué? Estaba intentando cocinar y…

—¿Tú? ¿Cocinar?

—Sí. Estaba haciendo pasta y creo que me ha declarado la guerra.

Se queda callada y me mira de arriba abajo.

A la mancha de tomate.

A mi cara desesperada.

—Bueno… —suspira—. Quien no llora, no mama, ¿no?

—Exactamente —asentí, avergonzada hasta decir basta.

—Bueno… veamos qué podemos hacer, te acompaño.

4
Catalina

Cuando mi madre me decía de pequeña que no se puede juzgar un libro por su portada, yo la ignoraba.

Porque, seamos honestas, hay portadas que gritan "no te acerques".

Como las de los libros de autoayuda con títulos tipo: Despierta a la diosa que llevas dentro o, en este caso, como mi vecina del primero B.

La mujer de la bata, la del cigarro eterno, la señora con actitud de portera de discoteca pero sin discoteca, que me acompaña hasta mi nueva casa sin decir ni mu, sin preguntas, como si supiera que en este momento yo no soy una amenaza, sino una causa perdida.

—Saca lo que tengas —dice, así que yo le enseño mi intento de cocinar el plato de espaguetis y lo que he comprado en el súper.

Ella no dice nada, solo alza una ceja.

—Bueno, no es un festín, pero se puede salvar.

En el rato posterior me enseña a cortar cebolla sin llorar (respirando por la boca), a cocer pasta sin que se pegue (agua con sal y un chorro de aceite, reina, no inventes), a freír el tomate sin carbonizarlo y a no encender el gas como si fuera un lanzallamas.

Entre risas, golpes de cuchara y consejos que parecen sacados de un libro de supervivencia urbana, empiezo a verla distinta.

—¿Tú cómo te llamas? —pregunto, cuando ya estamos removiendo la salsa con aire de cómplices.

—Maruja.

—¿De verdad?

—Bueno, legalmente me llamo María Jesús, pero todo el mundo me llama Maruja, así que... Al final, una es lo que le dicen que es.

—¿Y qué eres?

—Una tía que ha vivido mucho y se ha callado poco —responde, sonriendo por primera vez.

La invito a que se quede a comer conmigo, así no me siento tan sola.

—A esto le hace falta mucha agua, ¿eh?

—¿Agua? —pregunto.

—Limpiar, nena, aquí hay que limpiar.

—Oh —digo, asintiendo con la cabeza.

Después me cuenta que es viuda, que ha trabajado como costurera durante muchísimos años, que vive sola y que su única hija se fue a Alemania con un informático que habla tres idiomas y ninguno de los que ella entiende.

Y que ahora… está bien.

—¿Y tú? —me pregunta, sin mirarme directamente.

—Yo… —trago saliva—. Yo lo he perdido todo.

—¿Y antes qué tenías?

—Todo.

—¿Y sabías usar una olla?

La miro.

Niego con la cabeza.

Ella sonríe.

—Entonces solo perdiste cosas. No lo importante.

Me quedo en silencio.

Porque no sé si quiero abrazarla, llorar o fingir que no me ha tocado lo que acaba de decirme.

Seguimos comiendo en esta mesa que está menos mugrienta porque Maruja la ha limpiado con una servilleta mojada en agua.

La pasta con tomate y cebolla está buena; le hemos echado un poco de atún por encima y estamos bebiendo vino barato que sabe a amistad sin etiquetas.

—¿Puedo preguntarte algo, Maruja?

—Lo que quieras.

—¿Por qué me ayudas?

—Porque tú me recuerdas a alguien que también se creía que lo sabía todo… hasta que la vida le dijo: "bonita, espabila."

Y brindamos.

Por la pasta, por la vida, y por la certeza de que a veces la persona que más necesitas es la que menos esperas.

5
Catalina

Esa tarde, después de la inesperada comida con Maruja, mi nueva vecina me ayuda a limpiar toda la casa; incluso me presta sus productos de limpieza para ello y me acondiciona con algunas cosas que se me ha olvidado comprar como, por ejemplo, papel higiénico.

Deja de oler a sopa rancia y tubería, aunque estos cuarenta metros cuadrados todavía los piso con una sensación extraña, como si hubiese cruzado un umbral sin retorno.

Ya no soy Catalina Ferrer, la heredera de nada.

Ahora soy Catalina Ferrer, inquilina con contrato por un mes y sin plan.

Necesito dejar huella.

Don Gato me observa desde una esquina con cara de "¿qué hemos hecho, humana?".

Se acerca a su cuenco y olfatea el pienso nuevo.

—Es lo que hay, cariño —le digo—. O esto, o aprendemos a cazar juntos.

Recuerdo la cucaracha de esa mañana y me da repelús.

El gato maulla, pero no en plan mimoso, sino como si me juzgara.

Me siento igual que cuando mi madre me preguntaba si ya me habían dado las notas del instituto.

Un rato más tarde ceno algo ligero.

Una manzana roja y un yogur blanco, porque tengo el estómago cerrado.

Nada gourmet.

Nada instagrameable.

Pero comestible.

Me pongo el pijama (bueno, una camiseta vieja de un ex que dice "Keep it casual") tras darme una ducha con el último bote de

gel del caro que me queda y me meto en la cama de noventa como si fuera una cápsula de castigo.

Don Gato se acomoda junto a mis pies, pero no sin soltar un bufido, como si dijera: "Mira que has tenido oportunidades en la vida y has acabado aquí, conmigo, durmiendo encima de una colcha de poliéster."

Apago la luz.

Y ahora es cuando llegan los pensamientos.

Pero no los bonitos, los otros, esos que se meten por la rendija del silencio y te hacen preguntas con voz de ex.

¿Y si esto ya no remonta?

¿Y si tu padre no vuelve nunca y se ha llevado tu vida entera en una maleta de ruedas?

¿Y si te embargan también el alma?

¿Y si la cucaracha tiene amigos y planean un golpe de estado?

Y también estos:

¿Cuánto vale un riñón en el mercado negro?

¿Se puede sobrevivir a base de café, orgullo y atún en lata?

¿Se puede ligar sin tener casa propia?

¿Dónde están mis cremas?

Mis cremas, joder.

Intento respirar y cuento ovejas.

Me quedo en la número tres porque empiezo a pensar en su lana y si picaría si fuera mantita.

Intento visualizar mi futuro, pero cada vez que cierro los ojos aparece el microondas sin plato giratorio.

Un símbolo.

Una amenaza.

Qué futuro tan negro.

Don Gato se mueve y se acomoda en mi cadera.

Y entonces, como si no pudiera evitarlo, susurro:

—Vamos a salir de esta. Te lo juro. O nos hacemos influencers de ruina. Lo que salga primero.

No duermo del todo, simplemente floto entre el sueño y la realidad como flotan los ricos cuando pierden el yate: sin rumbo, pero con cierto porte.

A las seis de la mañana me despierta el sonido de un camión de la basura.

Y es en este momento, entre bolsas negras y claxon de recogida, cuando sé con certeza que he tocado fondo y, contra todo pronóstico…

sigo viva.

6
Catalina

Vuelvo a dormirme y un par de horas más tarde no sé qué es lo que me despierta antes: si el sonido estridente del teléfono o mi propia pesadilla soñando que trabajo como basurera.

Estoy medio dormida, enredada en una sábana que ha perdido la batalla contra mi cuerpo durante la noche, cuando el móvil empieza a sonar de nuevo con la intensidad de quien tiene cosas serias que decir.

Miro la pantalla.

Ramiro.

Maravilloso.

No han pasado ni veinticuatro horas desde que vivo aquí y querrá cerciorarse de que sigo existiendo.

No lo juzgo, que conste.

Deslizo para responder y me apoyo contra la almohada con el móvil pegado a la oreja y los ojos cerrados todavía.

—¿Catalina?

—Ramiro, ¿sabes que hay personas que tienen la fea costumbre de dormir antes de que les cambien la vida otra vez?

—Escúchame, no tenemos tiempo para dramatismos, diva. He movido hilos. He llamado a gente. He ofrecido mi alma y probablemente tu primer hijo a cambio de una oportunidad.

Abro los ojos de golpe.

—¿Qué has hecho, Ramiro?

—Te he conseguido una entrevista de trabajo.

—¿Una qué?

—Trabajo. Empleo. Nómina. Horario. Lo que hablamos, ya sabes.

—¿Y eso se come con tenedor o con cuchara?

—Catalina, es una empresa potente. Multinacional. Oficinas en Madrid, buen ambiente. Y han aceptado entrevistarte hoy mismo.

Les he dicho que eres brillante, resolutiva y… bueno, que te han pillado en un año sabático forzado.

—¿No les has dicho que mi mayor responsabilidad ha sido elegir vino y stories destacadas durante los últimos años?

—No, por el amor de Dios. Ponte guapa. Llega puntual. Y por favor, no hables de tu gato como si fuera una persona.

—¡Don Gato merece respeto!

—¡Y tú un sueldo! Hablamos luego. Te paso la dirección y la hora por WhatsApp.

Y cuelga.

Me quedo un segundo en silencio.

Una entrevista de trabajo.

La primera de mi vida.

Quiero decir, entrevistas he tenido muchas: con diseñadores, maquilladores, ginecólogos…

Pero esto es distinto, esto era real.

Apenas tengo tiempo de procesarlo porque alguien llama a la puerta con tres golpecitos secos.

Me levanto y camino descalza hasta la puerta, pongo un ojito en la mirilla y aquí está Maruja con su bata del día —hoy con estampado de flamencos— y una taza con líquido humeante en la mano.

—¿Has sobrevivido a tu primera noche en Mordor?

—Sigo viva, aunque el colchón ha intentado asfixiarme en sueños.

—Te lo dije. Esa espuma no es de fiar.

Me sonríe con esa mezcla de sarcasmo y ternura que empieza a parecerme familiar.

—He hecho café. Bueno, café del bueno. Nada de cápsulas. Esto se hace con amor y cucharilla. ¿Quieres una taza?

—Sí.

No lo dudo.

No por el café, sino porque… necesito que alguien me haga creer que este día puede ir bien.

Y si esa persona lleva puesta una bata de flamencos, pues adelante.

Maruja baja a su casa a por otra taza de café y un platito con pastas. Después desayunamos sentadas en mi micro salón, mientras Don Gato nos mira con desconfianza desde el radiador.

—¿Y ese meneo en la cara? —me pregunta Maruja.

—Tengo una entrevista de trabajo.

—¡¿Tú?!

—Sí. Al parecer la ruina me ha vuelto competente.

—Pues te diré una cosa, reina: El trabajo no mata, pero da una mala leche los lunes que no veas.

Después de despedirme con una sonrisa y prometerle que no me haré la muerta para no ir, me encierro en el baño.

Y es entonces cuando comienza la guerra del espejo.

Rescato mi neceser con las pocas cosas de maquillaje que pude salvar, sacudo mi melena y me aplico corrector como si fuera pintura de guerra.

Me pongo máscara de pestañas con la precisión de una neurocirujana y selecciono el único conjunto decente que tengo y que puede funcionar:

Un mono negro sin arrugas (milagrosamente salvado del embargo), pendientes pequeños pero con presencia y esos zapatos que no duelen tanto si no respiro fuerte.

Me miro al espejo, ajusté la postura y respiro hondo.

—Catalina Ferrer. Primera entrevista. No llorar. No insultar. No hablar de cremas.

Pausa.

—Bueno, pocas cremas.

Cojo mi bolso, me echo colonia y me observo una última vez antes de salir por la puerta, repitiendo mentalmente: No se nota que estás perdida. No se nota que estás arruinada.

Pero, claro, no tengo ni idea de lo que va a suceder a continuación.

Agárrate, que vienen curvas.

7
Catalina

En mi vida he cogido el metro.

Lo digo sin vergüenza.

Bueno… con la suficiente como para no confesarlo en voz alta.

Pero esta mañana, con los zapatos bien plantados, el poco maquillaje que he podido utilizar y la dignidad colgando del último hilo de esperanza, me veo obligada a enfrentarme a este agujero infernal llamado transporte público.

Ramiro, que me ha enviado la dirección de la entrevista y la hora por WhatsApp, ha añadido de paso un mensajito:

"Catalina, si llegas tarde, me disuelvo en ácido."

Así que aquí estoy: a las 10:33, frente a la entrada del metro más cercana a mi nueva casa, con el corazón encogido y una tarjeta de transporte recién comprada con uno de los billetes azules que me dio Cuca.

—Vale —me digo frente a la máquina—. Esto no puede ser tan complicado.

Spoiler: lo es.

No entiendo los colores de las líneas.

No entiendo los números.

No entiendo por qué alguien ha decidido que cambiar de tren significa caminar por túneles oscuros con olor a humanidad exprimida.

Y entonces, sin saber cómo, acabo en la línea equivocada.

En dirección contraria.

Y no en "me bajo en la siguiente" equivocada. No.

En "¿por qué estoy en Vallecas si iba a Nuevos Ministerios?" equivocada.

Miro el reloj.

Las once.

Mi entrevista es a las once y media.

Tragedia.

Sudo, pero solo por dentro.

Por fuera, mantengo el tipo.

El maquillaje está sufriendo; mi corazón, que late frenético, también.

Y entonces, como el caos llama al caos, me tiembla el móvil en la mano.

Sin pensarlo, marco.

Cuca.

Mi única esperanza.

Mi consejera espiritual.

Mi diosa del despropósito.

—¡Mi amor! —contesta con su tono habitual de diva de los setenta—. ¿Estás llamando desde la cárcel o desde el altar?

—Cuca, estoy en el metro.

—¿Estás dónde?

—En el metro. Bajo tierra. Rodeada de gente. Huele a… cosas. No sé cómo explicarlo. Me he perdido.

—¿Te han drogado? ¿Te han robado?

—No. Solo me he confundido de línea.

—¿Línea? ¿Pero eso no va con ruedas?

—¡Cuca! ¡Esto es serio! Tengo una entrevista de trabajo y estoy en el fin del mundo.

—¿Y llevas bragas bonitas, al menos?

Me detengo.

Respiro.

Hay un tipo tocando el acordeón a escasos metros, una niña llorando y una señora gritándole al aire.

—Cuca, me estoy descomponiendo.

—Mi amor, recuerda lo que te enseñé. Lo importante no es a dónde vas, es cómo llegas.

—¿Tarde, perdida y con los pies llenos de polvo del subsuelo?

—No, no. Con la cabeza alta y el culo apretado. Esa es la postura del éxito.

La odio.

La amo.

Quiero abrazarla, pero también colgarle el teléfono.

—¿Y si no llego?

—Llegarás. Y si no, finge una catástrofe natural. Un incendio, un parto múltiple, algo dramático. Pero tú no te presentas como una cualquiera. Tú llegas como una estrella que brilla hasta en el metro.

—Cuca… llevo la poca máscaras de pestañas que me queda y me lloran los ojos.

—Pues que se note el drama, cariño. ¡Que parezcas una viuda de película turca!

—Te odio.

—Y yo a ti. Ahora anda, encuentra esa empresa, sécate el sudor y recuerda: nadie contrata a una mujer que parece confundida. Así que sonríe como si fueras la directora general y ten la decencia de disimular que no tienes ni idea de lo que haces.

Cuelga.

Cuca siempre cuelga primero, como si fuera una despedida de telenovela.

Lo que no sé es cómo he conseguido algo de cobertura aquí abajo.

Respiro y me bajo en la estación más cercana que suena mínimamente familiar.

Busco la salida y corro por calles que no conozco.

Paso por delante de un bar que huele a churros y me dan ganas de romper a llorar.

Me arreglo el pelo mientras camino, me muerdo el labio para que se ponga rojo y vuelvo a mirar la dirección en Google Maps.

No estoy lejos.

Camino un poco más y llego.

A las once y cincuenta y cuatro minutos.

Pues tardísimo, joder.

Edificio.

Puerta giratoria.

Recibidor con mármol y cristal y recepcionistas que parecen sacadas de una agencia de modelos en prácticas.

Me miro en el reflejo del ascensor, ajusto los hombros, subo la barbilla y recito en voz baja:

—Objetivo: conseguir este maldito trabajo. Por Don Gato. Por Cuca. Por los pocos euros que me quedan. Por todo lo que he perdido. Y por todo lo que aún me niego a soltar.

8
Catalina

Los ascensores de los edificios elegantes tienen esa extraña capacidad de hacerte sentir que estás en el lugar correcto... aunque vayas a una entrevista con el estómago encogido y una pestaña a punto de despegarse.

Este huele a madera cara y ego.

El ascensor se para y trago saliva costosamente, intentando quitarme de la cabeza el recuerdo del ascensor de mi edificio.

Se abren las puertas y es entonces cuando lo veo entrar.

ÉL.

Traje gris oscuro.

Camisa blanca.

Reloj de esos que no enseñan la hora, sino el poder adquisitivo.

Pelo ligeramente desordenado de forma estudiadamente sexy.

Y unos ojos que me suenan, pero que no termino de ubicar.

Camina con esa seguridad molesta de los hombres que lo tienen todo bajo control.

Nos cruzamos.

Me mira.

Yo también.

Un microsegundo de contacto visual.

Chispas.

O quizá es solo electricidad estática.

Yo qué sé.

—Buenos días —dice él, con una media sonrisa que parece tener doble filo.

Aprieto el bolso contra mis costillas, conteniendo una náusea.

Lo observo de nuevo y se me congela la sangre.

Ahora sí lo reconozco en medio segundo.

Mateo Escassi.

No me hace falta oír su voz de nuevo para saberlo.

Ese porte, esa cara de "soy el mejor en todo lo que hago y lo sabes", esa seguridad arrogante que me revolvía el estómago en el instituto.

Y ahora, de golpe, lo tengo a un metro.

En un ascensor.

Con las puertas cerradas.

Me clavo los tacones al suelo como si pudiera defenderme con ellos.

No le digo nada, me hago la sueca, pero por dentro, mi cerebro grita: ¿En serio? ¿Él? ¿Aquí? ¿Hoy? ¿Ahora?

—¿Planta doce? —pregunta, pulsando el botón sin mirarme.

Su voz suena más grave.

Más madura.

Más... asquerosamente perfecta.

—Sí —respondo, sin mirarlo.

No se merece ni una ceja levantada.

El capullo que me hacía la vida imposible en secundaria.

El tipo que me robaba el sitio en clase y las ganas de existir.

El que me llamaba "reina del drama" cuando aún ni siquiera sabía que lo sería.

El imbécil que siempre tenía algo que decir… y nunca era bonito.

—¿Primera vez en el edificio? —insiste.

—¿Se nota?

—Un poco. Tienes cara de "¿dónde coño me he metido?".

—Y tú tienes cara de que sabes demasiado para un día entre semana.

Él se ríe.

Tal como lo hacía en el instituto cuando se metía conmigo delante de todos.

Porque sí, Mateo me hizo la vida imposible durante años.

Y no en plan "te molesto porque me gustas". No.

Él era el típico niño que lo tenía todo: carita de bueno, notas brillantes, padres perfectos y un talento especial para hacerte sentir una mierda… sin levantar la voz.

Me escondía los libros.

Me cambiaba el nombre en la lista para que la profe me llamara "Catalina la fina".

Una vez pegó una compresa en mi mochila.

Con alas.

Abierta.

Toda la clase se rio.

Yo quise morirme.

Y ahora está aquí, con barba de anuncio de perfume y esa mirada que lo atraviesa todo.

Me mira de reojo.

Yo también, aunque solo un poco.

Solo para confirmar que no ha empeorado.

Spoiler: no ha empeorado.

Ha mejorado.

Mucho.

Y eso me da más rabia todavía.

—¿Entrevista? —pregunta, sin quitarse esa sonrisita.

—Sí.

—¿Nerviosa?

—Más por si el ascensor se queda atrapado contigo que por lo que me espera arriba.

Él vuelve a reír.

Yo no.

No le doy el gusto.

No después de haber tenido que ir al instituto con miedo de que me escondiera los zapatos de gimnasia otra vez.

—¿Trabajas aquí? —pregunto, fingiendo interés mientras contengo las ganas de meterle el tacón en el culo.

—Algo así.

—Ah —atino a decir.

—Tranquila, irá bien —me dice.

—Estoy un poco fuera de mi hábitat.

—¿Y cuál sería ese hábitat?

—Normalmente suelo estar más cerca de un *brunch* con vistas que de una sala de espera con plantas estresadas. Seguramente es lo que me espera cuando las puertas de este ascensor se abran.

Otra sonrisa.

Y entonces, se me acerca un paso.

¿Es que no se acuerda de mí, el muy imbécil, o qué pasa?

—Pues bienvenida a la jungla, princesa.

¿Perdona?

¿Princesa?

¿Estamos en 2007 o qué?

—¿Te has aprendido eso en un curso de liderazgo o lo usas con todas? —replico, alzando una ceja.

—Solo con las que parecen que van a comerse el mundo… pero se han puesto los zapatos equivocados para hacerlo.

Miro mis tacones.

Él también.

—Sabes mucho de zapatos.

—Y tú sabes poco de disimular el miedo.

Qué hijo de…

Boom.

Una punzada en el ego.

Ding.

Planta doce.

—Bueno, suerte.

Las puertas se abren y él me deja pasar primero.

Caballero, como siempre.

Asqueroso, como nunca ha dejado de serlo.

Lo pierdo de vista mientras camino y me arde el estómago.

Me encuentro con una recepción enorme, de esas que huelen a café caro y tienen plantas que no parecen de verdad pero sí lo son, porque en estos sitios hasta la vegetación es competente.

—Buenos días —me dice la recepcionista con una sonrisa tan perfecta que me dan ganas de preguntarle si la ha practicado frente al espejo.

—Hola, vengo para una entrevista. Catalina Ferrer. Lamento la tardanza, había mucho atasco —miento.

—Claro, Catalina. No te preocupes, vamos con un poco de retraso, puedes esperar allí —me indica un pequeño sofá minimalista de esos que son más decoración que asiento.

Asiento con la cabeza, conteniendo las ganas de limpiarme el sudor de la frente.

¡Qué bien que vayan con retraso!

Me siento como una reina arruinada, es decir: recta, elegante, con las piernas cruzadas pero la ansiedad desatada, porque el pasado me late entre las costillas.

Y lo peor de todo: no tengo ni idea de que ese cabrón con traje... es mi nuevo jefe.

9
Mateo

Catalina Ferrer.

Una recomendación directa de Ramiro, mi exabogado y uno de los pocos tíos que aún se toman la vida con cierto sentido del deber.

Me dijo que la chica necesitaba una oportunidad. Que era lista, espabilada y que venía de buena familia.

Lo aprobé sin pensar, tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Hay un marrón monumental en la empresa: el proyecto de Dubai se tambalea, los socios italianos no paran de poner pegas y las cifras del último trimestre son como una bofetada con la mano abierta.

Mi empresa está haciendo aguas.

Y necesito fuego nuevo.

Gente que no venga ya contaminada por la política interna de este nido de egos.

Una recomendación personal y una cara nueva es justo lo que buscaba.

Pero entonces… entré en el ascensor.

Y todo lo demás desapareció.

La vi.

Alta.

Delgada.

Pelo largo y castaño con matices dorados.

Labios pintados, mirada segura, aunque se notaba que iba tragando nervios.

Y de pronto, la realidad me golpeó: era ella.

Catalina Ferrer.

La niña de papá.

La intocable.

La que se sentaba en primera fila y olía a perfume caro antes de que supiera lo que era el deseo.

La que me miraba como si yo fuera un insecto…

Recuerdo cómo me burlaba de ella, sí.

Cómo la llamaba "reina del drama".

Cómo le escondía las cosas, cómo le hacía bromas pesadas.

Pero no lo hacía por crueldad, lo hacía porque no sabía cómo tenerla cerca sin que me doliera.

Catalina era todo lo que yo no era.

Rica. Intocable. Siempre impecable.

Y por alguna razón, me jodía.

Y ahora está aquí.

En mi empresa.

En mi ascensor.

Y no tiene ni idea.

Me acerqué un poco.

Jugué.

No me presenté.

Solo tanteé la situación.

Le lancé una frase.

Ella me contestó con otra aún más afilada.

Comprobé que no ha perdido ni el carácter, ni el veneno.

—¿Entrevista?

—Sí.

—¿Nerviosa?

—Más por si el ascensor se queda atrapado contigo que por lo que me espera arriba.

Sonrío.

No puedo evitarlo.

La Ferrer no se ha rendido.

Y eso me gusta.

Quizá más de lo que debería.

Cuando se abren las puertas del ascensor Catalina entra en la sala de recepción sin saber a quién va a encontrarse escasos minutos más tarde.

Sin saber que el niño que le pegó una compresa en la mochila y la llamó pija de plástico ahora es el jefe de una multinacional en crisis.

Y que la va a entrevistar.

Yo vuelvo a mi despacho, cruzando miradas con compañeros que no saben ni la mitad de lo que ocurre detrás de mis sonrisas.

Cierro la puerta.

Me apoyo contra la mesa.

Respiro hondo.

No tengo ni idea de qué coño estoy haciendo.

Pero hay una cosa clara: Catalina Ferrer va a trabajar aquí.

Y no por compasión.

No por venganza.

Porque si alguien puede remover todo este embrollo, sacudir las cosas y desquiciar a los egos que me rodean es ella.

La niña rica que me miraba con asco.

La mujer que ahora me mira como si no me reconociera.

La que me odia con estilo.

La que entra en mi empresa como una bomba de relojería con labios rojos.

Bienvenida a mi mundo, princesa.

Vamos a ver de qué estás hecha.

10
Catalina

El pasillo parece más largo de lo normal cuando me avisan de que ya puedo entrar al cubículo donde acontecerá la entrevista, como si supiera lo que me espera al final.

Camino despacio, con los tacones marcando el suelo de mármol con cada paso, una coreografía de poder ensayada en mil eventos de cóctel.

Respiro hondo.

Pienso en Cuca.

Pienso en Don Gato comiendo pienso barato.

Pienso en el metro.

No. Mejor no pienso en el metro.

Me ajusto el cinturón del mono negro.

La tela cae perfecta.

El maquillaje sigue intacto, o al menos eso creo.

La compostura… más o menos.

Llego frente a la puerta con el número 3, justo donde me ha indicado la recepcionista.

La sala donde se supone que voy a convencer a un desconocido de que me contrate, a pesar de no haber trabajado en mi vida ni media jornada en Zara.

Toco una vez.

Escucho un "adelante" al otro lado que me contrae las tripas.

Abro la puerta.

Y el mundo se me cae encima con la elegancia de una lámpara de araña.

Allí está.

Mateo.

Sentado al otro lado de la mesa.

Sonriendo.

Cómodo.

Esperándome.

Él.

El del ascensor.

El imbécil del instituto.

El que me convertía en el hazmerreír de la clase solo con una frase.

El que me llamaba Catalina la fina, mientras me pegaba chicles en la silla.

Lo miro.

Él me mira.

No dice nada.

Solo me invita a sentarme con una mano extendida y esa sonrisa de lobo que siempre me ha dado ganas de lanzarle algo a la cabeza.

—Catalina Ferrer —dice, con voz firme, como si no supiera exactamente quién soy desde el minuto uno.

Gilipollas.

—Mateo —respondo, sin disimular el veneno en mi voz—. Qué sorpresa tan… innecesaria.

—Me alegra verte. Otra vez.

—Tú también me has reconocido. A mí no. Pero estoy trabajando en mi capacidad de fingir.

Él se ríe.

Por supuesto que se ríe.

El muy idiota disfruta.

—¿No te lo esperabas? —pregunta—. Llegas tarde, por cierto.

—¿Encontrarme contigo? Ni en mis peores pesadillas.

Ignoro lo de que llego tarde, muerta de vergüenza que disimulo bastante bien, o eso espero.

—Qué halagador.

Me siento, cruzo las piernas y clavo los tacones en el suelo como si eso pudiera anclarme a algo que no sea el deseo de salir corriendo.

Él se reclina hacia atrás.

Está tranquilo, dominante, como si estuviéramos jugando al ajedrez y él ya llevara cinco movimientos de ventaja.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunta.

—Imagino que para que me humilles con contrato fijo.

—No. Para ofrecerte una oportunidad.

—¿Tú? ¿Ofrecerme algo?

—El mundo da vueltas, Catalina.

—Sí, pero no pensaba que me llevarían de vuelta a secundaria con moqueta de oficina.

Él me lanza una mirada que no logro descifrar del todo.

Hay ironía, pero también algo más: una chispa, un recuerdo, un silencio compartido que ninguno de los dos quiere desenterrar.

—¿Por qué quieres este trabajo? —pregunta, con voz de entrevistador profesional, como si esto fuera una entrevista cualquiera y no estuviéramos sentados sobre un campo de minas emocional.

—Porque no tengo alternativa, necesito un sueldo. Si no me contratas, tendré que hacerme youtuber de cocina sin cocina.

—Interesante.

—¿Te parece gracioso?

—Me parece… honesto. Y tú nunca fuiste buena mintiendo.

—Y tú nunca fuiste bueno callándote.

Silencio.

Solo unos segundos.

Suficientes para que ambos sepamos que esto no va de currículums ni de habilidades.

Va de otra cosa: de pasado, cuentas pendientes, algo que ni siquiera sé si quiero entender.

Mateo cierra una carpeta, apoya las manos sobre la mesa y dice:

—Estás contratada.

—¿Perdona?

—Empiezas el lunes que viene a las nueve. Puntualidad, discreción y nada de venganzas personales, espero.

—¿Y si no quiero?

—Entonces vuelve a… donde sea que estés metida —dice haciendo un movimiento altivo con una de sus manos—. Aunque dudo que te quede tan bien como este despacho.

Me levanto despacio, recojo mi bolso y lo miro a los ojos.

—¿Por qué lo haces?

—¿Darte trabajo?

—Darme espacio en tu terreno.

—Porque tengo curiosidad. Y porque creo que puedes ser útil.

—¿Y si no?

—Entonces al menos me divertiré viéndote intentarlo.

Sonríe.

Yo no.

No le doy ese gusto.

Salgo de la sala con el corazón latiéndome en las costillas y el orgullo arrugado como una camiseta mal doblada.

No sé qué es esto.

No sé si es una oportunidad o una trampa.

Pero sí sé algo: Mateo Escassi acaba de darme acceso a su mundo.

Y lo que no sabe es que pienso usar cada segundo para colarme hasta el fondo…

y tumbar su castillo desde dentro.

11
Catalina

Cuando suena el portero automático y Cuca me abre sin preguntar quién es, ya sé que está de buen humor.

Eso, o se ha vuelto a olvidar de que vive en Madrid y no en un palacio del siglo XVII.

Subo en el ascensor de su edificio antiguo, que se mueve como si necesitara terapia y un par de Valiums.

Llego al ático y me recibe una puerta color vino tinto con un llamador dorado en forma de león.

—¡Catalina, cariño, estás horrible!

—Gracias, abuela. Tú también estás radiante de desdén.

Me abraza con fuerza; ese tipo de abrazo que huele a laca, Chanel N°5 y ginebra en fase de evaporación.

Cuca siempre huele a drama de alta gama.

—Ven, que he preparado gin tonic. Nada de llorar con agua. Las mujeres de nuestra familia no hacemos eso.

Entro en su salón, que es una especie de museo barroco con tendencias disco: fotos enmarcadas de ella en bata de plumas, retratos en blanco y negro de "sus años dorados", y un cojín con la frase bordada "La dignidad no se embarga".

No estoy segura de si lo compró o se lo mandó mi padre.

Sigue en fuga, por cierto, no he tenido noticias de él, ni tampoco de mi madre.

Nos sentamos.

Ella me pasa el gin tonic y yo lo agarro como si fuera un flotador emocional.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado? Cuéntame todo. ¿Te han ofrecido casarte con un millonario tailandés? ¿Te han confundido con una princesa saudí?

—He conseguido el trabajo.

—¿Lo ves? Eso se llama reinventarse.

—Mi jefe es Mateo Escassi.

Cuca se detiene, da un sorbo del gin y me mira por encima de las gafas.

—¿Mateo Escassi? ¿Ese que te hacía la vida imposible en el instituto?

—El mismo.

—¡Ay, qué maravilla!

—¿Maravilla? ¿Estás bien? ¿Te ha dado un ictus y lo estás celebrando?

—Catalina, mi vida, escúchame bien. Eso no es casualidad. Eso es el universo sirviéndote la revancha en bandeja de plata con hielos y rodajita de lima.

—No es una revancha, Cuca. Es una tortura.

—Entonces conviértela en ópera. Sufre, pero con estilo. Y si vas a llorar… que sea con rímel *waterproof*.

Bebo un trago. El gin tonic está más fuerte que mis ganas de vivir.

—No lo entiendo. ¿Por qué él? ¿Por qué ahora?

—Porque el karma no siempre llega para castigarte. A veces llega para reírse en tu cara… y obligarte a espabilar.

Me encojo en el sofá.

Me siento pequeña, vulnerable y odiando cada centímetro de fragilidad que se me escapa por los poros.

Cuca me mira, más suave esta vez.

—Mira, nena: a ti te criaron para ser una esposa perfecta, una señora bien, una Catalina de escaparate, pero eso ya no existe.

Ahora eres libre, aunque duela. Y con esa libertad puedes hacer dos cosas: desaparecer… o convertirte en la jodida reina de tu propia historia.

—Quiero hundirlo, Cuca. Quiero hacer que su empresa se venga abajo, por todo lo que me hizo pasar.

—Pues hazlo. Pero que no se te note. Sonríe mientras lo haces. Que crea que te estás enamorando mientras le quitas las columnas. Y mientras tanto, el dinero te va a venir muy bien. Claro, has pasado de comer caviar a yakisoba en agua… esas cosas se notan.

—No me estoy enamorando —aclaro, porque ¿qué diantres dice?

—Eso lo sabremos en el capítulo veinte, cariño.

La odio.

La adoro.

La quiero encerrar en una caja fuerte y sacarla solo cuando mi autoestima esté a punto de morir.

Termino el gin tonic.

Ella me pinta una uña del pie con esmalte rojo, porque dice que el rojo da poder.

Y cuando me voy, me da un beso en la frente y susurra:

—Mátalo. O ámalo. Pero hazlo bien.

Salgo de su casa como quien ha pasado por una sesión de terapia, moda y macumba. Todo en uno.

No tengo claro qué quiero.

Solo sé que Mateo no tiene ni idea del huracán que ha contratado.

12
Catalina

Salgo del edificio de Cuca con la sensación de que he hecho un pacto con el diablo.

Uno atractivo, con traje bien planchado, y una sonrisa que debería estar regulada por ley.

Los tacones me duelen, el rímel me pesa y tengo las emociones hechas puré, pero la espalda recta.

Siempre.

Camino sin rumbo claro; solo quiero alejarme, respirar y fingir que no acabo de ser contratada por el hombre que me jodió la adolescencia.

Justo cuando me acerco a una terraza con sombrillas tristes y sillas de metal medio cojas, vibra el móvil.

Ramiro.

Claro.

Mi abogado.

Mi salvador.

El responsable involuntario de este horror.

Inspiro y me pongo la voz de "todo va genial aunque esté a punto de explotar".

—¿Ramiro?

—¡Catalina! ¿Y bien? ¿Cómo ha ido?

—Muy bien.

—¿Muy bien en plan "lo he conseguido" o en plan "me he fugado por la ventana del baño"?

Respiro hondo mientras me siento en una de las sillas.

Instantes más tarde miro al camarero y le pido una Coca-Cola sin hielo. Ya estoy bastante fría por dentro.

—Muy bien en plan lo he conseguido —digo—. Una entrevista encantadora.

—¿Encantadora? ¿Tú? ¿Con alguien que no te conoce? ¿Qué te has tomado?

—Ramiro, relájate. He sido un encanto. He hablado de mi "interés en aprender", de mi "capacidad de adaptación", y hasta he mencionado "trabajo en equipo" sin vomitar —miento.

—¿Y te han dicho algo? ¿Te han dado respuesta?

—Sí. Estoy dentro.

Silencio al otro lado.

Me lo imagino echándose hacia atrás en su silla, con los ojos como platos.

—¿Cómo que estás dentro?

—Me han contratado. Empiezo el lunes. A las nueve.

—¿Qué has hecho? ¿Le has ofrecido un riñón y un posado en bikini?

—No seas burro.

—¿Y el jefe? ¿Lo has conocido?

—Un tipo muy formal, muy serio. No recuerdo su nombre, la verdad… estaba demasiado concentrada en no sudar y responder de forma correcta a las preguntas.

Mentira.

Lo vi demasiado.

Lo escuché demasiado.

Y lo odié… como si no hubiera pasado el tiempo.

—Pues me alegro, de verdad. Y tú, ¿bien? ¿Cómoda? ¿Contenta?

—Ramiro… estoy perfecta.

Le sonrío al móvil aunque él no me vea.

—¿Segura?

—Sí.

Estoy segura, obvio.

Segura de que acabo de meterme en la boca del lobo con tacones y eyeliner.

Y segura de que no voy a decir nada de lo que tengo en mente.

Ni hoy, ni mañana.

Ni a Ramiro, ni a nadie.

Porque si algo he aprendido de Cuca es que la venganza se sirve fría, bien peinada y en horario de oficina.

—Pues enhorabuena, Ferrer. Lo has conseguido. Ahora, a aguantar.

—Sí —respondo.

Nos despedimos y colgamos.

Apoyo el móvil en la mesa, respiro hondo y pienso: lo he hecho, he mentido. Y, además, con estilo.

No le he dicho que Mateo Escassi es mi jefe.

Ni que tengo ganas de arrancarle los pelos de las cejas con una pinza oxidada.

Ni que parte de mí quiere hacer que su vida se vuelva tan incómoda como fue la mía durante años.

No le he dicho nada.

Porque hay batallas que se planean en silencio.

Y Catalina Ferrer no ataca a gritos.

13
Catalina

El primer día de trabajo huele a café quemado y nervios con eyeliner.

También a sudor ajeno, pero intento no pensarlo demasiado.

Llego a la oficina a las 8:52. Puntual, pero con margen para recuperar la dignidad si algo se me cae antes de fichar.

He elegido el look con más precisión que una boda real: pantalón de pinza negro, camisa blanca ligeramente abierta, americana estructurada y tacones que gritan "sé caminar sobre cadáveres emocionales".

Todo cortesía de Maruja, quien tiene todo un armario lleno de cosas de su hija emigrada a Alemania.

La recepción me saluda, me pasan una tarjeta, me ofrecen una sonrisa cortés y luego me ignoran.

Perfecto.

Subo en el ascensor con tres personas que no me miran.

Agradezco el anonimato.

En la planta 12 me recibe el caos disfrazado de oficina funcional: mesas, ordenadores, papeles, tazas con frases motivadoras tipo "Hoy es un buen día para no llorar delante del jefe", un cuadro abstracto mal colgado y un silencio tenso que se rompe con el traqueteo de mi tacón.

—Hola —digo con tono educado.

Una mujer de unos cuarenta, pelo rubio platino al límite del cartón, moño tirante que le sube las ideas y las ganas de vivir, piel tan blanca como la leche desnatada y un eyeliner tan afilado como su tono de voz me mira por encima de las gafas.

Va vestida de gris de los pies a la cabeza, como si se hubiese fusionado con el mobiliario.

—¿Eres la nueva? —pregunta sin dejar de teclear.

—Eso parece.

—Silvia —se presenta con voz seca.

—Catalina.

—Ya.

Fin de la conversación.

Me señala un escritorio al fondo.

Me siento, miro alrededor e intento no parecer impresionada por lo cutre del entorno.

Spoiler: estoy horrorizada.

Justo cuando me acomodo, aparece un chico alto, flaco y con el pelo rizado un poco desordenado.

Santiago.

Gafas con montura transparente, sonrisa fácil, y unos ojos marrones tan cálidos que parece imposible que no haya crecido con abuela gallega y croquetas de premio.

—Hola. ¿Tú eres… Catalina?

—Sí.

—Santi. Soy el becario. O como me llaman aquí: "el que hace todo y cobra nada".

Viste un polo color mostaza que no le favorece, pero él lo lleva como si fuera de Gucci.

Lo adoro en tres segundos.

Entonces aparece una mujer con andares rápidos, gafas gruesas y una coleta desordenada que no disimula sus ganas de contarlo todo.

Loli.

Cuerpo menudo, piel morena, labios finos que se mueven incluso cuando no habla. Lleva un colgante con forma de corazón y un boli bic enganchado al escote.

—¿Tú eres la nueva, cariño?

—Sí. Catalina.

—Loli. Aquí nadie se muere trabajando, pero hay que parecer ocupado. ¿Entendido?

Huele a colonia fresca. Tipo la de mi tía del pueblo, pero con experiencia en espionaje.

Seguro que sabe el nombre completo de todos los becarios desde 1997.

Y por último, aparece Alonso.

Altura media, algo fondón, con barba perfilada, gafas de pasta y una camisa azul celeste que ya le pide ayuda por las costuras.

Tiene el tono de voz de un comercial de aspiradoras: enérgico, amable, un poco pesado.

—¡Catalina! ¡Encantado! ¡Soy Alonso, tu superior directo!

Su mano sudada y el entusiasmo sobreactuado me dan más miedo que Mateo.

—Estamos felices de tenerte aquí. Esta es una empresa dinámica, con retos, y sobre todo… con equipo humano. ¡El corazón de la firma!

No le creo ni una palabra, pero sonrío igual. Como buena actriz de oficina nivel básico.

Y entonces, como si alguien hubiera dicho su nombre en voz baja, entra él.

Mateo.

Camisa blanca. Reloj caro. Cara de lunes sin disculpas.

Camina por la oficina como si fuera suya.

Claro, joder, es que lo es.

Ni me mira.

O sí, pero disimula.

Yo también.

Nos ignoramos como adultos funcionales que guardan cicatrices con chaqueta.

—Buenos días —dice.

—Buenas —respondo, sin levantar la vista de mi pantalla apagada.

Se encierra en su despacho sin más.

Silencio.

Y luego Silvia murmura:

—Cuando él está, todo el mundo parece más eficiente.

—¿Por miedo o por deseo? —pregunta Loli con una sonrisa torcida.

—Ambas —responde Santi.

Yo no digo nada.

No puedo.

Estoy demasiado ocupada intentando parecer que sé usar Excel.

Horas más tarde, cuando termina mi turno, llego al piso con los pies en carne viva y el alma encogida.

Don Gato me recibe con su clásica indiferencia pasivo-agresiva.

Le cambio el agua, le pongo pienso, me quito los tacones y miro la lavadora como si fuera un acertijo dejado por algún dios cruel.

Abro la puerta redonda, meto la ropa sucia (que huele más a desesperación que a sudor), echo el detergente en el hueco que creo correcto, porque Maruja me enseñó días atrás, y elijo un programa al azar.

Uno que pone "rápido".

Error.

Maruja nunca habría elegido ese programa.

A los tres minutos, escucho un sonido muy parecido al de la venganza.

Una especie de *glub glub gggzzzzzz shhh* que no debería estar pasando en ningún electrodoméstico legalmente homologado.

Me acerco y entonces lo veo: agua brotando por debajo de la lavadora.

—No. NO. No me hagas esto —murmuro, cayendo de rodillas frente al aparato como si fuera una víctima de guerra.

Intento apagarla.

Nada.

Pulso todos los botones.

Nada.

El agua sigue saliendo.

Agarro una toalla, pateo una fregona inexistente, me deslizo y me mojo los pantalones.

Don Gato me observa desde la encimera como si esto confirmara lo que siempre ha sospechado: estoy en fase de decadencia total.

Y justo entonces, suena el timbre.

Abro la puerta y, gracias al cielo, encuentro a Maruja tras ella.

Bata de leopardo.

Cigarro en mano.

Rulos puestos.

Cara de haber vivido más guerras que una novela de Pérez-Reverte.

—¿Ha llegado el Nilo a tu casa? Venía a preguntarte qué tal tu primer día como una ciudadana de a pie.

—Mi lavadora me odia.

—Cariño, eso no es una lavadora, es un monstruo doméstico con complejo de fuente ornamental.

Entra sin pedir permiso, se remanga la bata y deja el cigarro en el alféizar de la ventana de la cocina.

No tarda en echar mano a todo: desconecta cables, abre una rejilla secreta que yo no sabía que existía y mete una bayeta como si fuera la teniente O'Neil.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunto, anonadada.

—Estuve casada con un imbécil que también soltaba agua por todas partes. Aprendí a sobrevivir.

—Yo no. Yo me estoy ahogando en veinte litros de agua con suavizante barato.

—¿Y qué? Hoy es la lavadora, mañana será el jefe, pero para eso estamos las mujeres: para no morir en la primera inundación. Ni en la segunda tampoco.

Me mira y en sus ojos hay algo que reconozco: compasión, experiencia y ese tipo de ternura ruda que solo dan los años.

—Gracias —digo, bajito.

—No me des las gracias, chiquilla. Dame un gin tonic.

Reímos.

Ella se queda conmigo un rato, sentada en una silla coja mientras yo recojo el desastre y le cuento cómo ha ido mi primer día.

Después me habla de su hija y de cómo a veces echa de menos vivir con alguien.

Y yo… no lo digo, pero también.

Cuando Maruja se marcha de mi casa, la lavadora ha dejado de hacer ruido, la cocina vuelve a ser cocina, Don Gato se acomoda en una toalla seca y yo siento, por primera vez desde que empezó esta locura, que no estoy del todo sola.

14
Catalina

El segundo día de trabajo es como la segunda cita con un ex: ya sabes a lo que vienes, pero todavía conservas una pequeña ilusión de que todo haya mejorado mágicamente.

No ha mejorado.

La cafetera sigue rota, la luz blanca de la oficina me hace parecer una aparición mariana y Silvia me saluda con un "buenos días" que suena a "muérete despacio".

—Hola, Catalina —dice Santi cuando llego a mi escritorio—. Hoy estás… no sé… muy ejecutiva.

—Traducción: hoy no parezco tan perdida como ayer.

—Exacto.

Me ofrece un donut que en un primer momento rechazo por dignidad, pero el cual acabo aceptando veinte minutos después por desesperación.

Alonso aparece con su entusiasmo plastificado, camisa nueva y ojeras que le delatan.

—Equipo, hoy va a ser un gran día. ¡Estamos a punto de cerrar una propuesta importante!

Todos asienten con la cabeza como si de verdad entendieran algo.

Yo no.

Estoy demasiado ocupada luchando con un Excel que parece salido del infierno.

Loli se me acerca con un boli entre los dientes y un post-it pegado al escote.

—Si necesitas una copia de contrato, pídesela a Silvia. Pero no te fíes si te dice que luego te lo pasa, ¿eh? Aquí "luego" es un concepto filosófico.

—Gracias, Loli. ¿Tú cuánto tiempo llevas aquí?

—¿En esta empresa o en esta silla? Porque son dos historias distintas.

—Ambas.

—Demasiado tiempo como para seguir creyendo en el liderazgo horizontal.

Me río. No debería, pero me río.

Loli es mi droga laboral.

A media mañana, tengo que ir a imprimir una ficha de producto.

Entro en la sala de impresoras, esa especie de cripta moderna con más papeles que alma.

Y entonces lo veo.

Un documento mal colocado.

Casi cayéndose.

Una hoja con datos financieros, números en rojo, y un título que pone:

"Informe proyección Q3 – CONFIDENCIAL"

No soy idiota.

Sé que no debería mirar.

Pero mis ojos lo hacen antes de que la moral me alcance.

Algo no cuadra.

Hay una cifra tachada.

Un nombre borrado con tipex.

Y lo más raro: el nombre de una empresa externa que, según entiendo, no debería estar ahí.

Antes de que pueda leer más, entra Silvia.

—¿Necesitabas algo?

—Sí, la impresora.

—No toques lo que no es tuyo.

Su tono es suave, pero tiene filo. Como sus uñas perfectas.

Recojo mi hoja y salgo.

A las doce, Santi se sienta a mi lado y noto que está más nervioso que de costumbre.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí. Bueno. Más o menos.

—¿Más o menos en plan "me echaron del grupo de WhatsApp" o en plan "estoy a punto de prender fuego a la empresa"?

—En plan… "hay cosas de las que no se habla por correo".

Me giro.

—¿Qué cosas?

—Nada. Olvida lo que he dicho.

Y se va.

Así.

Como si no hubiese encendido todas mis alertas internas.

Loli me lanza una mirada.

Una de esas miradas que no dicen nada, pero lo dicen todo.

Silencio.

A las tres y media, Mateo cruza la oficina como si estuviera hecho de acero inoxidable.

Pasa a mi lado.

Ni una palabra.

Ni un gesto.

Solo poder.

Yo lo miro sin mover la cabeza.

Y pienso: Tú sabes más de lo que dices. Pero yo también.

Horas más tarde, por primera vez llego a casa sin querer tirarme al suelo.

Abro la nevera: una tarrina de hummus, tres huevos y media bolsa de rúcula marchita.

Improviso una ensalada.

Horrible.

Me siento igual de insatisfecha que si hubiera leído un horóscopo que acierta.

Pongo Netflix de fondo, Maruja me ha dejado su cuenta.

Don Gato se tumba en mi regazo y mientras intento desconectar, no dejo de pensar en ese informe.

En el tipex.

En la cifra tachada.

Y en lo que dijo Santi.

Algo no va bien.

No sé qué es.

Aún.
Pero lo voy a descubrir.
Y cuando lo haga…

que Dios coja a Mateo Escassi confesado.

15
Mateo

Entro en la oficina y la primera voz que oigo es la de Loli riéndose como si alguien acabara de contar un chiste obsceno.

Eso ya es una señal. O están hablando de mí… o de algo que no tiene solución.

Camino hacia mi despacho con la mirada fija en el móvil, pero escuchando con los oídos bien atentos.

Siempre lo hago.

Aquí las palabras dicen una cosa.

Las miradas, otra.

Y el silencio… el silencio lo dice todo.

Entonces la oigo a ella.

—Pues claro que me gusta el café con leche entera. La vida ya es bastante light como para aguársela con desnatada.

Catalina.

Suelta esa frase y medio equipo suelta una risa.

Santi la mira como si hubiera aparecido Beyoncé.

Loli asiente como si acabara de descubrir una nueva religión.

Y Silvia… Silvia tuerce la boca como si la hubieran obligado a oír reguetón en misa.

Me paro un segundo y me giro.

No me ve, pero yo sí la puedo observar a ella.

Va vestida de beige.

Algo sencillo, pero el pelo recogido en un moño que le deja el cuello al aire.

Has leído cuello, no culo.

Vale, quizá yo esté pensando en otras cosas…

Una trampa. Visual. Perfecta. Una tortura.

No tengo tiempo para esto.

Tengo informes pendientes, una reunión con Legal y un inversor que me está respirando en la nuca.

Pero aquí estoy: mirando cómo la chica que me sacaba de quicio en el instituto se está ganando a todo el mundo en tres días.

Silvia ya la detesta.

Eso es buena señal, porque Silvia solo odia a quien le hace sombra y Catalina brilla sin permiso.

Entro a mi despacho y me encierro.

Trabajo.

O lo intento.

Pero a los quince minutos me llega un mensaje al móvil de Alonso.

"¿Has visto esto? Dios mío."

Levanto una ceja, abro el correo y ahí está: un email, enviado por Catalina Ferrer, con el asunto:

"Reunión de no sé qué"

Y un texto que dice, literalmente:

"Hola, Santi, ¿quién coño era Alonso en cuanto a jerarquía aquí y por qué me habla como si estuviéramos en una secta de coaching emocional?"

Y lo ha enviado.

A toda la planta.

A TODA. LA. PLANTA.

Incluido a Alonso.

Y a Silvia.

Y a mí.

Me echo hacia atrás en la silla.

Me río.

Me río sin querer.

Me río, pero con gusto.

Cinco segundos después oigo pasos rápidos.

Tacones.

Puerta.

Golpes suaves.

—¿Puedo pasar?

—Adelante.

Entra.

Rojísima.

Labios apretados.

Ojos desafiantes y vergonzosos a partes iguales.

—Ha sido un error.

—¿Te refieres a haber aceptado el trabajo o a pulsar "responder a todos"?

—A ambas.

La observo.

Ni se disculpa del todo, ni se defiende del todo.

Me encanta.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —le digo, apoyando los codos en la mesa.

—¿Que voy a tener que limpiar tazas durante un mes como castigo?

—Que Silvia se ha reído.

Abre mucho los ojos.

—¿En serio?

—En serio.

Y eso, Catalina… eso es casi un milagro.

Ella se relaja un poco, suelta el aire que parecía estar reteniendo en sus pulmones, cruza los brazos y entonces lanza la bomba:

—No te acostumbres a que me equivoque.

—¿No?

—No. A la próxima, el correo será voluntario. Y no te va a gustar.

Me sonríe.

Pero no es una sonrisa dulce, sino una sonrisa de guerra.

Y yo… la dejo salir.

Porque si le digo lo que pienso ahora mismo, nos saltamos veinte capítulos.

16
Catalina

Lo del correo de ayer ya es leyenda.

Silvia sigue sin mirarme a la cara —lo cual, sinceramente, es un descanso visual—, y Alonso me ha dedicado una sonrisa tan forzada que casi le da una contractura cervical.

Santi me deja un donut envuelto en una servilleta sobre el teclado, como si fuera un gesto romántico de alguien que solo puede permitirse azúcar.

—Por si hoy también te toca comerte un marrón.

—¿Esto es desayuno o soborno?

—Es cariño con glaseado. Come y calla.

Lo miro.

Ese chico tiene algo; no sé si es que parece salido de una comedia de sobremesa de Antena 3 o si simplemente… me cae bien y me da miedo que eso pase.

Realmente creo que no quiero tener amigos aquí dentro, gente que me importe…

No, cuando en mi fuero interno quiero reventar esta empresa.

Loli se acerca, como siempre, sin pedir permiso ni bajar el volumen.

—¿Habéis visto lo de la plantilla de recursos humanos? Faltan dos nombres que deberían estar.

—¿Y eso es raro? —pregunto, fingiendo que no me importa cuando en realidad todo me empieza a sonar raro.

—Cariño, en esta empresa todo lo que no cuadra es raro. Y lo que cuadra… también.

Santi traga saliva.

—Mejor no hablemos de eso…

—Ay, el becario. Qué prudente. Así me gusta —suelta Loli, con media sonrisa y sus gafas empañadas de ironía.

Santi se ruboriza y Loli se aleja sin más.

Como una de esas frases que no entiendes hasta que es demasiado tarde.

Yo me quedo con el donut en la mano y la cabeza zumbando como un fluorescente viejo.

A media mañana, Santi me invita a tomar un café fuera.

Literalmente: cruzar la calle, acera de enfrente, banco de piedra.

Acepto.

No por el café. Por él.

Nos sentamos en un banco que huele a humedad, callejón y rutina.

Santi se remueve en el sitio, luego me mira y suelta:

—¿Te puedo decir algo sin que te ofendas?

—Lo dudo mucho, pero venga. Sorpréndeme.

—Pensé que ibas a ser una borde de manual.

—Lo soy. Solo que con ritmo y pestaña postiza.

—Ya, pero… eres más. Tienes rollo. Tienes… verdad.

Me da por reír; no por burla, sino por agradecimiento.

Porque no recuerdo la última vez que alguien me dijo algo bonito sin tener que ganárselo a pulso.

—Gracias. Tú también eres más de lo que pareces.

—¿Sí?

—Sí. Eres un desastre adorable. Pero desastre, al fin y al cabo.

Brindamos con los vasos de cartón como si fuéramos dos náufragos en una pausa de café emocional.

Y durante unos segundos, solo eso… se siente bien.

No ideal ni épico, pero sí real.

Cuando llego a casa, Maruja me está esperando en el descansillo con una toalla en la cabeza y un cigarro en la mano.

—¿Has oído lo del tercero C?

—¿Qué?

—Que la del tercero se ha pirado con un bailarín de zumba.

—¿Y el marido?

—Con el perro. Se ha quedado con el perro. Y con cara de palo.

—¿El perro o el marido?

—Ambos.

Entramos en mi piso.

Ella se sienta como si fuera suyo y me lanza una mirada evaluadora.

—¿Tú qué? ¿Sobreviviendo al imperio capitalista?

—Digamos que me mantengo en pie… gracias a la cafeína y al sarcasmo.

—Y al becario ese que te mira como si fueras un unicornio.

—¿Lo has notado?

—Nena, soy vieja, no ciega.

Me río.

Estoy segura de que Maruja no se ha perdido detalle desde su balcón cuando Santi me ha traído a casa en su coche.

Y me siento agradecida de tener a alguien que me vea.

Aunque sea en bata y con tabaco.

Antes de acostarme, me tiro en la cama con Don Gato hecho ovillo a mis pies.

Justo cuando estoy a punto de quedarme frita, suena un audio.

Cuca.

Lo reproduzco.

"Cariño… solo te quería decir que estoy orgullosa de ti. Y no, no por tener un trabajo o por haber arreglado la lavadora… Sino porque te estás enfrentando al mundo sola. Sin llorar. Sin rendirte.

Te estás convirtiendo en la mujer que yo siempre supe que eras, aunque tú no lo creyeras.

Y si algún día quieres caerte… avísame. Yo llevo la red."

Silencio.

Me tapo con la sábana hasta la nariz.

Y lloro.

No mucho.

Solo lo justo para limpiar un poco de todo lo que he ido tragando.

Mañana será otro día.

Otro correo, otro reto, otro paso.

Pero por hoy, estoy bien.

17
Mateo

Ha pasado una semana desde que Catalina Ferrer ha vuelto a mi vida como un puñetazo con perfume caro.

Siete días y ya ha conseguido algo que pocos logran aquí: que hablen de ella en cada pausa del café.

¿Me sorprende? Lo cierto es que no.

—Tiene carácter —dice Alonso.

—Tiene estilo —añade Loli.

—Tiene pinta de que le da igual todo —murmura Silvia con la boca apretada.

Y yo no digo nada.

Solo observo.

La veo entrar cada mañana como si el suelo le perteneciera.

A veces con coleta, a veces con moño, pero siempre con un aire de "sé que me estás mirando".

Y es cierto.

La estoy mirando.

Demasiado, tal vez.

La veo interactuar con Santi, con Loli, incluso con Silvia, aunque se hablen con palabras que parecen envueltas en alambre de espino.

La veo adaptarse.

Y eso, para alguien como ella, vale más que saber usar Excel.

Catalina ríe y medio departamento gira la cabeza.

No es escandalosa ni forzada, sino ese tipo de risa que descoloca porque no encaja con la idea que tienes de ella.

Y eso me jode un poco.

Desde que llegó, ha pasado de ser una princesa caída a… algo más difícil de clasificar.

Ya no es solo la Ferrer de los rumores de salón, ni la chica a la que le escondía los libros en secundaria.

Ahora es la nueva que ha sobrevivido al Excel, a Silvia y a un correo masivo bochornoso… y sigue sonriendo.

Siempre sonríe, hostia.

Observo desde mi despacho.

Ella no sabe que la miro.

O sí lo sabe y le da igual.

Va vestida con unos pantalones anchos y un top blanco metido por dentro.

Lleva el pelo suelto hoy.

Suelto y perfecto.

Innecesariamente perfecto.

Entra Santi, el becario, ese chaval con alma de perrito bueno y cerebro de genio despistado.

Se sienta con ella, le ofrece algo y ella acepta.

Hablan.

Se ríen.

Él se toca el cuello, ella el pelo.

Y yo… cierro el portátil con más fuerza de la necesaria.

No son celos.

No.

Es… irritación.

Me levanto y doy vueltas en la oficina.

Cruzo hasta la sala común y finjo que necesito un café, pero lo cierto es que solamente necesito aire nuevo, cambiar de espacio.

—¿Mateo? —pregunta Silvia, mirándome de pie frente a la máquina.

—¿Qué?

—Has puesto el vaso del revés.

—Ya.

No lo pienso más y me acerco a su mesa por primera vez en días.

Ella me ve venir y, en vez de tensarse, se reclina hacia atrás.

La muy jodida se relaja.

—Catalina, ¿puedes venir un momento a mi despacho?

Se levanta sin decir nada.

Sus tacones suenan contra el suelo con esa seguridad impostada que solo tienen las mujeres que han aprendido a no mostrar miedo ni siquiera cuando están temblando.

Cierra la puerta tras de sí.

Se sienta, cruza las piernas y me mira.

—¿He hecho algo mal? ¿O vienes a felicitarme por no reenviar ningún correo a toda la plantilla?

—Vengo a proponerte un reto.

—¿Un reto? ¿Tipo juego de escape o tipo "vas a llorar en el baño y nadie te va a ver"?

No sonrío, pero ella sí.

—Quiero que participes en la preparación de la presentación de la próxima campaña para uno de nuestros clientes más importantes.

—¿Perdona?

—Lo has oído bien.

—¿Y por qué yo?

Buena pregunta.

Ni yo mismo lo tengo claro.

—Porque quiero ver cómo te manejas bajo presión.

—Vaya. ¿Y si reviento?

—Entonces sabré que no te contraté para lo que creo.

—¿Y qué crees que soy?

—Todavía lo estoy descubriendo.

Nos miramos.

Hay tensión.

No sexual.

O eso creo.

Esa tensión que se forma entre dos personas que se conocen más de lo que quieren y menos de lo que deberían.

—¿De qué trata la campaña? —pregunta.

—Lanzamiento de producto internacional. Te reunirás con el equipo de diseño, revisarás el briefing y tendrás que presentar tu parte delante del comité en diez días.

—Estás loco.

—Un poco. Pero a veces el caos produce cosas interesantes.

Catalina se levanta.

No dice que sí, pero tampoco que no.

—¿Eso es todo?

—Por ahora.

—Perfecto. Pues ya puedes volver a mirar por la ventana como si fueras un protagonista de drama nórdico.

Y sale con la cabeza alta y las ideas más revueltas que cuando entró.

Yo me quedo en silencio, porque no estoy seguro de si acabo de lanzarla a una oportunidad… o a una guerra.

Joder, con la princesita.

18
Catalina

Salgo de esta pequeña e improvisada reunión y me dejo caer en mi silla como si acabara de correr la San Silvestre con tacones.

Respiro, porque sé perfectamente que no me va a venir bien comenzar a hiperventilar ahora y que toda la plantilla, incluido el dichoso Mateo, se dé cuenta de que no sirvo para nada.

Es entonces cuando aparece Santi.

—¿Superviviente o víctima?

—Todavía no lo tengo claro.

—¿Quieres que te ayude a descifrar lo que te ha dicho Mateo ahí dentro?

—Quiero que me enseñes a teletransportarme.

—Eso lo tengo pendiente, pero mientras… puedo explicarte qué es una activación de marca, porque me juego el cuello a que te ha pospuesto que defiendas la próxima campaña.

Nos vamos a la cocina con un par de cafés en vasos de cartón, ahí estaremos más tranquilos, o eso piensa Santi.

Él me explica conceptos con una paciencia que no merezco y unos dibujos absurdos que me hacen reír.

—Entonces, ¿el público objetivo no es el tipo que te gusta? —pregunto, señalando su esquema.

—No, pero si lo dibujas guapo, ayuda a concentrarse.

Nos reímos.

Y así empieza todo.

Los tres primeros días me paso horas leyendo cosas que no entiendo: briefings, powerpoints, documentos compartidos con nombres misteriosos como "PPT FINAL FINAL AHORA SÍ OK 3"...

No tengo idea de por dónde empezar.

Santi me pasa enlaces de blogs, PDFs de años anteriores con ejemplos que no se aplican a nada y hasta una playlist de música

para pensar en campañas.

Spoiler: no ayuda.

Intento pensar en cómo presentar el producto y no dejo de visualizarme cayéndome por unas escaleras con el clicker de la presentación en la mano.

Del cuarto al sexto día dibujo ideas en una libreta. Bocetos de conceptos que suenan bien en mi cabeza y horribles en voz alta.

Santi me dice:

—Empieza con lo que te emocione.

Y lo único que me emociona es la posibilidad de no hacer el ridículo.

Llamo a Maruja y le pregunto cómo convenció a su ex de comprarle un coche.

—Le vendí la ilusión de que me iría de casa. El marketing, cariño, va de eso: ilusionar y mentir bonito.

Cojo esa frase y la convierto en el claim provisional de campaña.

No es broma.

La pego en un papelito de color amorillo en una esquina de la pantalla de mi ordenador.

Mateo pasa por detrás y la lee.

—Muy realista —comenta.

Y se va.

¿Lo ha dicho con sarcasmo o respeto?

No lo sé.

Maldito hombre sin inflexión.

Del séptimo al noveno día Santi me ayuda a montar la presentación.

Colores, tipografías, flujos, estructura narrativa.

Yo escribo los textos y uso lo que sé: ironía, claridad y emoción.

Hablan de un nuevo producto y lo convierto en una historia.

La historia de una mujer que necesita cambiar de vida, que necesita algo que funcione cuando todo lo demás falla.

¿Estoy hablando del producto o de mí?

Pues no sé, pero suena potente.

Pruebo la presentación una vez frente al espejo, una vez frente a Don Gato, que bosteza, y una vez frente a Maruja, que aplaude.

—Te va a salir de escándalo, nena. Y si no… te haces influencer.

Llega el día de la presentación y siento que solo hay dos opciones: todo puede salir bien o, por el contrario, tan mal que tenga que cambiarme de nombre, ciudad y corte de pelo.

Me levanto a las seis y no porque quiera, sino porque he soñado que el proyector explotaba y acababa haciendo la presentación con mímica.

Maquillaje perfecto.

Pelo liso, porque Maruja se ha levantado conmigo a esas horas intempestivas para secarlo con el secador y peinarlo.

Traje blanco de la hija de Maruja que mi vecina me ha prestado. Me lo trajo anoche.

Tacones de los que gritan "sé caminar sobre cadáveres de autoestima".

Desayuno una tostada que sabe a cartón mojado y me pongo el pintalabios rojo como si fuera una armadura.

Hoy no soy Catalina Ferrer, la arruinada.

Hoy soy Catalina Ferrer, la que no va a temblar.

O eso me repito cada cinco minutos.

Cuando llego a la oficina, la planta 12 parece más silenciosa de lo normal.

Santi me lanza una mirada desde su puesto.

Me guiña un ojo y levanta discretamente el pulgar.

Te tengo, me dice sin hablar.

Y por algún motivo… me calma.

Silvia ni me saluda.

Eso también me calma.

Cuando vuelvo a mi mesa, hay un post-it amarillo pegado al monitor.

No tiene firma.

Solo cuatro palabras:

"Finge. Pero hazlo bien."

Y sé, sin necesidad de mirar hacia su despacho, que ha sido Mateo.

Ese idiota.

Ese jefe.

Ese algo que no quiero nombrar.

Respiro hondo.

Y por primera vez… me siento un poquito capaz.

O eso creo.

A las 11:00 en punto entro en la sala de presentaciones.

Proyector encendido, luz tenue, mesa larga.

Y ahí están: Mateo, Alonso, la jefa de diseño y dos personas más que no reconozco, pero que claramente tienen pinta de decidir cosas importantes mientras beben café caro.

Respiro y camino con una seguridad que parece prestada.

A continuación, coloco el portátil como si supiera exactamente lo que estoy haciendo.

(Esta mañana he buscado en YouTube "cómo conectar portátil a proyector sin parecer idiota.")

Mateo me mira.

No sonríe. No asiente. No dice nada.

Pero sus ojos… sus ojos lo ven todo.

—Buenos días. Soy Catalina Ferrer y esta es mi propuesta para el lanzamiento de la nueva línea —me presento intentando no hacerme caquita en las bragas.

No tiemblo.

No me trabo.

Solo una vez confundo "posicionamiento" con "postureo", pero lo convierto en broma y alguien se ríe.

No sé si conmigo o de mí.

Me da igual, me sirve.

Voy pasando diapositivas.

Las imágenes están bien.

Los textos, mejor.

Pero es la historia lo que hace que empiecen a prestarme atención.

Hablar del producto como si fuera una tabla de salvación, una decisión cuando todo lo demás parece caerse, una marca que no grita, sino que entiende.

Al llegar al cierre, dejo el clicker sobre la mesa y miro al frente.

Y ahí está Mateo, con las manos entrelazadas y mirándome con esa expresión que no sé si es respeto, sorpresa o… algo más.

Silencio, porque nadie dice ni mu.

Tres segundos.

Cuatro.

Cinco.

Lo juro, me va a dar un ataque.

Y entonces, Alonso carraspea.

—Gracias, Catalina. Ha sido… diferente.

—¿Diferente bien o diferente "no vuelvas a hacer esto jamás"?

—Diferente interesante —añade la jefa de diseño.

—Gracias, supongo.

Mateo no dice nada, pero sigo notando su mirada cuando salgo de la sala.

En el pasillo, me apoyo contra la pared.

Cierro los ojos.

Y por primera vez en mucho tiempo, me siento orgullosa.

Orgullosa sin necesidad de aplausos.

Sin necesitar que nadie me salve.

Yo, Catalina Ferrer, acabo de presentar una campaña de producto internacional y no me he roto.

De momento.

19
Mateo

La presentación empieza a las once, pero a las diez y cincuenta y cinco ya estoy sentado en la sala.

No sé por qué llego antes.

Siempre llego justo, pero hoy… Hoy no quiero perderme ni un segundo.

Alonso entra, la jefa de diseño también y dos miembros del comité se acomodan sin disimular la pereza.

El tipo de siempre hace ruidos con la taza y todo suena igual que cualquier otra reunión.

Pero no lo es, porque hoy presenta ella.

Catalina Ferrer, la misma que hace una semana no sabía cómo conectar un portátil.

La misma que confundía términos de marketing como quien confunde idiomas en Ryanair.

La misma a la que yo metí aquí casi como un capricho del destino… o del ego.

La puerta se abre y entra con paso firme, traje blanco y mirada fija.

Ni una duda. Ni un temblor. Finge tan bien que parece real.

Coloca el portátil, no le tiembla la mano, habla y yo… la escucho.

Al principio solo espero el fallo, el tropiezo, la frase que no se sostiene.

Pero no aparece, lo que llega es peor: una narrativa sólida, una idea que engancha, un discurso que tiene alma, una mujer que no es la niña del instituto.

Cuando dice eso de "una marca que no grita, sino que entiende", sé que no lo ha sacado de ningún manual.

Sé que es suyo.

Y sé que, jodidamente, funciona.

Alonso toma notas, la jefa de diseño asiente, los demás murmuran cosas como "interesante" y "arriesgado" y yo no digo nada, porque si hablo, puede que se me note.

Cuando Catalina cierra la presentación y apoya el clicker, me mira.

Solo a mí.

Un segundo.

Y yo me obligo a mantener la cara de siempre.

La de jefe.

La de "aquí no pasa nada".

Pero por dentro… algo se ha movido.

Algo que no quería, algo que no sé si me gusta.

Sale de la sala tras dar las gracias y yo me quedo con las manos cruzadas, la espalda recta y el corazón en esa zona rara donde el respeto empieza a doler.

Porque lo que acabo de ver, por alguna razón que no sé de dónde sale, sé que no ha sido una presentación, sino una advertencia.

Catalina Ferrer ha venido a jugar y no pienso perder el control.

Aunque empiece a perder la cabeza.

20
Catalina

La primera cosa que hago al llegar a casa después del día de hoy no es quitarme los tacones, ni ponerme cómoda, ni tampoco mirar si alguien ha escrito en el grupo de la oficina.

Es marcar el número de Cuca.

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Te han ascendido, te han aplaudido o te han despedido por exceso de belleza?

—He presentado una campaña internacional.

—¿Y ha salido mal?

—No.

—¿Ha salido bien?

—Creo que sí.

Pausa.

—Ven.

—¿Cómo?

—Ven a casa. Lo celebramos. Tengo ginebra, música y un vestido de lentejuelas que merece volver a vivir.

Cuelgo sin pensar.

Me subo en el metro como si no fuera la misma persona que esta mañana estaba a punto de vomitar en el ascensor de los nervios.

La puerta de Cuca se abre antes de que pueda tocar el timbre.

La veo de pie en el umbral, con su bata dorada de satén, una peonía artificial en el moño y una copa de balón en la mano.

—Pero mírala… ¡la hija pródiga, la ejecutiva, la que ha resucitado del naufragio y ha vuelto con las uñas intactas!

—Cuca, no me lo digas todo de golpe, que acabo de bajarme del metro sin haber matado a nadie. Es un día bastante completo ya.

Me deja pasar sin responder.

Su piso huele a polvos de talco, ginebra y gloria antigua.

Tiene una lámpara encendida con forma de cisne y música suave sonando desde un tocadiscos que probablemente ha sobrevivido a más guerras que yo.

Me siento en el sofá y ella me ofrece una copa.

El gin tonic está perfecto: frío, con rodaja de lima y suficiente ginebra como para desinfectar heridas emocionales.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? —pregunta, cruzando las piernas y mirándome como si fuera un jurado de *Tu cara me suena*.

—He presentado.

—¿Y?

—No me he desmayado, no me he meado encima y no he dicho ninguna barbaridad. Bueno… una, pero la he disimulado.

—¿Y nadie te ha echado del edificio con una patada en el culo?

—No.

—Pues eso, mi amor, es éxito.

Cuca se pone de pie y sube el volumen del tocadiscos.

Una balada antigua inunda el salón, ella da una vuelta sobre sí misma, alza la copa como si estuviera en el cabaret de su juventud y grita:

—¡Por la Catalina que no sabía que podía y hoy ha podido con todo!

Brindamos.

Me río.

Y entonces me da por llorar.

No mucho.

Solo lo justo para vaciar el nudo que llevo tragando desde esta mañana.

—No pensé que pudiera.

—Yo sí.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque te conozco y porque cuando una Ferrer cae, no se levanta… se reinventa.

Se sienta a mi lado y me acaricia el brazo.

No dice nada más, solo me mira como si ella también supiera lo que cuesta fingir que no estás temblando.

—¿Y Mateo? —pregunta al cabo de un rato.

—¿Qué pasa con él?

—No sé. Tú dime.

Me tenso.

Ella lo nota.

—No lo sé, Cuca. Es complicado. A veces me parece un imbécil con traje, y otras veces… no sé.

—¿Te dan ganas de pegarle o de besarlo?

—¿Besarlo? ¡Qué dices, por el amor de Dios!

Cuca se ríe.

—Eso, cariño, es química. Peligrosa, pero real.

—Deja de decir tonterías, por favor te lo pido… Mateo sigue siendo Mateo, el que me hizo la vida imposible.

Se queda callada unos segundos, como si midiera lo que va a decir.

Y entonces, sin más, suelta:

—¿Y la venganza?

Trago saliva.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Sigue en pie?

No sé qué responder.

Me levanto, camino hasta la ventana.

Miro la ciudad.

Y por primera vez, dudo.

—¿Qué ocurre, nena? —pregunta.

—Pues… antes no me parecía tan atractivo como me lo parece ahora, si me preguntan.

¡BOOM!, bomba al canto.

—Uy, uy, uy…

—Pero REPITO: no tengo ganas de besarlo.

—Eso lo dices ahora…

—Cuca… si me enamoro de él, ¿qué hago con las ganas de hundirlo?

CUIDADO.

CUIDADO.

CUIDADO.

—No lo sé, nena. Pero escúchame bien…

Se levanta también, se acerca y me agarra las manos.

—La venganza, cuando se hace con rabia, destroza. Pero cuando se hace con calma, cariño… rediseña imperios.

—¿Y si no quiero vengarme?

Claro, yo pregunto esto, porque de algún modo he sentido satisfacción cuando la presentación ha salido bien.

Perfectamente hubiera podido hacer una presentación de mierda adrede, nada accidental, como enviar aquel correo masivo.

Sin embargo, no lo he hecho, en mi fuero interno, no sé por qué, quizá por conseguir de una vez por todas su aprobación, quería que todo saliera bien, que la empresa triunfara.

—Entonces será peor.

—¿Por qué?

—Porque entonces vas a sentir. Y eso no se maquilla ni con pintalabios rojo.

Nos miramos en silencio.

Ella sonríe, pero no de forma dulce.

De esa manera que solo saben las mujeres que han amado fuerte y han perdido más fuerte todavía.

—Solo prométeme algo, Catalina.

—¿Qué?

—Que no vas a traicionarte a ti misma. Ni por él, ni por nadie.

—Lo intentaré.

—No. Lo harás. Porque si no… vendré yo y te saco del error a bastonazos con glitter.

Me quedo un rato más.

Cuca me presta una camiseta vieja, me desmaquilla con aceite de coco y me da una copa más, "porque las neuronas también necesitan lubricación emocional", dice.

Antes de irme, me cambio de ropa de nuevo y me abraza con fuerza.

Juro que si no fuera por Don Gato, me hubiera quedado a dormir con ella.

—Vas a hacer algo grande, nena.

—¿Lo dices por la campaña?

—Lo digo por ti.

—¿Y si me equivoco?

—Entonces te reinventas.

—¿Y si me rompo?

—Entonces vuelves más afilada.

Sonrío.

Y esa noche, cuando llego a casa y le pongo de comer a Don Gato, que el pobrecito mío está desesperado, me voy a dormir con la sensación de que tengo permiso para no saberlo todo.

Y aún así… seguir adelante.

21
Catalina

La oficina tiene una energía rara esta mañana.

Demasiado silenciosa, demasiado cordial.

Como si todos estuviéramos metidos dentro de una coreografía forzada en la que nadie quiere pisar a nadie, pero todos llevan el zapato justo para hacerlo.

Santi me saluda con un gesto tímido, sin donut, Alonso parece más agitado que de costumbre, Silvia tiene cara de haber leído algo que no quería leer y Mateo… Mateo no ha venido.

Esa sola idea ya me pone nerviosa.

No saber en qué parte del edificio está, si me va a llamar, si ha hablado con alguien del comité… o si ha cambiado de opinión.

Por primera vez, me doy cuenta de que me importa lo que piense, aunque intento quitarme esa idea en la cabeza.

A media mañana, me piden que imprima un listado del inventario actual para una reunión interna.

Nada raro.

Entro a la carpeta compartida y ahí está el archivo.

Lo abro y mientras espero que cargue, veo algo.

Una carpeta anterior, mal titulada, una de esas que no deberían estar ahí.

Un archivo viejo, con el mismo nombre que el nuevo… pero con una fecha diferente.

La curiosidad puede conmigo.

Lo abro y ahí empieza el sudor frío.

La hoja muestra un presupuesto duplicado, una previsión con gastos que no cuadran con los informes actuales.

Y lo más grave: aparece el nombre de una empresa externa… que oficialmente ya no trabaja con nosotros desde hace meses, según tengo entendido.

Pero en este documento sí y con cifras demasiado altas como para ser error.

Cierro el archivo de golpe, miro a mi alrededor.

Nadie me observa, Santi teclea y Silvia se retoca el moño.

Todo parece normal, pero no lo es.

Vuelvo a abrir el archivo oficial.

Comparo.

Han cambiado los números.

Han tapado algo.

Me levanto, camino hasta el baño, me encierro en el último cubículo y saco el móvil.

Respiro.

No sé si llamar a Cuca o buscar el número de ese periodista al que una vez bloqueé en Instagram por ser demasiado intenso.

Pero lo que sí sé es esto: la empresa tiene grietas.

Y si tiro un poco más… puede que la fachada se caiga entera.

Me miro en el espejo al salir y por primera vez en días, no veo a la Catalina profesional, sino a la Catalina vengadora, a la que vino a hacer justicia con rímel y rabia.

Y esta vez, no me asusta.

22
Catalina

Es curioso cómo se activa la mente cuando huele a mierda.

No a la literal —aunque Alonso ha dejado un tupper de brócoli en la nevera desde el martes—, sino a esa mierda elegante que se

esconde tras el barniz de las grandes empresas.

Lo que vi no se me va de la cabeza.

Presupuesto duplicado.

Empresa fantasma.

Nombres que desaparecen de un documento y aparecen en otro como si fueran sombras con nómina.

El archivo sigue guardado en una carpeta camuflada con el nombre más inocente del mundo:

"Previsión Q2 – versión final nueva", aunque da la casualidad que el nombre que tenía puesto anteriormente coincide elegantemente con el nombre del documento que encontré de casualidad en el cuartito de la impresora: Informe proyección Q3 - CONFIDENCIAL.

Lo tengo en un pen drive.

También en una carpeta en la nube con clave encriptada.

A ver qué te pensabas, Santi me ha enseñado en estos días muchas cosas.

Y, por si acaso, en una carpeta secreta de mi cerebro, justo al lado de la lista de exnovios que me deben algo (dinero, dignidad o ambos).

Llevo tres días actuando como si nada, como si no supiera que hay algo podrido detrás del logo perfecto de esta empresa.

Me visto bien, sonrío en los pasillos, hago bromas con Loli y acepto donuts de Santi, que nunca falla.

Y, lo más peligroso de todo: Mateo ha empezado a acercarse.

¿Por qué?

Eso me gustaría saber a mí, pero la verdad es que este movimiento por su parte me viene fatal.

El martes, por ejemplo, apareció junto a mi escritorio con dos cafés.

—No me preguntes por qué, pero he pensado en ti cuando pedí este.

—¿Y por qué me darías un café que no he pedido?

—Porque la gente amable hace cosas sin esperar nada.

—¿Desde cuándo eres gente amable?

Me lo entregó sin más: ni una sonrisa cargada, ni un comentario pasivo-agresivo.

Solo un café y una mirada de esas que no amenazan y que acarician sin tocar.

Mal asunto.

Muy mal asunto.

Me está bajando la guardia y yo… no me lo puedo permitir

Esa noche, en casa, me siento con el portátil del trabajo abierto y el archivo delante.

El presupuesto modificado.

Las cifras maquilladas.

Los nombres repetidos donde no deberían estar.

La empresa que aparece facturando trabajos fantasma tiene un nombre que me suena demasiado.

Investigo.

Y ahí está.

Un apellido vinculado.

Una dirección sospechosamente similar a otra empresa que sí era cliente.

Una maraña de vínculos que huelen a chanchullo con perfume caro.

Tardo una hora en trazar el mapa mental.

Y cuando lo termino, solo pienso una cosa: Mateo puede no saber nada o puede saberlo todo.

Y yo estoy en medio.

Perfectamente colocada para descubrirlo.

O para explotarlo.

El jueves por la mañana, él me llama a su despacho.

No me tiembla el pulso al entrar.

Me siento, lo miro y juro por Christian Dior que por un segundo creo que va a decirme algo personal.

Pero no.

Solo habla del informe.

De tareas.

De reorganizar equipos.

—¿Estás cómoda en el equipo actual?

—Depende. ¿Este es el momento en que me despides con palabras bonitas?

Él sonríe y yo lo odio un poco por eso; por sonreír así, por hacer que mi plan se tambalee cada vez que baja la voz.

—¿Hay algo que quieras decirme? —pregunta.

Y por poco… lo hago, por poco le digo: sí, quiero decirte que algo huele a podrido en tu empresa y que estoy a punto de convertirme en la mujer que la haga saltar por los aires.

Pero no.

Lo que digo es:

—No. Todo perfecto, Mateo.

Y sonrío.

Porque si algo me enseñó Cuca es que la venganza se sirve con rímel y silencio.

Y yo estoy a punto de convertirme en la chef principal.

Jaque.

No mate.

Todavía.

*

Hoy vengo más arreglada que nunca.

No porque quiera impresionar a nadie, sino porque la guerra también se gana con pintalabios fijo.

Entro a la oficina y nadie nota nada.

Perfecto.

A las 10:12, Santi me ofrece un café.

A las 10:14, le digo que no.

A las 10:15, me conecto a la carpeta compartida.

Ya no busco los informes oficiales.

Voy a lo que sé que no debería mirar.

Carpetas archivadas. Nombres mal escritos. Versiones antiguas.

Y empiezo a anotar cosas.

Fechas. Códigos. Desviaciones.

Me convierto en una mezcla entre Nancy Drew y una exnovia con acceso a tus contraseñas.

Lo hago con calma, precisión y una sonrisa social, como si nada.

A mediodía, entro al baño con el móvil y mando todo a una carpeta personal cifrada.

Por si acaso.

No pienso actuar todavía.

Pero ya tengo claro que algo gordo se esconde ahí.

Y cuando lo saque a la luz… no va a quedar títere con cabeza.

Al volver a mi escritorio, Mateo me está esperando.

Literalmente.

Sentado en el borde de mi mesa, con las manos cruzadas y el ceño más relajado de lo habitual.

—¿Estás libre?

—Depende. ¿Es una trampa?

—Una conversación.

—Eso suena peor.

Se ríe.

Y algo en mi estómago se revuelve.

El muy idiota tiene una risa bonita.

Me levanto y lo sigo hasta su despacho.

Cuando cierra la puerta, me mira como si intentara calcular algo.

—He pensado en ti para un nuevo proyecto.

—¿Otro? ¿Es una forma pasivo-agresiva de despedirme en diferido?

—No. Es una forma directa de decir que me estás sorprendiendo.

—¿Eso es un halago?

Mateo se apoya en la mesa.

—Catalina, sé que no llegaste aquí por el camino habitual.

—¿Eso es tu forma educada de llamarme enchufada?

—Eso es mi forma de decir que... no esperaba esto de ti.

Lo dice sin cinismo, sin condescendencia, casi con… admiración.

Y eso, justamente eso, es lo que más me jode.

Porque me gusta.

Y no debería.

Porque yo… estoy tramando.

Porque yo… ya he elegido bando.

—Te dejo pensarlo —dice, abriéndome la puerta.

—¿Y si digo que no?

—Sería la primera vez desde que estás aquí que algo me decepciona de ti.

Y se va.

Me quedo sola en su despacho.

En silencio.

Con las dos Catalinas dentro de mí peleando:

La que quiere ser respetada y la que vino a arrasar.

Y por primera vez, no sé cuál va ganando.

23
Catalina

Me quedo trabajando hasta tarde, porque mis investigaciones me han hecho perder tiempo.

La oficina está vacía en plan película de terror: pasillos en silencio, fluorescentes de emergencia parpadeando y el aire acondicionado sonando como si alguien respirara detrás del armario de papelería.

Me he quedado para revisar el informe que Mateo quiere para mañana.

¿Podría haberlo hecho en casa? Sí.

¿Tengo complejo de mártir profesional? También.

Son las 20:43.

Me he quitado los tacones y tengo los pies debajo de la silla como una colegiala cansada y el moño torcido como una madre al borde del colapso.

Y entonces, lo oigo.

Pasos.

Pasos que conozco.

Pasos que huelen a perfume caro, culpa mal gestionada y testosterona contenida.

Mateo.

—¿Todavía aquí? —pregunta, apoyado en el marco de la puerta como si saliera en un anuncio de relojes suizos para hombres emocionalmente no disponibles.

—Estoy haciendo méritos para que me suban el sueldo.

—No creo que funcione.

—Tampoco creías que funcionara venir en traje todos los días y mírate. Pareces un CEO de catálogo de Zara.

Se ríe. Poco. Pero se ríe. Y no se va.

Lo que, honestamente, me perturba.

—¿Tienes cinco minutos? —pregunta.

Cinco minutos con él a solas, a estas horas y con este sujetador antiguo lleno de bolitas porque… ¡Hola! ¿Te acuerdas? ¡Estoy arruinada!

¿Esto es una trampa?

—¿De Excel o de emociones?

—De emociones.

Mierda.

Vamos a una de las salas pequeñas de reuniones, esa con la mesa redonda y las luces de tono cálido que hacen que todo parezca más íntimo de lo que debería.

Cierro la puerta detrás de mí.

Mala idea.

¿Quién demonios cierra la puerta en una conversación con tensión sexual pendiente?

Espera, ¿qué he dicho?

NO, NO, NO.

La única tensión que ha habido siempre entre este ser demoníacamente atractivo, el cual ahora es mi jefe, y yo, ha sido esa que me hacía sentir cada vez que pegaba un chicle en mi silla.

A ver si me ubico en la vida un poquito.

Mateo se sienta y yo también.

Una botella de agua. Dos vasos sin usar.

El ambiente huele a "vamos a decir cosas que no deberíamos."

Pues genial.

Él no habla, solo me mira, y yo empiezo a pensar en si tendré alguna mancha de pintalabios en los dientes.

¿O un moco?

Espero que sea lo primero.

Y en si se nota que me tiemblan las manos.

Y en si se me ha corrido la raya del ojo o solo se me ha corrido el alma.

Que no mis partes bajas, al menos de momento.

—Te mentiría si dijera que esperaba esto de ti —dice al fin.

—¿El informe? ¿Mi inteligencia? ¿Mi capacidad para no mandar todo a la mierda en la primera semana?

—Todo.

Silencio.

—No sé confiar —añade, sin mirarme del todo—. No sé delegar. No sé… ceder.

—¿Entonces por qué me das cosas que hacer?

—Porque contigo no me queda otra.

Ojalá no me afectara, pero me afecta.

Y no sé si es porque me está diciendo la verdad… o porque me está mirando como si fuera la única verdad que no puede controlar.

—No soy lo que parezco —suelta, de repente.

—¿Y quién eres, entonces?

—Uno que hace lo que puede para no romperse.

Y ahí, algo se rompe en mí.

Porque entiendo perfectamente lo que significa hacer eso.

Ser fuerte por obligación, sonreír con una grieta en la encía, no confiar para no caer.

Y entonces él me mira.

Me mira bien.

Me mira como si me viera.

Y yo no sé si quiero besarlo, golpearlo o preguntarle cuánto pesa la culpa que parece llevar metida en los hombros.

El aire pesa, el silencio arde y su rodilla roza la mía.

¡Ay Dios! ¡Rodilla!

Esto no es un briefing, esto parece una novela erótica de las buenas.

—¿Y tú? —me pregunta.

—¿Yo qué?

—¿Eres la que pareces?

Trago saliva y miento:

—No lo sé.

Claro que lo sé.

Claro que no soy la que parezco.

Y claro que me estoy muriendo por besarte, cabrón.

Aunque me pese.

Aunque me joda.

Aunque pensando en hacerlo me traicione un poco a mí misma, porque me hizo la vida imposible.

Él se inclina un poco.

No como quien va a besar, sino como quien se rinde.

Y ahí, sin esperarlo… nos besamos.

Con urgencia.

Con torpeza.

Con ese fuego de "esto no debería estar pasando, pero va a pasar igual."

No hay manos en la cintura.

No hay música épica.

Hay aliento contenido, piel erizada y una lengua que roza la mía como si llevara días esperando permiso.

Nos separamos.

Dos centímetros.

Tres.

Y lo único que puedo pensar es: la has liado, Cata, la has liado mucho.

No digo nada.

Él tampoco.

Solo respiramos como si acabáramos de correr una maratón sin entrenamiento.

Y entonces lo miro.

Y pienso: ¿Cómo coño voy a vengarme de un hombre que me acaba de besar así?

24
Mateo

El beso ha sido un error.

Eso es lo que me repito desde las seis y cuarto de la mañana, entre la ducha demasiado fría y el café demasiado caliente.

Un error con sabor a piel y rabia contenida.

La besé.

La besé sin pensar.

Y peor aún: lo disfruté.

No debería haberlo hecho.

Ni por quién soy.

Ni por lo que ella representa.

Ni, sobre todo, por lo que eso me hace sentir.

Catalina Ferrer no es solo una empleada brillante con lengua afilada.

No es solo la niña rica del instituto a la que alguna vez humillé por pura inseguridad.

Es… peligro.

Porque en su mirada hay algo que me reconoce.

Y yo no quiero ser reconocido.

Ya no.

Después de la muerte de mi madre, aprendí que conectar es abrir la puerta a que te rompan.

Y a mí ya me rompieron una vez.

La persona en la que confiaba, la que sabía lo peor de mí, lo usó en mi contra cuando más débil estaba.

El día en que fui honesto con alguien… fue el principio de mi mayor caída.

Desde entonces: control, distancia, seguridad, nada que me desestabilice.

Y ahora viene ella con sus labios, su sarcasmo y su forma de entenderme sin querer y me descoloca.

En la oficina todo sigue como si nada.

Santi me saluda, Loli me ignora, Silvia a la suya y Alonso hablando demasiado.

Pero yo solo espero que ella no entre, porque si la veo, no sé qué voy a hacer, aunque eso es imposible, dado que yo mismo la contraté.

Catalina llega a las 8:58 y está odiosamente perfecta.

Moño deshecho como si no le costara nada, pintalabios sutil y cara de "no ha pasado nada".

Hipócrita.

O peor: valiente.

La veo pasar, pero no me mira, y eso, por alguna razón, me cabrea.

Llamo a Alonso a mi despacho.

—¿En qué anda Catalina ahora?

—Revisando la propuesta de cliente nacional, como acordamos.

—Quiero que lo revise Silvia mejor.

—¿Perdón?

Lo miro.

—Dáselo a Silvia. Y dile a Catalina que se centre en informes menores esta semana, acaba de llegar.

No pasa ni media hora y ya la tengo frente a mi mesa.

—¿Te ha picado una avispa con poder de decisión? —dice.

—Es una cuestión de reestructuración interna.

—¿Reestructuración o rabieta?

La miro.

Demasiado.

Y por eso finjo desinterés y me hago de piedra.

—Catalina, si vas a seguir tomándote todo de forma personal, no estás lista para este entorno.

—Y si tú vas a seguir tratándome como si fuera idiota, no estás listo para tener empleados con criterio.

Me tiembla algo por dentro, pero no lo dejo salir.

—Esto no es personal —miento.

—Tú y yo no hacemos nada que no lo sea —dice, con esa voz suya que me desarma—. Pero tranquilo, ya he aprendido la lección.

Se gira, se va y no mira atrás.

Yo me quedo en mi silla, fingiendo que no quiero salir corriendo detrás de ella y rogarle que se quede.

Porque si la dejo acercarse más… va a romper todo lo que me ha costado años construir.

Y aún así, la echo de menos diez segundos después de que cierre la puerta.

¿Qué coño me está pasando?

25
Catalina

No lloro, no me desmorono y tampoco tiro el móvil contra la pared ni me bebo una botella de vino barato escuchando baladas de Malú.

Ese idiota no se merece más lágrimas mías.

¿Se me ha ido la puta cabeza?

¿Qué narices hago mordiéndome de nuevo las lágrimas por Mateo Escassi?

¿No escarmenté en el pasado?

No pienso llorar, NO.

Lo que hago es simple, quirúrgico, perfecto: me pinto los labios y planeo cómo joderle la vida.

Porque después de besarme como si le fuera la vida en ello y tratarme después como si fuera una becaria con suerte, Mateo Escassi activa la parte de mí que ya no busca redención.

La parte que quiere ganar.

Y lo peor es que no lo hago desde el despecho, lo hago desde el respeto por la mujer en la que me estoy convirtiendo.

Lo hago por amor a esa Catalina adolescente, porque me he dado cuenta de que mi antiguo compañero de instituto no ha cambiado y jamás lo hará.

Al día siguiente llego a la oficina con moño alto, eyeliner afilado y el vestido negro de los días en los que no pienso permitir que me pisen.

Hoy no soy una empleada, hoy soy la dinamita con tacones que nadie vio venir.

Mateo no está en su sitio, Santi me saluda con su sonrisa de siempre, Silvia está sentada más recta de lo normal y Alonso teclea como si estuviera resolviendo un asesinato.

Siento la tensión en el aire antes incluso de que ocurra nada.

Y eso, para mí, es música.

Me siento, enciendo el ordenador y abro el archivo que lleva guardado varios días en mi escritorio bajo el dulce nombre de:

📁 "Floristería Paula – presupuesto mensual"

Tan inocente que da risa.

Pero lo abro y ahí está: el documento real.

Las cifras duplicadas.

Las empresas que no existen.

El fraude vestido de Excel y yo, vestida de poder.

¿El destinatario?

Se llama Toni Lerma.

Periodista de investigación económica.

Algo bocazas, algo intenso, pero un sabueso con olfato de oro.

Coincidimos en una fiesta hace unos años, me quiso fichar como fuente para una investigación, yo me reí y él me dejó su tarjeta.

Aún la tengo en la cartera de Prada, la cual pude conservar, guardada entre tarjetas obsoletas.

Creo una nueva cuenta de correo anónima:

laquellatodo@protonmail.com

Asunto:

"Mediacorp: ¿Estafa o error repetido?"

Cuerpo del mensaje:

Cuando algo huele a podrido, a veces no es el queso.
Mira el anexo.
Puede que tu próximo titular esté en cifras que no cuadran.
Yo solo he encendido la cerilla.
El incendio es cosa tuya.

Adjunto el documento y reviso el correo una vez.

Dos.

Tres.

No tiemblo.

Solo me arde la garganta, como cuando dices una verdad tan grande que no cabe en el pecho.

Copio su dirección de correo electrónico y hago clic en "Enviar".

Cuando el mensaje desaparece, me quedo mirando la pantalla como si acabara de apretar un botón nuclear.

Porque lo he hecho, porque no hay vuelta atrás y porque si Mateo quería jugar al te beso y te ignoro, yo voy a jugar al te sonrío mientras te entierro vivo en tu propia empresa.

Al día siguiente, la oficina ya no es la misma.

No es paranoia, lo juro.

Se nota, se siente.

El ambiente huele a miedo con desinfectante.

A secreto recién abierto.

A gente intentando parecer ocupada cuando, en realidad, están todos alerta.

Silvia habla con Alonso en voz bajísima, como si fueran espías en la Guerra Fría.

Santi me pregunta si sé qué pasa y le digo que no.

Miento con mi mejor cara de "yo solo soy buena, guapa y profesional."

Loli murmura por lo bajo:

—Aquí va a estallar algo gordo. Y ojalá me pille con las uñas recién hechas.

Mateo aparece más tarde que de costumbre.

Camisa arrugada.

Cara tensa.

Pasa sin saludar.

Se encierra en su despacho como si alguien le hubiera clavado una nota en la frente.

Y por un segundo… me tiembla algo dentro.

La culpa, tal vez.

O la adrenalina.

¿Estoy haciendo lo correcto?

¿Estoy haciendo lo justo?

No lo sé.

Y la verdad me da igual, porque me trató como si fuera nadie y me besó con la boca despreciarme con la espalda.

Y yo no soy una flor que se marchita, soy una raíz que se cuela por debajo del mármol y lo levanta todo.

A las 11 en punto me llega un mensaje interno del sistema:

📧 REUNIÓN URGENTE – DIRECCIÓN GENERAL – CONFIDENCIAL

Me levanto, cojo mi libreta, me ajusto la falda y sonrío, porque la partida ha empezado y yo ya no juego a sobrevivir.

Juego a ganar.

26
Mateo

Recibo la llamada a las 07:32.

Antes del café, antes del traje y antes de tener tiempo para ponerme la máscara de hombre que lo tiene todo bajo control.

El móvil vibra sobre la encimera de la cocina, junto al tarro de café y una taza vacía.

En la pantalla reza: "Miguel – Legal Corporativo"

Llamar a esta hora significa una de dos cosas: o una filtración o una demanda.

Pulso para aceptar.

La voz de Miguel entra sin siquiera saludar.

—Mateo, hay un periodista preguntando por cifras internas.

—¿Y?

—Las tiene. Las reales.

Me quedo de pie, inmóvil.

El cuerpo me responde como si alguien hubiera abierto la ventana en pleno invierno: una corriente helada desde la base del cuello hasta la parte baja de la espalda.

—¿Qué cifras? —pregunto.

—El desglose del Q3, previsión de inversión, proveedores de campañas cerradas, partidas duplicadas…

—Eso no es información pública.

—Por eso te llamo, porque la tiene. Y eso solo puede haber salido de dentro.

Apoyo la mano libre contra la encimera.

El mármol está frío.

O tal vez lo estoy yo, que me he quedado tieso como un muerto.

—¿Quién es el periodista?

—Toni Lerma.

—No puede ser.

—¿Quieres que te reenvíe el correo de redacción? Es oficial. Han recibido documentación anónima. Documentación. No rumores. Mateo, no hay forma de que eso haya salido sin una filtración interna. Alguien de dentro, alguien con acceso, alguien que sabía dónde mirar.

El zumbido en mis oídos se mezcla con el pitido de la cafetera.

Me pasa algo que no me pasa nunca: no tengo respuesta inmediata.

No tengo plan.

No tengo argumento.

Solo una certeza: alguien ha abierto una puerta que lleva años cerrada.

—Lo resolveré —digo, como si fuera fácil y realmente lo creyera.

—Date prisa —añade Miguel—. Porque esta vez, puede ir en serio.

Cuelgo.

Y me quedo en la cocina con el móvil en la mano y la garganta cerrada como si hubiera tragado vidrio molido.

Miro mi reflejo en el microondas.

Parezco yo, pero no lo soy.

No soy el hombre que lo tiene todo bajo control, porque hoy no lo tengo.

Hoy alguien más ha empezado a mover las piezas y ni siquiera sé quién.

Vierto el café en la taza y tiemblo un poco, pero nadie lo ve porque el control no es nunca real, solo es elegante mientras nadie te lo arranca.

Y alguien, alguien que conozco, acaba de arrancármelo.

Paso la mañana haciendo llamadas y revisando todo lo que se me ocurre, hasta que, cuando llego a la oficina, convoco una reunión con la plantilla a las once.

La sala de juntas está tan silenciosa que oigo el tic-tac del reloj como si me estuviera apuntando con una pistola.

Es la primera vez en mucho tiempo que siento que la reunión no empieza, sino que se carga.

Silvia está sentada a mi derecha y no ha abierto la boca desde que entró. Tiene las piernas cruzadas, los dedos entrelazados y la mirada fija en el centro de la mesa.

No ha interrumpido ni una vez. Y Silvia sin interrumpir es como un gato sin uñas: o está sedado o trama algo.

Alonso ha traído sus notas impresas, como siempre, pero las hojea sin prestar atención.

Finge leer, finge anotar, pero yo lo conozco: está nervioso. Y cuando Alonso se pone nervioso, bebe agua cada dos minutos.

Hoy ya va por el tercer vaso.

Loli, por su parte, está tomando apuntes como si fuera una cronista infiltrada en una serie de espías.

No escribe frases completas, solo palabras sueltas. Nombres. Tiempos. Lugares.

¿Está guardándose todo para contarlo en el baño? ¿O realmente sabe algo?

Santi no está, lo han requerido en otra planta.

Una excusa conveniente.

Demasiado conveniente.

Catalina entra tres minutos después de que se dé por empezada la reunión.

Pide disculpas con tono neutro, se sienta sin levantar la mirada, abre su libreta y empieza a escribir.

Yo la observo: no habla, no sonríe, no gesticula.

Está perfecta, lo cual la convierte en la persona más sospechosa de toda la sala.

¿O no?

Es entonces cuando Alonso comienza a hablar sobre nuevas medidas de control, de confidencialidad, de auditoría interna.

Nadie nombra el tema, pero todos sabemos lo que ha ocurrido: alguien ha soltado información confidencial.

Y el tsunami está empezando a llegar.

Yo solo escucho, pero no por falta de opinión, sino porque estoy escuchando con el ojo, mirando con el oído y evaluando como un francotirador sin escopeta.

Uno por uno.

—¿Tienes algo que decir, Mateo? —pregunta Silvia, por fin.

—No. Aún no. Estoy observando.

—¿Observando qué?

—Comportamientos. Cambios. Silencios que antes no existían.

Nadie dice nada, y es justo en este silencio donde ocurre: Catalina levanta la mirada y me mira.

Directa, limpia, tranquila.

Como si no tuviera nada que esconder.

Y eso es justo lo que me enciende todas las alarmas.

Porque nadie inocente mira así cuando todo se está viniendo abajo.

La reunión termina sin sangre, sin sacar nada en claro, pero todos salimos con la certeza de que alguien ya tiene el cuchillo en la mano.

Solo falta que escoja a quién apuñalar primero.

Y yo… no sé si mirar a Catalina me calma o me pone en el centro de la diana.

27
Mateo

Cuando termina la reunión me quedo revisando los últimos reportes.

Es entonces cuando suena mi móvil.

Se trata de Ramiro.

Suspiro, ya debe haberse enterado de todo, así que cuando descuelgo la llamada hablamos unos instantes sobre ello.

—¿Has hablado con Catalina últimamente? —pregunta, sin saludo.

—¿Debería?

—No lo sé. Pero hay algo en ella que… no sé, Mateo. Tiene algo raro. Su actitud.

—¿Has hablado con ella? —me atrevo a preguntar.

—Sí, me preocupa que se esté adaptando bien. Pero la noto tan…

—¿Tan…?

—Tranquila. Tan tranquila con todo, no sé. ¿Ha ocurrido algo?

Me quedo en silencio.

Porque el problema es que yo sí sé.

Sé que la besé como si no hubiera otra cosa en el mundo y al día siguiente la traté como si no hubiera pasado nada.

No, peor: como si ella no importara.

Y desde entonces ha estado perfecta, educada, cauta y eficiente.

Peligrosamente impecable.

Ni un reproche, ni un gesto fuera de lugar, ni un intento de confrontación.

Demasiado perfecta, demasiado Catalina.

—Eh… no, con ella no. Me preocupa lo de la filtración, eso sí. No creo que sea ella —digo mientras desabrocho el primer botón de mi camisa, siento que me asfixia.

Si hay algo peor que desconfiar de todos… es empezar a sospechar de la única persona que te hace sentir menos solo.

Muy a mi pesar.

—Solo te lo digo porque… no sé. Observa —añade Ramiro antes de colgar—. Observa sin prejuicios.

Luego cuelga.

Ya lo estoy haciendo y eso es justo lo que me está jodiendo.

A la una decido pasar por su mesa, no sé si buscando una excusa o simplemente redención.

Ella está concentrada, con el labio inferior ligeramente mordido mientras escribe algo en su ordenador.

El mismo gesto que hacía en el instituto cuando fingía no estar enfadada por las bromas pesadas que le hacía la gente, incluido yo.

Levanta la mirada y me sonríe.

No de forma seductora, no como si tuviera que fingir nada, sino como si no me guardara rencor.

Como si el beso no hubiera sido una bomba, como si yo no la hubiera empujado al abismo y ella hubiera aprendido a volar.

—¿Tienes un minuto? —pregunto.

—Siempre que no sea para decirme que vuelva a hacer fotocopias, sí.

Lo dice con una leve sonrisa, esa ironía que me derrite los nervios.

No me vacila, pero casi.

Entramos a mi despacho y cierro la puerta.

Ella se sienta con las piernas cruzadas, la espalda recta y las manos sobre el cuaderno que ha traído consigo.

Postura de mujer que ha aprendido a no temblar delante de nadie.

Fascinante.

Yo me quedo de pie.

Demasiado quieto, demasiado consciente de que la única persona que no debería ver mis grietas… es la única que me está mirando ahora.

—¿Todo bien? —pregunta, con un tono suave, casi... amable.

¿Todo bien?

Ni siquiera sé qué responder.

No sé si me está preguntando por la empresa, por el escándalo que se avecina o por mi corazón, que hace días dejó de marcar el ritmo lógico.

—Sí. Solo…

—¿Solo?

Me aprieta con una palabra.

Una sola.

Y me cuesta respirar

—No confío en nadie aquí —digo por fin, con un tono más bajo del que esperaba.

—¿Y en mí?

Su pregunta no me golpea, me acaricia con cuchilla.

La miro, pero no se mueve, no parpadea, no me da salida.

Me deja ahí, en la cuerda floja, mientras ella camina por el alambre como si supiera que no va a caerse.

Y lo peor es que quiero decirle que sí, que claro que confío, que ella es el único punto estable en un mundo que ahora mismo parece construido sobre trampas.

Porque ¿cómo puede haber sido ella?

¿En qué momento he podido pensar algo así?

Puto Ramiro… aunque realmente no la ha acusado, simplemente me ha dicho que observe, que está rara.

Claro, no lleva casi nada de tiempo en la empresa, se está adaptando.

Pero si lo digo, me desarmo, así que solo asiento ligeramente, como si fuera un gesto sin importancia.

No obstante, la tiene: es mi rendición silenciosa.

Le digo que siento la interrupción y que vuelva al trabajo.

No puedo decirle que en ella sí confío así, a la ligera, de forma tan abierta.

Todavía no.

Cuando sale del despacho, cierro la puerta con cuidado y me apoyo contra ella.

Por primera vez en años, tengo miedo.

No miedo de la prensa, ni del escándalo, ni de perderlo todo.

Tengo miedo de haber apostado mi última ficha en la persona que puede destruirme.

Y de que, sin saberlo, ya lo haya hecho, porque lo que Catalina Ferrer me provoca no es atracción, es adicción.

Y las adicciones siempre acaban cobrando el precio más alto.

28
Catalina

Cuando salgo de su despacho, me tiemblan los dedos.

No de nervios o de culpa, sino de vértigo.

Porque lo estoy haciendo bien.

Demasiado bien.

Y empieza a darme miedo gustarme este papel.

Este lugar, este trabajo, este hombre.

Me siento de nuevo en mi mesa, como si por dentro no sintiera que se me fragmenta el pecho en sensaciones muy diversas.

Santi me sonríe, Silvia me vigila y Mateo me mira desde su despacho con una expresión de "gracias por no dejarme caer".

Dios bendito…

Una parte de mí no puede evitar pensar: Tranquilo, Mateo, no voy a dejarte caer. Voy a dejarte volar, para que cuando te estrelles sea aún más difícil levantarte.

Lo peor es que me duele pensar eso, quizá más de lo que debería, porque a veces tengo la tentación de desviarme del plan inicial.

Sobretodo cuando recuerdo sus labios sobre los míos, momento en el que mi entrepierna palpita.

Si alguien me hubiera dicho hace un mes que estaría en esta situación, me habría reído tan fuerte que habría saltado el rímel de mis pestañas.

No puede gustarme Escassi.

No.

Es inaudito.

Imposible.

Es el enemigo, es… es el hombre más cañón que he visto, joder.

Respira, Cata, respira, que carbonizas las bragas. Y lo que debes carbonizar es esta empresa, me recuerdo a mí misma.

El ambiente en la oficina está más tenso que la cara de una influencer después de un retoque.

Todos se miran como si escondieran algo.

Y, sinceramente, muchos lo hacen, pero solo yo sé exactamente dónde están las bombas.

Y eso me hace sonreír.

Aunque por dentro, ya no sé si lo hago por satisfacción… o por defensa propia.

Cuando llego a casa, tras esta jornada laboral tan intensa, descubro que Maruja ha hecho pimientos al horno.

Lo sé porque cuando llego a su rellano, el aroma se cuela por debajo de su puerta.

Humo dulce, ajo tostado y ese aroma reconfortante que grita "te invito sin que me lo pidas."

Efectivamente, a los cinco minutos, suena el timbre.

Apenas me ha dado tiempo a dejar el bolso en la mesa, unos instantes antes y me hubiera alcanzado por las escaleras.

Abro.

Bata de raso, calcetines con lunares y copa de vino en la mano.

Marujita en toda su esencia.

—Tengo merluza en salsa, pan de ayer y pimientos que se están quemando en el horno. ¿Cena en mi casa?

—¿Es una estrategia para seducirme?

—No, pero si funciona para que no cene sola…

—Dame cinco minutos para quitarme las medias.

—Uy, yo ya ni las uso. ¿Para qué, si nadie me las quita?

Me río y me dejo llevar.

Después me pongo algo cómodo y bajo a casa de Maruja junto a ella.

El salón de mi vecina es un caos bonito: manteles con estampado de gallinas, figuras de flamencos en miniatura y una foto enmarcada de ella en los años ochenta en lo que parece un escenario con poca ropa y mucha purpurina.

—Ponte cómoda, voy a por una copa de vino para ti y a sacar los pimientos del horno.

Después nos sentamos a la mesa y pone las noticias, porque a Maruja le gusta cenar con información de fondo.

—Así me siento culta mientras mastico —dice.

Y entonces ocurre, una periodista de voz neutra y labios inyectados dice:

—Según fuentes internas, la empresa Mediacorp se enfrenta a una posible auditoría federal tras una supuesta filtración de datos financieros comprometidos. Aunque la dirección aún no ha dado declaraciones, el foco mediático se intensifica…

Congelación.

Merluza a medio camino entre el tenedor y la boca, vino suspendido en el aire, mi estómago cayendo al suelo.

Maruja frunce el ceño.

—Pero… espera un momento… ¿esa no es la empresa donde tú trabajas?

La miro.

Pienso en mentir, cambiar de tema, fingir que no lo he escuchado.

Pero ya está hecho.

Y, por alguna razón, no quiero mentirle a Maruja.

—Sí.

—¿Cómo que sí?

—Sí, trabajo allí.

—¿Y no sabes nada?

—Sé… cosas.

—Catalina, si esto fuera una telenovela, estarías mirando por la ventana mientras suena una ranchera de fondo.

—No sé si estoy en una telenovela o en un *thriller* con tacones.

—¿Y qué sabes?

—Sé que la empresa es una trampa de maquillaje financiero. Sé que lo descubrí sin querer, que lo he filtrado yo y que… bueno, quizá me he metido en algo serio, así como el que no quiere la cosa.

Maruja me mira con esa mezcla de abuela, amiga y vecina que te trae caldo y terapia emocional gratis.

—¿Cómo? ¿Y por qué lo haces? No entiendo.

—Porque cuando llegué ahí, solo quería una cosa: vengarme de mi jefe.

—¿Y quién es ese jefe tan cabrón?

Respiro.

Y entonces lo suelto.

—Mateo.

—¿Mateo? ¿El idiota que te hacía cosas en el instituto?

Claro, Maruja estaba al tanto de mis traumas, lo que pasa es que había omitido que en este nuevo trabajo que había conseguido, ese idiota era mi jefe.

—Ese mismo.

—Catalina Ferrer, ¿te estás acostando con tu jefe?

—¡No! ¿Por qué me haces esa pregunta? ¡Acabo de confesarte que soy yo la causante de su desgracia! —exclamo, y lo cierto es que por dentro me siento terriblemente mal, en realidad.

—¿Quieres acostarte con tu jefe? —insiste ella.

Pero ¿qué dice? ¿Por qué me hace estas preguntas?

—¡No sé!

STOP.

¿No sé?

Ay, Catalina, Catalina…

—¿Te besaste con tu jefe?

—Sí.

A tomar por culo.

Ya todo da igual.

Maruja se recuesta en la silla, da un trago a su vino y suelta:

—Pues estás jodida, cariño.

—Le odio, Maruja. De verdad. Le odio por cómo me trató en el instituto, por cómo me miró cuando me hizo la entrevista y por cómo me ignoró después de besarme. Y le odio porque ahora me busca como si yo fuera lo único firme en su mundo tambaleante. Y aún así…

—¿Aún así qué?

—Aún así… No puedo dejar de pensar en él. En cómo me mira, cómo me escucha, cómo parece confíar en mí.

Es en este momento cuando me doy cuenta de que todo está yendo demasiado rápido…

De que puede salirse de mi control en cualquier momento, de que debo estar volviéndome loca desde el momento en que Mateo Escassi apareció de nuevo en mi vida.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú confías en ti? —pregunta ella y no digo nada—. Porque me da la sensación de que te has metido en un laberinto emocional, cariño. Y estás tan ocupada fingiendo que sabes el camino, que no te das cuenta de que te estás perdiendo a ti misma.

La merluza se enfría, la tele suena de fondo y yo me quedo aquí, en la mesa de una mujer con bata de raso, preguntándome si lo que he empezado como una venganza… no se ha convertido en una forma retorcida de buscar amor.

SU amor.

O, más bien, su aceptación, porque siento que Mateo nunca me aceptó, por eso no me dejaba tranquila.

Maruja me aprieta la mano.

—Te voy a decir una sola cosa más, y luego nos comemos ese flan que huele a infierno.

—Dime.

—Si vas a traicionarlo, hazlo de frente. No por él. Por ti. Porque si vas a romperle el mundo, no puedes hacerlo mientras te tiembla la voz.

Yo no respondo.

Porque, por primera vez, no sé qué quiero romper más: su mundo o el mío.

29
Mateo

Hay algo en su forma de estar sentada que me descoloca: piernas cruzadas, manos sobre la libreta, esa calma fingida que solo tienen las personas que se han roto por dentro y ya no esperan que nadie venga a recoger los pedazos.

Catalina Ferrer.

Tan lejos del personaje que yo recordaba y tan cerca de todo lo que no quiero sentir.

Esta mañana me he despertado con el teléfono sonando y el estómago cerrado.

Los periodistas siguen husmeando, la junta quiere explicaciones y el departamento legal ya ha tenido que intervenir.

Pero aquí estoy, observándola desde mi despacho, buscando algo que ni siquiera sé si tengo: un lugar seguro donde decir la verdad.

—¿Puedo hablar contigo? —le digo cuando salgo de este cubículo en el que siento que ya no queda oxígeno y me acerco a su mesa.

Ella está apagando el ordenador, la jornada ha terminado y ya no queda nadie en la oficina.

No sé porqué acudo a ella tanto desde que sucedió lo de la filtración.

O tal vez sí, tal vez porque no hay nadie más en esta maldita empresa con quien pueda hablar sin sentir que tengo que disfrazarme de mí mismo.

Ella termina de recoger sus cosas y asiente con la cabeza y una sonrisa ligera.

—La situación no pinta bien —digo.

—¿Te refieres a la filtración?

Asiento.

—Hemos recibido una alerta interna. El periodista tiene más información de la que pensábamos. Detalles que… no estaban en

ningún informe público.

—¿Y sabéis de dónde ha salido?

—No del todo. Pero alguien con acceso directo lo ha hecho.

—¿Sospechosos?

Me giro para mirarla.

—Todos.

—¿Incluyéndome?

Ella me lo lanza con calma, como si no le doliera.

—Tú eres la única que se comporta como si no tuvieras nada que ocultar —digo—. A veces eso es lo más sospechoso.

Nos miramos.

Ni un gesto.

Ni una risa.

Solo el sonido del aire acondicionado.

—No puedo confiar en nadie —confieso.

Y en cuanto lo digo, siento que algo dentro se me encoge.

Ella no responde, solo me observa como si entendiera exactamente de qué hablo.

Y entonces dejo salir lo que no le he contado a nadie nunca.

—Una vez… hace años… alguien en quien confiaba me vendió por una exclusiva. Un antiguo socio. Alguien que conocía todos mis errores, todos mis fallos. Le dio a un medio información que me hizo parecer corrupto. Perdí casi todo. Y desde entonces no dejo que nadie vea nada real de mí.

Silencio.

Ella me escucha. Y lo hace de verdad.

No pregunta, no interrumpe, no intenta arreglar nada.

Solo está.

Y eso es más de lo que cualquier otro ha hecho por mí en años.

—¿Y si esta vez no puedes controlarlo todo? —pregunta, suave.

—Entonces solo me queda confiar.

—¿Y en quién vas a confiar?

La miro.

Y lo sé.

No debería confiar en ella.

Ni en nadie de la plantilla hasta no saber quién ha filtrado la información.

No debería estar hablando con Catalina Ferrer.

La Catalina que entró en esta empresa con una armadura de Chanel y una mirada cargada de fuego.

Pero aquí está.

Escuchando.

Y yo…

Yo me estoy apoyando en ella.

Cada vez más.

Cada vez peor.

Cada vez con menos escapatoria.

—Supongo que, de momento, solo en ti —me atrevo a decir.

Ella asiente con la cabeza tras hacer una mueca extraña y hace ademán de marcharse, por lo que digo rápidamente, sin querer incomodarla más:

—Hasta mañana.

La acompaño hasta la puerta.

No digo nada.

No intento detenerla.

Pero cuando la puerta se cierra, me quedo mirando la silla donde estaba sentada y me doy cuenta de algo terrible: No sé si acabo de hacer una confesión o acabo de darle el arma con la que puede destruirme.

Y lo peor es que, si fuera ella ni siquiera me dolería tanto, después de cómo se lo hice pasar yo en el pasado.

Tardo unos pocos minutos en reaccionar y marcharme yo también.

La oficina se ha vaciado.

Las luces de los pasillos están en modo ahorro de energía y el ascensor tarda más de lo habitual en responder.

El único sonido es el del limpiador pasando la mopa en la planta de arriba, como si arrastrara todas las sobras de lo que hoy hemos callado.

Salgo de la oficina con la vaga esperanza de, por milagro divino, alcanzarla antes de que salga del edificio.

Y no sé si es por necesidad, por impulso o por todo lo que me está carcomiendo por dentro.

La encuentro a punto de doblar la esquina de la calle donde están ubicadas las oficinas y, como un puto adolescente hormonado, corro hasta ella.

No sé qué mierda me pasa, pero estoy perdido.

—¿Has venido en coche? —pregunto, casi sin mirarla y jadeando, cogiéndola suavemente del brazo.

Ella se gira y me mira. Se sorprende los primeros segundos, luego sonríe, aunque no sé descifrar de qué manera.

—Lo cierto es que no. El metro me está esperando con su olor a aliento y sobaco.

—Te llevo —respondo, sin pensar.

—No hace falta.

—No te lo he preguntado.

Nos miramos.

Una batalla silenciosa.

Pero esta vez, ninguno quiere ganar.

Ella asiente con suavidad, como quien no quiere mostrar que también quiere quedarse.

El trayecto es corto, la radio suena bajito, ella juega con la anilla de la correa de su bolso y yo sostengo el volante como si fuera lo único que me mantiene centrado.

Cada semáforo en rojo parece una provocación.

Cada cruce, una excusa para no hablar.

Y, sin embargo, no necesito que diga nada.

Porque su presencia llena el coche como un perfume caro: intenso, persistente, imposible de ignorar.

Al llegar a su calle, detengo el coche frente al portal.

Recuerdo la de veces que tiré huevos sobre esta fachada siendo un adolescente.

Odiaba su vida de rica, su dinero… el poder de su familia.

Catalina desabrocha el cinturón con lentitud, pero no abre la puerta.

—Gracias por traerme —dice, casi en un susurro.

—No quería que te fueras sola.

Ella se gira hacia mí.

Y en sus ojos hay algo nuevo, algo rendido, algo que no sabe si quedarse o huir.

—Mateo… —empieza, pero no termina la frase, porque yo me acerco.

Lento.

Sin palabras.

Sin promesas.

Solo con una necesidad que me pesa más que la razón.

Y la beso.

OTRA VEZ.

Pero en esta ocasión sin rabia, sin error, sin huida.

La beso como quien por fin admite que está perdido… y ha dejado de luchar contra el mapa.

Ella me responde.

Y por un momento, el mundo se calla.

No hay empresa, no hay filtración, no hay traición.

Solo dos personas rotas, besándose como si no se fueran a romper más.

Pero ambos sabemos que esto no es el final.

Es solo la pausa antes del derrumbe.

Cuando se separa, no dice nada.

Tampoco yo.

Ella baja del coche, camina hacia su portal y, antes de seguir, se gira, me mira y me sonríe.

Esa sonrisa…

La misma con la que podría matarme y salvarme al mismo tiempo.

Es en este momento cuando me doy cuenta que Catalina Ferrer no solo me atrae, sino también está hurgando en mi corazón de una manera que jamás me hubiera esperado.

30
Catalina

Lo he besado.

Bueno, él a mí.

O yo a él.

Otra vez.

No lo sé.

No me acuerdo.

No puedo más.

La cuestión es que hemos vuelto a besarnos, he vuelto a besar a mi enemigo.

Y no por error, ni por impulso.

Lo he besado porque lo necesitaba.

Porque después de días jugando a la espía emocional con pintalabios nude, por fin he sentido, no sé porqué, que podía soltarme.

Aunque solo fueran cinco segundos.

Claro que eso ha sido antes de que Mateo me dejara frente a una casa que ya no es mía ni de mi familia.

Porque Mateo, en su cabeza de jefe con trauma, sigue creyendo que vivo en el chalet de los Ferrer, ese palacete con molduras y fuente ornamental donde de adolescente desayunaba fruta cortada con precisión quirúrgica.

Pero ese sitio ya no es mío.

Es del banco.

Y ahora hay una familia rusa viviendo allí que tiene un doberman y una hipoteca y pone Camela a todo volumen.

En fin.

La cosa es que en cuanto se ha ido, espero a que doble la esquina, me giro con toda la dignidad que me queda (spoiler: poca) y empiezo a caminar.

Un rato más tarde, después de coger un autobús y recorrer bastantes calles más abajo, la realidad me recibe como en los últimos días: farolas fundidas, olor a fritanga y un anciano sin camiseta gritando "¡Antoniaaaaa!" desde su balcón.

Mis tacones me están matando, el sujetador se me ha torcido y mi cerebro ha activado el modo tormenta mental versión premium.

"¿En qué momento he pasado de vengadora a besadora compulsiva?"

"¿Cuántas veces más puedo mentir sin vomitarme encima?"

"¿Mateo se ha dado cuenta de que no tengo coche?"

"¿Y si Santi sospecha algo?"

"¿Por qué demonios me sigue oliendo el pelo a él?"

"¿Estoy enamorada o solo deshidratada?"

No lo sé.

Llego a mi edificio, mi precioso edificio, nótese la ironía.

El de la vecina que grita a su gato, el de la moqueta manchada con algo que ni CSI sabría descifrar, el de la cucaracha con nombre Clotilde.

Y cuando pongo un pie en el rellano y subo hacia el tercer piso, ahí están: Cuca y Maruja, paradas como dos jefas de banda latina.

Una con su abrigo de plumas, la otra con su bata de flores y una bolsa de Mercadona colgando del brazo.

Y las dos mirándome.

—Mírala, si es que entra como una espía rusa —dice Maruja.

—Cariño, ¿es normal que tu vecina sepa más cosas de ti que yo? —pregunta Cuca, cruzada de brazos, con tono de "te quiero, pero te meto un zapato por el culo si hace falta".

Yo no respondo, estoy muy cansada.

—¿Tú sabes que esta niña ha filtrado documentos confidenciales, se besa con su jefe y vive como una mendiga con abrigo de Zara pero actitud de Versace? —suelta Maruja a Cuca, como si estuviera comentando la serie del prime time.

—¿Filtrado qué? —dice Cuca, girándose hacia mí como un radar activado.

—Es una larga historia…

—¿Larga como para justificar que no me hayas contado nada de esto?

Pausa.

—Vale. No.

No tengo excusa, esa es la realidad.

Entramos en mi piso, el cual ya sabemos todos que es minúsculo y huele a ambientador barato y a cena de microondas.

Clotilde, la cucaracha, hace acto de presencia.

Cuca chilla.

Maruja le lanza una zapatilla con puntería de francotirador.

Y yo me siento en la encimera.

Respiro.

Y digo:

—No puedo seguir con esto.

—¿A qué te refieres, cariño? —pregunta Cuca—. Anda, que vaya piso te buscó Ramiro…

—A la venganza. Al plan. A la doble vida. A estar besando a un hombre mientras por dentro le arranco los cimientos.

—Qué labia tiene mi niña… —dice Cuca con los ojos entrecerrados y asintiendo con la cabeza—. Un momento, ¿has dicho besando? ¿Te has besado con el impresentable otra vez? Porque de la primera ya me ha informado Maruja.

—¿Y por qué no puedes? —pregunta Maruja.

La miro.

—Porque me duele. Porque no sé si es amor o si solo me he encariñado de su herida. Porque a veces me dan ganas de confesarle TODO. Y eso, chicas, eso no es lo que hace una buena vengadora. Eso lo hace…

Maruja bufa.

—Eso lo hace una mujer que está jodidamente enamorada —concluye la frase por mí.

—No, no, no. No iba a decir eso.

—Pero lo has vuelto a besar, ¿a que sí? —pregunta.

Me muerdo el labio.

—¡¿Pero es tú no aprendes?! —me espeta.

—Ay, Cata, nena… nenita, ¿qué has hecho? —pregunta Cuca llevándose las manos al pecho, con expresión preocupada.

Se hace el silencio.

Maruja abre una bolsa de galletas.

Cuca se sienta a mi lado y me acaricia el pelo como cuando era niña y me caía del pony en clase de hípica.

—Catalina… cariño… A veces la venganza solo sirve para aplastar algo que ya está roto. Y lo tuyo con Mateo todavía no está roto del todo.

—Pero lo estará. En cuanto descubra lo que he hecho.

—¡Anda! ¿Y lo que él te hizo a ti?

—¿Y en qué me diferencia de él si yo hago lo mismo? ¡O peor! ¡Es su empresa!

—Entonces deja de hacerlo —dice Maruja, simple, directa—. No te castigues más. Hazte cargo de lo que quieres hacer ahora. Ser una trabajadora más que le limpia el sable al jefe.

—¡Maruja, por Dios! —exclamo.

—Para qué voy a decir que no, si sí —dice Cuca rodando los ojos hacia arriba.

Quizá deba parar.

Quizá haya sido suficiente.

No tengo la mente fría de seguir, tengo muchos remordimientos…

Si lo que estoy haciendo me deja a la altura de lo mala persona que fue Mateo conmigo en el pasado, entonces yo elijo estar en el otro bando, no ser como él.

¿Y si tanto reniegas de cómo es tu jefe, por qué no dejas de pensar en sus malditos labios?, me dice mi mente.

Zarandeo la cabeza repetidas veces.

Siento que voy a volverme loca.

El archivo que tengo pendiente de enviar, la nueva información que le prometí al periodista cuando me respondió al primer email, la bomba que aún no he activado…

No lo haré.

Decidido.

Porque ya no quiero ver a Mateo caer, quiero verlo elegirme, aun cuando no tenga que hacerlo.

Y por fin entiendo algo: la venganza tenía un principio, pero el amor no siempre tiene un plan.

31
Catalina

Duermo a saltos y a la mañana siguiente me levanto con el beso todavía pegado en la boca.

Literalmente.

Y no en plan "qué romántico".

No.

En plan "tengo a Mateo clavado en las encías y en la médula espinal."

Me lavo los dientes tres veces, como si un colutorio pudiera borrar lo que sentí anoche y hacerme olvidar que por primera vez desde que empezó esto, quiero rendirme, esta vez en serio.

No al plan.

No a la venganza.

A él.

A su forma de mirarme como si pudiera salvarse en mis ojos.

A su forma de no decir nada y, aun así, contarme lo que nadie sabe.

A ese beso lento y suave. Trágico.

A su lengua dentro de mi boca, buceando y esperando encontrar el tesoro más preciado.

Porque si esto fuera otra historia, anoche habría sido el principio.

Pero esta no es otra historia, es la mía, y los remordimientos me matan.

Llego a la oficina antes que nadie.

Café solo.

Pelo recogido.

Falda de tubo y blazer gris con hombros marcados, como si el tejido pudiera sostener lo que yo ya no puedo.

Enciendo el ordenador y miro la bandeja de entrada del correo electrónico.

Entonces lo veo.

De: t.lerma@agenciainforme.com
Asunto: Esto no ha terminado

Catalina,
Has sido muy silenciosa últimamente.
Y sin embargo… tan brillante en tus entregas anteriores.
Te cuento lo que va a pasar:
Tengo todo lo que me diste, tengo cómo lo hiciste y tengo tu nombre vinculado a una cuenta IP que no quieres que nadie rastree.
Si me das acceso al desglose de campañas con socios extranjeros antes del viernes, esto puede seguir siendo una exclusiva elegante.
Si no… lo haré a lo feo.
Ya sabes cómo funcionan los fuegos descontrolados, ¿no?
Espero tu decisión.
T.

El corazón me cae en el estómago, como una piedra, una sentencia, una hostia a mano abierta con guante blanco.
Miro la pantalla, releo el mensaje y siento el pulso en las sienes.
No puede estar pasando.
No ahora.
No después de todo.
Cierro la pestaña y
Me levanto y camino al baño.
Entro.
Me encierro.
Apoyo la frente en la puerta.
Respiro.
¿Qué coño hago ahora?
Si sigo pasando información, estoy condenando la empresa.
Alonso.
Santi.
Silvia.

Todos.

Mateo.

Obviamente Mateo.

Si no lo hago, ese cabrón puede acabar conmigo.

Y lo hará con pruebas.

Con nombres.

Con todo.

Me tiene.

Y me tiene justo ahora, que yo ya no sé a quién quiero proteger más: a Mateo o a mí.

Salgo del cubículo y me mojo la nuca con agua y decido volver a mi puesto de trabajo.

Cuando salgo del baño, él está ahí, en el pasillo, mirándome con esa expresión que ya no es la del jefe, ni tampoco la del adolescente, sino la del hombre.

Del hombre que ya ha empezado a confiar en mí.

Del hombre que no sabe que soy justo la bomba que tiene bajo los pies.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Eh… sí, sí, claro —respondo.

Y sonrío.

Esa sonrisa.

La que aprendí en los pasillos del colegio privado.

La que usaba cuando me rompía por dentro.

La que me salvó antes de que yo supiera que necesitaba ser salvada.

Pero por dentro, mientras me devuelve la mirada, solo pienso una cosa: Mateo… me estoy enamorando de ti justo cuando más te estoy traicionando.

Y eso es la peor venganza de todas.

32
Mateo

Lleva puesta una chaqueta gris, el moño alto, los labios suaves.

Y una sonrisa que me está destrozando por dentro, de esas que no enseña los dientes, pero te arranca el alma.

Y yo ya no puedo con esto.

No puedo con lo que estoy empezando a sentir por ella, no puedo con la conciencia, que no para de recordarme lo cabrón que fui en el pasado por… ¿por qué?

¿Envidia?

¿Celos?

Menudo adolescente gilipollas.

Desde que la dejé en casa anoche, no he parado de pensar en cómo se bajó del coche sin decir nada más, en cómo me miró antes de que me marchara, en cómo me besó sin miedo y en cómo ese beso fue, para mí, un acto de rendición absoluta.

A ella pareció bastarle con cerrar la puerta del coche para volver a ser Catalina, pero yo… yo no sé si sé ser Mateo sin volver a buscarla.

Hoy la oficina parece un campo de minas.

Silvia sospecha de todos, Alonso no para de hablar de auditorías, el equipo de comunicación está a punto de explotar, el periodista ha publicado la primera nota, más superficial, pero ya están agitando el agua y yo, que debería estar en modo guerra, solo tengo la cabeza en Catalina.

La miro.

Cada vez más.

En reuniones, en pasillos, en silencios, en excusas.

La busco cuando entra y me alivia saber que sigue aquí, como si su presencia me recordara que, pase lo que pase, todavía no me he perdido del todo.

Y eso me da miedo, porque yo no funciono así, nunca he necesitado a nadie para sostenerme.

Hasta ahora, cuando me siento solo y traicionado en mi propia empresa.

Y, de algún modo, ella me sigue atrayendo como la miel a las moscas.

No debería ser ella.

De entre todas las personas en esta empresa, de entre todos los perfiles, los currículums, las trayectorias, no debería ser Catalina Ferrer.

Pero lo es.

Porque en medio del caos, es la única que no me hace sentir solo.

Joder, esto es de locos.

Y eso es, paradójicamente, lo más peligroso de todo.

Desde el nuevo avance de prensa, el equipo va como loco.

Silvia está paranoica, Alonso vive en modo auditoría interna y Santi, aunque no lo diga, me mira con preocupación constante.

Y yo no tengo a quién recurrir.

Salvo a ella.

Catalina lleva desde que se filtró la información haciendo su trabajo con una precisión quirúrgica.

Eficiente.

Serena.

Silenciosa.

Y eso, en medio de este incendio, es como una promesa de algo que aún no sé si merezco.

Por eso la llamo a mi despacho.

Otra vez.

Pero no para hablar de filtraciones, ni de informes.

Sino de algo más serio.

Entra con su chaqueta gris, ese moño alto que ya empieza a conocer mis silencios y esa sonrisa leve que… Dios, esa sonrisa.

—¿Querías verme? —pregunta, sentándose.

—Sí. Estoy organizando la presentación para la junta. Quiero rehacer el enfoque completo, quitar intermediarios. Y necesito a

alguien que no me falle.

—Ajá.

—Quiero que lo hagas tú, Catalina. Tú y yo. Sin pasar por el resto.

La miro.

Ella se queda quieta, entiendo que no se lo esperaba.

Y por un segundo… veo cómo le tiembla apenas un dedo sobre la libreta.

Pero su voz sale firme:

—¿Solo nosotros dos?

—Sí.

—¿Y no te preocupa que los demás piensen que…?

—Ya estoy acostumbrado a que piensen cosas. Me importa más tener a alguien en quien pueda confiar de verdad.

Boom.

Ahí está.

La confesión disfrazada de decisión profesional.

Ella traga saliva.

Me mira y me sonríe.

—Entonces cuenta conmigo.

Durante los siguientes minutos hablamos de detalles, del enfoque y de cómo presentaremos los datos sin desvelar los puntos más sensibles.

Pero hay algo más en la sala.

Una electricidad suave.

Como una cuerda tensa entre nosotros que no se rompe… pero que cada vez tira más.

Y entonces, sin pensar demasiado, lo suelto:

—¿Y si después de trabajar en esto… cenamos? Fuera de estas cuatro paredes. Tú y yo. Sin papeles. Sin presión.

Ella levanta la vista hacia mí y posa sus pupilas sobre las mías.

¿Qué hay en sus ojos?

¿Es miedo?

¿Es deseo?

—¿Cenar?

—Sí.

—¿Como una… cita?

La palabra se queda flotando, pero yo la sostengo, sin huir.

—Como quieras llamarlo, princesa —le digo guiñándole un ojo, como si por dentro no me estuviera afectando todo lo relacionado con la empresa.

Catalina no responde enseguida.

Pero sus ojos dicen más que cualquier frase que podría inventarse.

Y entonces, al fin, dice:

—Vale. Cenamos.

Cuando sale del despacho, me quedo con el pulso acelerado.

No porque tenga dudas, sino porque empiezo a querer que esto funcione.

Y eso… eso lo hace real.

Y lo real siempre es más frágil.

33
Catalina

El sujetador me aprieta, el vestido me aprieta, la conciencia me aprieta y todo lo demás… lo están apretando Cuca y Maruja.

Literalmente.

—¡Estira el brazo, que esto no es una prueba de cardio! —chilla Cuca mientras me sube la cremallera del vestido como si estuviera domando un dragón.

Es un vestido de cuando ella era joven que me ha traído para prestarme y, la verdad, ni tan mal.

No es un Versace, pero me hace el papel.

Agradecida siempre.

—Cariño, ese vestido grita "me estoy arrepintiendo de cosas, pero qué guapa estoy haciéndolo" —añade Maruja desde el sofá, copa de vino en mano y cara de crítica de Pasión de Gavilanes.

Me miro en el espejo.

Estoy… diferente.

Por primera vez desde que esto empezó, sé a quién estoy defendiendo.

O, al menos, eso pretendo.

—¿Y entonces qué vas a hacer? —pregunta Cuca, con los brazos cruzados y el moño en modo "a punto de intervenir con drama materno".

—¿De qué parte estás tú ahora? —añade Maruja, tan directa como siempre.

Me siento frente al espejo, cepillo en mano, y le digo:

—Estoy de su parte. De la de Mateo. Ya está.

—¿Aunque eso signifique renunciar a la venganza? —pregunta Cuca.

—¿Aunque eso signifique tragarte lo que él fue en el pasado? —añade Maruja.

—Sí. Porque no es el mismo ni yo tampoco lo soy. Porque cuando alguien te muestra la herida y no el puñal… lo mínimo que puedes hacer es guardar el tuyo.

—Pues también es verdad —comenta Maruja. Luego da un sorbo de su copa—. Además, faltaría menos, vas a ir a limpiarle el sable.

—¡Maruja, por favor! ¡Solo es una cena!

—Pero vamos a ver… blanco y en vasija… leche fija.

Cuca me mira y se sienta a mi lado.

Me pasa la mano por el pelo, como cuando me peinaba para las funciones del colegio.

—No estás enamorada. Estás perdida.

—¿Y si estoy ambas?

—Entonces vívelo, cariño. Porque las mujeres Ferrer también tenemos derecho a dejarnos querer. Aunque después tengamos que recogernos los pedazos con pinzas de depilar.

—¿Y el periodista ese? —dice Maruja, abriendo otra botella de vino.

Verás estas dos la juerga que se pillan en cuanto me vaya, te lo digo yo.

—No he contestado a su último mensaje y no pienso hacerlo. Se acabó.

—Pues ten cuidado. Que a los hombres con ego y datos sensibles les gusta jugar sucio.

—Ya. Pero esta vez, yo también sé jugar. Y no estoy sola. O eso espero.

Nos miramos las tres.

De repente no me siento como la niña rica que perdió todo, ni como la vengadora solitaria con un plan maestro.

Me siento como una mujer, tan solo una mujer.

Una treintañera que solo quiere volver a empezar.

Cuca me coloca los pendientes y Maruja me da un clinex para el escote.

—Para que no sudes la dignidad, cariño.

Y salgo por la puerta.

Con miedo, con deseo y con una certeza bajo la piel: he elegido y esta noche voy a vivirlo.

Pase lo que pase.

34
Catalina

He quedado con él en mi antigua casa.

Bueno, no mi casa.

La de mis padres.

O sea… la que sigue pensando que es de mis padres.

La que el banco se quedó junto a mi orgullo y tres pares de zapatos de Louboutin.

Le he dicho que me recogiera allí, después de arreglarme tras la jornada laboral.

Una última mentira.

Una despedida simbólica de todo lo que fui antes de convertirme en esta Catalina que camina sobre cristales rotos… con los labios perfectamente perfilados.

Llega puntual.

Camisa blanca, chaqueta azul marino y esa mirada de hombre que ha aprendido a fingir control… pero ya no se molesta en esconder el temblor bajo los párpados.

—Estás preciosa —dice.

—Gracias. Me he vestido de sinceridad… aunque aún no me atrevo a decirla.

Él sonríe.

No entiende.

Aún no.

Claro.

Pobrecito.

Subimos al coche y el retrovisor de la calle nos mira como si fuera un testigo mudo de lo que estamos a punto de romper.

Algunos minutos más tarde llegamos a nuestro destino.

El restaurante se llama "Casa Felisa", en el barrio de Las Salesas, entre calles adoquinadas y fachadas que aún conservan balcones

con geranios.

Es elegante sin ser pretencioso.

Madera clara, techos altos, luz cálida, copas finas, manteles que no se arrugan y una terraza interior donde la primavera madrileña empieza a colarse sin pedir permiso.

Nos han sentado en una mesa en el rincón más íntimo del jardín interior.

Hay velas pequeñas y una enredadera viva que trepa por una pared blanca, como si llevara años creciendo justo para esta escena.

Es todo tan bonito que me duele, porque sé lo que estoy a punto de romper.

Yo pido agua y Mateo una copa de vino y las dos especialidades de la casa para compartir.

Cuando el camarero se va, siento que el mundo se está cerrando sobre nosotros dos.

Durante el primer plato, el cual me parece exquisito, hablamos de todo menos de nosotros.

De libros, cine, de lo mal que Alonso lleva las crisis, de cómo Silvia se pasa el noventa por ciento del día espiando por las esquinas...

Pero yo no escucho del todo, porque mi cabeza está ensayando una confesión tipo: Mateo, tengo que decirte algo. Fui yo la de la filtración… Empezó como una venganza… pero te juro que ahora no sé cómo vivir sin ti.

Bueno, eso último quedaría muy novelesco, quizá.

Pero no lo digo, no todavía.

Llega el segundo plato, otra delicia, y él me mira como si yo fuera lo único bonito que le ha pasado esta semana.

Y ahí es donde me duele.

—Catalina —dice, con voz baja, íntima—. No sé qué somos, no sé si esto va a funcionar, pero no quiero que desaparezcas. No ahora.

Yo me trago el nudo que tengo en la garganta con un sorbo de agua.

—No voy a desaparecer.

—¿Seguro?

—Te lo prometo.

Mentira.

O verdad a medias.

Porque si le digo todo, quizá sí desaparezca, pero porque él me borre de su vida con solo una mirada.

La cena avanza, él me toca la mano por encima de la mesa, y yo sonrío, pero por dentro mi estómago parece una guerra civil.

Lo que me faltaba, descomponerme y empezar aquí y ahora a tirarme pedos de esos horribles.

No, no, no.

Mateo me mira mientras aparta los restos del segundo plato.

Yo agarro la copa de agua con las dos manos.

Los dedos me tiemblan.

Ya no puedo más.

Tengo que decírselo.

Esta es mi oportunidad.

—Mateo… —empiezo. Él me mira, atento. Abierto. Casi vulnerable—. Hay algo que tengo que contarte.

Pero antes de que diga nada más, levanta la mano discretamente y llama al camarero.

—¿Nos trae la cuenta, por favor?

Me quedo en silencio.

Congelada.

—¿La cuenta?

—Sí.

—¿Y el postre? —pregunto, sin disimular mi desconcierto.

Él sonríe.

Una de esas sonrisas suaves que no se ven venir.

—El postre para el final.

Parpadeo un par de veces de forma rápida, no entiendo.

—¿Qué significa eso?

Mateo se reclina un poco y me mira con una mezcla de seguridad y pudor, como si supiera que lo que va a decir puede cambiar la dirección de la noche.

Pues si supiera lo que tengo que decirle yo… ay, madrecita.

—Quiero hablar contigo de algo más personal en un lugar más íntimo.

—¿Íntimo tipo "sofá y vino" o íntimo tipo "huir a otra dimensión"?

—Íntimo tipo "donde nadie nos interrumpa."

—¿Esto es una encerrona?

—Esto es una invitación. A confiar y a hablar sin filtros.

—Oh —acierto a decir formando una perfecta "o" con mis labios.

¿Lo sabe?

No, ¿verdad?

No puede saberlo, no…

—Acepta, por favor —me pide casi en un ruego.

Y lo hago: acepto.

No porque esté segura, no porque no me dé miedo, sino porque cada vez que me mira así, siento que me están arrancando las capas que ya no quiero llevar puestas.

—De acuerdo.

Cuando salimos al exterior tras pagar la cuenta, sonrío al pensar que Madrid de noche es otra ciudad: más suave, más peligrosa, más honesta.

Subimos al coche y me dejo llevar.

35
Mateo

He elegido hacer una reserva de una suite en el hotel Santo Mauro porque es lo más parecido a pedir perdón sin pronunciarlo todavía.

Porque fue la primera vez que vi a Catalina —con dieciséis años, vestido de uniforme, furia en los ojos— en una foto de sociedad justo aquí.

Y pensé: ella es intocable, es todo lo que yo no puedo alcanzar porque yo iba al mismo colegio que ella por una beca que a mi madre le costó mucho que me concedieran.

Y aún así, lo intenté.

A mi manera.

Una burda, inmadura y cobarde, sí.

Pero fue así como decidí hacerlo.

Por eso hoy, más de diez años después, quiero que sea aquí, porque si voy a decirle lo que siento, tiene que ser en un lugar a su altura.

La habitación tiene una chimenea encendida.

No de verdad, por supuesto, ya no hace tanto frío en Madrid. Es una de esas digitales, falsas, pero con luz cálida.

Hay dos copas de cava servidas sobre la mesa, un sofá de terciopelo gris oscuro y luces tenues.

Ella entra detrás de mí, pero no dice nada, solo se limita a cerrar la puerta tras de sí, quitarse los zapatos de tacón y caminar hacia la ventana.

Mira los jardines interiores, como si desde allí pudiera ver algo que le dé respuestas.

Yo me acerco de forma lenta, porque no quiero precipitarme.

—Gracias por haber aceptado —digo, por fin.

—No sabía si era buena idea.

—Yo tampoco.

—¿Por qué aquí? —pregunta.

—Porque una vez, cuando era un imbécil con uniforme caro y complejo de inferioridad, pensé que tú… nunca podrías ser parte de mi mundo.

—¿Y ahora?

—Ahora… —susurro cogiéndola suavemente de las manos— creo que mi mundo nunca estuvo completo sin ti.

Se gira y me mira, pero no con ironía, no siendo esa Catalina afilada, sino siendo esa mujer que aparece cuando baja las armas.

—Mateo… hay algo que tengo que decirte.

Y en su voz hay algo que me hace temblar, como si estuviera a punto de romperlo todo.

—Es sobre el principio, sobre cómo empezó todo. No quiero que esto siga adelante sin contártelo…

Yo la interrumpo, pero no con un gesto o con rabia, sino con un paso, con un susurro.

—Catalina… yo también tengo que decirte algo.

Ella se queda quieta.

Yo me acerco.

—Siento lo que te hice en el pasado. Siento cada broma, cada desprecio, cada cosa que dije para no reconocer lo que sentía. Eras brillante. Y yo solo un cobarde. —Sus ojos brillan, pero se mantiene en silencio, escuchándome—. Y ahora… ahora solo quiero que me creas cuando te digo que me importas. No como alguien que trabaja conmigo o como un error del pasado. Me importas como alguien que ya forma parte de todo lo que soy.

Ella parpadea y respira hondo.

—Mateo… yo…

Pero no termina, no la dejo, porque la beso.

Y esta vez no es impulso, ni redención, ni culpa.

Es necesidad, calma, elección.

Ella responde.

No tengo miedo, no esta noche, no mientras estemos aquí.

—Joder… —susurro cuando me separo de sus labios, pegando mi frente a la suya— no sé qué me has hecho, no… sé qué me pasa

contigo.

Ella vuelve a besarme, colocando sus tibias manos sobre mi cuello, y yo solo acierto a pensar: si todo va a estallar después, que al menos este momento sea perfecto.

36
Catalina

Amanezco con la sensación de no saber dónde estoy.

Luz suave, sábanas de hilo y un brazo que me rodea la cintura de piel desnuda con la delicadeza de quien no quiere que se acabe el sueño.

Tardo unos segundos en recordar.

La habitación del Santo Mauro, Mateo, su mirada, sus manos, mi piel, la noche que lo cambió todo.

No me muevo.

Él respira tranquilo a mi espalda.

Su pecho sube y baja despacio, como si el mundo se hubiera ralentizado a propósito para darnos este paréntesis.

Y por un momento, lo creo.

Creo que nada más importa.

Lo de anoche… fue más que sexo.

Fue una conversación sin palabras, un perdón silencioso, una entrega que no pedimos, pero que los dos supimos cómo sostener.

Mateo me besó sin apuro, con una mezcla de hambre y respeto, como si quisiera aprenderme desde dentro y no dejar ni una herida sin tocar.

Y yo… yo me dejé hacer.

Me desnudé sin prisa.

Lo miré como si supiera que esta era la única vez que alguien me iba a mirar sin juicio.

Nos hicimos el amor.

No como dos enemigos que pactan tregua, sino como dos personas que, sin querer, se han salvado mutuamente.

Acaricio su mano sobre mi vientre.

Tiene la palma tibia, abierta, confiada.

Me giro lentamente y lo observo dormir.

Boca entreabierta, ceño relajado, esa pequeña arruga entre las cejas que solo desaparece cuando duerme o cuando se ríe conmigo.

Trago saliva de forma costosa e incómoda y entonces lo pienso.

¿Qué he hecho?

¿Y qué estoy dispuesta a hacer ahora para no perder esto?

Porque ya no es un juego, ya no es venganza.

Es algo mucho peor: amor.

Lo siento dentro del pecho, entre las costillas, en la garganta, en ese triángulo de placer que tengo entre las piernas.

Es amor.

Real.

Inevitable.

Terrible.

Me incorporo con cuidado y busco mi móvil en el bolso.

Pantalla encendida.

Una notificación.

1 nuevo mensaje – Toni Lerma

Y todo el calor se me cae de golpe.

Lo abro mientras me noto los latidos del corazón en la cabeza.

Catalina,
Sabes que no me gusta esperar.
He contactado con alguien más.
Y parece que tú no eras la única con sed de justicia.
Si quieres proteger lo que aún queda de ti…
tendrás que hablar conmigo.
Hoy.
T.

La habitación de lujo empieza a cerrarse sobre mí como una caja de cristal.

El colchón ya no es mullido, las sábanas me aprietan y el silencio pesa más que nunca.

Vuelvo la vista hacia Mateo.

Aún duerme.
Aún no sabe nada.
Y yo… yo me siento como una bomba con cuenta atrás.
Porque esta vez ya no se trata de si quiero contarle la verdad.

Se trata de si me va a quedar tiempo para hacerlo… antes de que otro lo haga por mí.

37
Mateo

Abro los ojos sin prisa.

La habitación del Hotel Santo Mauro sigue en penumbra, pues las cortinas filtran la luz del amanecer con esa pereza elegante que tiene Madrid cuando aún no se ha llenado de coches, prisas y decisiones de mierda.

Por un segundo, no me muevo; no quiero romper el hechizo.

Y entonces la noto: la ausencia.

SU ausencia, mejor dicho, porque su lado de la cama está frío.

¿Dónde está?

Me incorporo despacio, apoyo los codos en las rodillas y dejo caer la cabeza hacia mis manos.

Respiro hondo.

Su perfume sigue ahí: ese olor entre jazmín, piel y algo que solo puedo describir como Catalina.

Ella no está, pero aún me envuelve.

Camino hacia la ventana y siento la madera tibia bajo mis pies descalzos.

Todo está perfectamente recogido… excepto la copa a medias en su mesilla.

Y las sábanas, desordenadas, todavía delatan que anoche aquí no dormimos, sino que hicimos algo mucho más valiente: nos desnudamos por dentro.

Recuerdo su respiración, su voz ronca al reírse entre besos, el temblor suave de sus piernas cuando le dije al oído que no tenía prisa, que no necesitaba que fingiera nada conmigo.

Catalina no se rindió, se entregó.

Busco una nota, pero no hay.

Miro mi móvil.

Nada.

No obstante, por algún motivo, no me inquieta, no sospecho, no pienso lo peor.

Solo pienso en ella, en su manera de escapar de los sitios cuando empieza a tener miedo.

Supongo que esta mañana ha ocurrido algo parecido.

Recuerdo de nuevo cada gesto, cada caricia, cómo me rodeó con las piernas como si el mundo pudiera desaparecer y le diera igual, cómo me miró, justo antes del primer beso, con esa combinación de desafío y vértigo.

Catalina no es fácil, pero es real.

Y eso… me jode, porque no sé cómo se ama a alguien sin mapa.

Recojo su copa y acaricio con el pulgar la marca de su labial en el cristal.

Una tontería, un gesto estúpido y, sin embargo, no puedo evitarlo.

Lo nuestro empezó como una tensión… y anoche se convirtió en tregua.

Y yo, que he luchado tanto por tener el control, siento que si ella desaparece… no sé si podré seguir fingiendo que lo tengo.

Me visto, me atuso el pelo y paso la mano por la chaqueta como si eso fuera a enderezarme también por dentro.

Recojo mis cosas y echo una última mirada a la habitación.

Todo sigue igual que anoche; rezo porque en la empresa también siga todo igual y nada haya saltado por los aires.

38
Catalina

Cuando abro la puerta de casa, todavía me tiemblan las piernas.

Es por el peso de la culpa, esa que se instala en el pecho cuando has cruzado todas las líneas y ya no sabes si puedes volver atrás.

Don Gato me recibe como si llevara meses desaparecida: maúlla fuerte, me da la espalda y me mira con reproche desde su esquina del sofá.

Es entonces cuando veo la nota sobre la encimera sujeta por un bote de garbanzos.

"Anoche le dejé más comida a Don Gato, por si no venías a dormir.

Total, más gordo no puede estar."

Maruja.

Cierro los ojos y exhalo.

Perfecto.

Maruja y su pasivo-agresividad en mayúsculas.

Y yo, con el alma hecha confeti.

Camino por la casa en silencio.

La luz entra a través de las persianas medio bajadas y, aunque todo está exactamente igual que ayer, al mismo tiempo, algo ha cambiado.

Creo que soy yo.

Paso por el espejo del pasillo y me detengo.

Tengo el rímel medio corrido, el pintalabios completamente desaparecido y el pelo como si hubiera sobrevivido a una batalla campal.

Pues puede que sí, puede que haya sido justo eso.

Una batalla, una rendición, una tregua.

Una de esas noches que marcan un antes y un después.

Y yo… estoy en el después, sin saber qué hacer con él.

Zarandeo la cabeza para deshacerme de todos los pensamientos intrusivos que me están quemando por dentro, voy directa al baño, enciendo la luz y me despojo de la ropa.

Me pongo bajo el agua, cierro los ojos y me apoyo contra la pared de la ducha, dejando que el vapor me abrace.

No lloro, no todavía, pero siento las emociones haciendo fila, pidiéndome paso, agobiándome.

Mateo.

Su voz.

Su cuerpo.

Sus palabras.

"No quiero que desaparezcas."

Y Toni.

Toni, el periodista.

Toni, el chantajista de los cojones que está esperando mi siguiente movimiento con una verdad que puede incendiarlo todo.

Incluido a él.

Incluido a mí.

Me froto rápidamente con jabón, no sin sentir miedo por borrar las huellas de Mateo sobre mi cuerpo, apago la ducha y me envuelvo en la toalla como si fuera una especie de escudo de algodón.

Camino hasta el salón, busco mi bolso y saco el móvil.

Ni siquiera me he despedido de él cuando me he marchado del hotel.

Veo su nombre en la pantalla y cierro los ojos.

Mateo.

Mis dedos tiemblan, quiero escribirle toda la verdad con la protección de estar detrás de la pantalla, pero no lo hago; estas cosas es mejor hablarlas en persona.

Debo decirle la verdad, debo decirle la clase de persona que soy en realidad y quitarle la venda de lo que él cree que soy.

Tenemos que hablar.

Hoy.

A solas.

Donde él quiera.

Lo tengo claro, pienso hacerlo en cuanto llegue a la oficina.

Lo he decidido, pero sigo sin respirar de alivio.

Por el contrario, siento que el corazón se me contrae como si supiera lo que viene, porque esta vez la verdad no va a doler solo a los demás, también me va a doler a mí.

Pero prefiero eso… a quedarme con el beso y el silencio.

39
Catalina

Entro a la oficina a la hora pertinente, como siempre, pero me siento como si llevara el pecho forrado en dinamita.

Tengo el corazón en la garganta y una conversación pendiente que me arde bajo la lengua.

Ahí está él, es lo primero que veo cuando llego a mi planta.

En el pasillo, apoyado contra la máquina de café, con esa sonrisa que, si no supiera todo lo que sé, me parecería el principio de algo bueno.

—Buenos días, Ferrer —me dice.

—Buenos días —respondo azorada.

Su mirada recorre mi cara como si estuviera confirmando que no he desaparecido.

Y por un instante, me dejo mirar, porque joder, no puedo evitarlo.

Cuando me mira así, me cuesta recordar que estoy jugando con fuego y yo no soy de las que salen ilesas.

—¿Puedo secuestrarte un minuto? —me dice.

Como estúpidamente humana que soy, asiento.

Quiero hablar con él, pero también quiero… esto.

Me coge de la mano y me lleva corriendo por el pasillo, literalmente, hasta el baño.

Se le escapa una carcajada y me contagio de su risa sin querer.

Maldito.

Maldita yo también por lo que he hecho.

Que baje Dios y me diga cómo coño arreglo el destrozo.

Me empuja suavemente del codo mientras suelta un "confía en mí" susurrado en mi oído.

La puerta del baño se cierra detrás de nosotros.

—¿Mateo? —susurro.

—Te he echado de menos —dice él.

Y entonces me besa sin permiso, sin protocolo, con hambre.

Virgencita de la Macarena, ten piedad de mí.

Me dejo besar.

¿Soy malvada?

Yo qué sé.

Lo que tengo claro es que no sé decirle que no, porque una parte de mí lo está deseando desde que salí corriendo esta mañana del hotel.

—Mateo… tenemos que hablar —consigo murmurar, con la espalda ya apoyada contra la pared del cubículo.

—Hablaremos —dice entre beso y beso.

—Es en serio.

—Lo sé. Pero antes… déjame recordarte algo.

Y baja todo su cuerpo hasta colocar la cabeza a la altura de mis muslos, con esa determinación peligrosa que tienen los hombres que saben exactamente dónde y cómo besarte para borrar tus planes.

Mi falda sube, mis pensamientos bajan, y mis piernas, que se abren, se transforman en gelatina de la buena.

Ay Dios…

Ay, no, por favor…

Que no coma bien el coño, que entonces es ya lo que me faltaba…

Cierro los ojos, me muerdo el labio y cuando lo siento su boca sobre mi sexo… pierdo.

Pierdo la culpa.

La razón.

Las ganas de huir.

Poner los ojos en blanco mientras su lengua se mueve con maestría no es algo que planeo, sino una reacción fisiológica.

Como soltar un gemido cual gata en celo, cosa que también hago.

Lo único que me devuelve a la realidad es el *CLONCH* del cubículo de al lado, seguido de un carraspeo.

No.

No puede ser.

Mateo se detiene, yo me congelo, y entonces…

—Ejem… ¿hay alguien ahí? —dice una voz.

No.

NO.

ALONSO.

HACIENDO POPÓ.

CACOTA.

EVACUANDO.

SEGURO QUE HA SIDO UN PEDAZO DE TRUÑO.

EN EL CUBÍCULO DE AL LADO.

Mateo levanta la cabeza, yo le cubro la boca con una mano.

Nos miramos.

El horror, el silencio, la cadena del retrete, que suena rompiendo tan tórrido momento.

—Tengo que irme —susurro.

—¿Por lo de Alonso o por lo de nosotros? —susurra Mateo.

Tarde, yo no respondo, pero sí me bajo el tanga y me subo la falda.

Ay, no, al revés. Lo hago al revés.

Joder, estoy tan nerviosa que no sé ni qué hacer.

El calentón se me ha pasado en menos que se dice *tris*.

Debo irme, porque lo de nosotros ya no sé cómo pararlo, así que salgo corriendo.

Me ha aseado la almeja, pero mi alma sigue igual de sucia que antes por los remordimientos.

Corro como alma que lleva al diablo con las piernas temblando y la certeza de que esto no se va a quedar aquí y que cuanto más intento poner distancia, más me hundo.

40
Mateo

Salgo del cubículo con el pulso en otra dimensión y la corbata torcida como si hubiera sobrevivido a una pelea con un huracán.

Y puede que sí, uno llamado Catalina.

Me miro en el espejo: la cara roja, el cuello húmedo de sudor y los ojos… absolutamente perdidos.

Intento peinarme con los dedos, abro la chaqueta del traje, la vuelvo a cerrar, aflojo la corbata, me la aprieto de nuevo.

Nada ayuda.

Estoy empalmado en un baño de la oficina y no precisamente porque me haya enamorado del lavabo.

Respiro hondo y empiezo a recuperar algo de dignidad cuando oigo la cisterna por segunda vez.

Y entonces sale Alonso.

Nos cruzamos en el espejo, nos miramos y el silencio dura demasiado.

Él levanta una ceja, yo parpadeo.

—Dime que la que gemía así no era Catalina Ferrer.

Me quedo quieto. Muerto. Congelado.

Deseando evaporarme como ambientador barato.

Lo miro.

—Dime que no has cagado mientras yo…

Silencio.

—Vale, estamos empatados —añado, resignado.

Alonso se lava las manos, se seca con calma y se gira hacia mí como si estuviera a punto de darme una charla TED sobre ética empresarial.

—No voy a decir nada, Mateo. Pero solo porque no quiero imaginar la logística de lo que acaba de pasar en este baño.

—Ni yo.

—Y porque, sinceramente, he tenido citas más solitarias que eso. Así que, respeto.

—Gracias… supongo.

Nos quedamos un segundo más en silencio.

Y entonces suelta:

—¿Sabes que este baño tiene cámara en el pasillo?

Lo miro.

—Mientes.

—¿Es tu propia empresa y no recuerdas dónde pusiste las cámaras? Ahora ya tienes otro problema más en la cabeza.

Y se va.

Como si nada, como si no acabara de romperme la vida con cinco palabras y una evacuación.

Me vuelvo a mirar en el espejo.

Intento recomponerme, pero la verdad es que ya no sé si estoy despeinado, enamorado o a punto de arruinar mi carrera por una mujer que vuelve mi mundo del revés con solo rozarme el cuello.

Catalina.

La tempestad.

La tregua.

El desastre más hermoso que he vivido nunca.

Y lo peor de todo es que no me arrepiento ni un poco.

41
Catalina

Me encierro en la sala de reuniones, que por suerte está vacía, con la dignidad colgando del mismo hilo que mi reputación.

¡He sobrevivido a un encuentro sexual en el baño con mi jefe!

Mi jefe al que estoy traicionando.

Mi jefe, que me mira como si yo fuera la única persona decente de este edificio.

Spoiler: en mi fuero interno no me siento para nada decente.

Mi jefe, que me ha hecho rodar los ojos en un cubículo mientras Alonso hacía… lo suyo al lado.

¿Mi vida?

Un espectáculo de variedades en el que ya no sé si soy la vedette, el payaso o el final trágico.

Cierro la puerta, apoyo la frente contra el cristal, respiro.

No funciona.

Camino de un lado a otro, busco papel y boli y empiezo a escribir.

Mateo, tengo que decirte algo…

Tengo que contarte que…

Tengo que confesarte que soy una basura emocional con ojos grandes y un máster en arruinarlo todo.

Tacho.

Tengo que contarte lo de Toni.

Y ahí… suena el teléfono.

Veo el nombre en pantalla y el corazón se me va directo a los pies.

Toni periodista.

Sí, así lo tengo guardado, no quiero ni fingir que somos amigos.

Respondo.

—¿Qué quieres?

—¿Así saludas a tu cómplice?

—Cómprate una brújula moral, Toni. ¿No has captado que no pienso pasarte nada más al no responder tus mensajes?

—Vengo a informarte de que ya tengo otra fuente dentro de la empresa, tal y como te escribí en el email. Y si no me das lo que me falta, la historia completa sale esta noche. Cifras, nombres, contratos. Además, daré tu nombre y diré que fuiste tú quien lo hizo.

—Estás de coña…

—¿Tú sabes lo que vale una exclusiva así? Más de lo que vales tú intentando jugar a la heroína romántica. ¿Crees que no me imagino lo que ha pasado? Estoy seguro de que te has tirado a tu jefe. O eso, o es que tienes más escrúpulos de lo que imaginaba. O me das lo que falta… o Mateo cae. Y tú con él. Por mucho que le gustes. ¿O crees que no lo sé?

Silencio.

Un retortijón.

Silencio y rabia.

Dos retortijones.

¿Cómo sabe…?

Silencio y el nudo en la garganta que lleva semanas apretando, hoy, por fin, ahoga.

—Te llamaré —respondo, apagada.

Y cuelgo.

Miro la nota, la arrugo y la tiro a la papelera.

No puedo.

No todavía.

Elijo el papel de cobarde.

Otra vez.

Y me siento en una silla como si tuviera ochenta años.

Porque, joder… creo que la guerra ya ha empezado y me obligan a estar en el bando equivocado.

42
Mateo

Llevo toda la mañana intentando concentrarme en algo que no sea el recuerdo de mi boca entre sus piernas.

He redactado un contrato, he revisado un presupuesto y he abierto el Excel tres veces.

Lo he cerrado tres veces, también.

Porque en la celda B3, en vez de escribir "Coste estimado", he puesto "Catalina".

Literal.

Y lo peor es que no me molesta.

Eso no, precisamente, lo que me molesta es que está rara desde lo del baño, desde que salió disparada como si acabara de ver un fantasma.

Ni una mirada, ni una nota, ni una sonrisita.

Solo profesionalidad, de esa tóxica, de la que sabe a despedida y huele a evasiva.

Ha salido corriendo del baño y siento que me evita a toda costa.

Llamo a Silvia por el interfono, pero no contesta.

Raro.

Entonces aparece Alonso en mi despacho sin llamar, por supuesto.

—¿Tienes un minuto?

—Tú nunca necesitas permiso, Alonso.

—Lo sé. Por eso ya estoy dentro. Escucha... ¿todo bien con la becaria?

Alzo una ceja.

—No es becaria.

—Ya, pero suena más bonito. "Jefe y becaria" da para peli porno. "Jefe y coordinadora de comunicación" suena a documental de La 2.

Lo fulmino con la mirada.

—Catalina está perfectamente. Trabajando. Como debe.

—Ya. Pues ese "perfectamente" parece una muralla. Una de esas chinas.

Me quedo callado.

Alonso se sienta, cruza una pierna y dice:

—Mira, Mateo. Te has convertido en un ser humano desde que esta chica llegó. No digo que fueras un robot antes, pero tenías la expresividad emocional de una fotocopiadora. Ahora sonríes, tomas café, te peinas... Pero si algo va mal, échale huevos y habla con ella.

—Gracias, Oprah. Puedes retirarte.

—Piénsalo. Porque si no lo haces... puede que cuando decidas hablarle, ya no esté.

Y se va.

Y yo me quedo con esa frase flotando como gas venenoso en la sala.

43
Catalina

Me he pasado toda la jornada laboral evitando a Mateo.

Soy un ser ruin, lo sé, pero no he sido capaz de hacer otra cosa.

Cuando llego a casa, Cuca está en medio de mi salón con bata de plumas y una copa de vino en la mano.

Ha quedado con Maruja, que tiene copia de mi llave.

Madre mía, creo que se ha creado un monstruo desde que se conocen y el cuchitril donde vivo se ha convertido en el coño de la Bernarda, ahí entra y sale cualquiera.

—Cariño, has follado. Se te nota en el pómulo. Lo tienes menos tenso.

—Hola, abuela. Hola, Maruja.

Maruja está sentada en mi silla, con su cigarro y una taza de café de Hello Kitty, que no sé qué llevará dentro, pero café seguro que no.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

—Esperarte, queremos saber si has hablado ya con el jefe o piensas reconocer de una vez que te has enamorado de él.

—Yo no voy a hacer eso en ningún momento —murmuro.

—No hace falta. Te lo huelo desde el rellano. Lo segundo, claro. No sé por qué me da que no has hablado con él todavía.

Suspiro y me dejo caer en el sofá como si fuera un saco de patatas.

—He hecho una locura.

—Cariño —dice Cuca—, si no haces una locura por amor, estás haciendo todo mal.

—No ha sido por amor. Ha sido por rabia. Por venganza. Y ahora... ahora ya no sé.

Les cuento todo.

Lo de Toni, lo del beso, lo del hotel y lo del baño.

Por contarles, les cuento hasta lo del truño de Alonso.

Eso lo hago sin detalles, me da mucha angustia.

Maruja se atraganta.

—¿En el baño de la oficina?

—Eso he dicho.

—¡Dios mío!

Cuca se levanta, se sienta a mi lado y me coge la cara con las dos manos.

—Escúchame, Catalina Ferrer. Tienes dos opciones. O confías en él, le cuentas todo y asumes lo que venga, o sigues escondiéndote y ves cómo lo pierdes.

—¿Y si me odia?

—Cariño, si alguien te odia después de conocerte entera... no es tu persona. Así de fácil.

Me quedo callada porque, por primera vez, siento que ya no estoy huyendo del pasado, sino del futuro.

Y eso es peor, porque no tiene ni pies ni cabeza.

Creo que me estoy quedando malita de la mente, ya no hago cosas de personas normales.

Estoy pirada.

Cuca me da un beso en la frente, Maruja me llena una copa de vino y yo, con el corazón hecho gelatina y la cabeza como un globo, decido que esta vez no voy a callarme más.

Es que no puedo retrasar más esa conversación.

Vale, lo sé, llevo diciendo eso varios capítulos, pero ahora sí de verdad no puedo retrasar más enfrentarme a esto, a lo que he hecho, a mi error.

Voy a hablar con Mateo.

Mañana.

Y que pase lo que tenga que pasar.

En cuanto a Toni, me resigno a pensar que su amenaza de que todo saldrá esta noche, se queda en un vano intento de meterme miedo.

Decido arriesgarme, en este momento no puedo hacer más.

44
Mateo

09:06.

Silvia entra con cara de "te juro que esto no es mi culpa". Y cuando Silvia entra con esa cara, solo pueden pasar dos cosas: o se ha roto la cafetera o estamos a punto de entrar en zona de turbulencias empresariales.

—Esto acaba de llegar —dice, dejándome una carpeta con un pos-it amarillo chillón que grita "problemas" con la caligrafía de una becaria estresada.

—¿Y eso?

—Auditoría interna de proveedores. Me lo ha traído Miguel. Dice que es urgente. Y que no le ha gustado nada lo que ha visto.

Suspiro.

Desde la filtración tengo la cabeza en otro sitio. O mejor dicho, en otra persona.

Catalina.

La única en la que puedo depositar mi confianza.

Intento no pensar en la noche del hotel, ni en el momento del baño, ni en la forma en que sus ojos se cierran cuando me acerco a su cuello.

Pero sobre todo intento no pensar en que desde ese momento no ha contestado mis mensajes ni ha respondido a mis llamadas.

Y eso... duele. Más de lo que debería, porque no entiendo nada, no entiendo qué está pasando.

La carpeta espera sobre la mesa, así que vuelvo al mundo real y empiezo a revisar los documentos.

Nombres, fechas, cifras.

Lo de siempre.

Hasta que no.

Una cifra, un concepto, una referencia interna que no debería estar ahí.

Un dato que solo podría conocer alguien con acceso a un documento confidencial.

Un documento que, hasta donde yo sé, nunca ha salido de este despacho.

Y sin embargo, ahí está.

Impreso.

Subrayado.

En papel.

En mis narices.

—¿Algo más? —pregunto, con una voz que no reconozco como mía.

—Miguel ha dicho que no está tranquilo, que ha detectado accesos fuera de horario y que hay alguien consultando documentos que no debería. Archivos confidenciales, Mateo.

Levanto la mirada.

Silvia no parpadea, no sonríe, no respira.

—Convoca una reunión urgente con todo el equipo. Hoy. A las doce.

Ella asiente, rápido y eficiente.

Parece muy preocupada, normal, imagina cómo estoy yo.

Cuando sale del despacho, me quedo solo y siento que el silencio puede llegar a volverme loco.

Es entonces cuando aparece un nombre en mi mente.

Nítido.

Doloroso.

Catalina.

Hay algo que no encaja, su forma de evitarme desde ayer, de no contestar mis mensajes ni mis llamadas, ha encendido una bombilla que intento apagar a golpes de negación.

Porque su sonrisa ya no está, y su perfume, que antes flotaba en el aire del pasillo, hoy parece ausente.

Porque Catalina, mi Catalina, la misma que me hizo bajar la guardia, ahora camina con una coraza demasiado perfecta.

Y eso me hace estar alerta, me arde, me asusta.

No puede ser ella, no quiero que sea ella, pero algo no encaja.

Y necesito saber qué, porque si resulta que es ella, si de verdad está metida en esto...

No sé si voy a ser capaz de hacer lo que tendría que hacer.

Y eso, en mi mundo, es lo más peligroso de todo.

45
Catalina

Son las 11:59 y el ambiente en la oficina es el de un funeral con café de máquina; uno de esos donde nadie sabe si llorar o fingir que el muerto no les caía tan mal.

Yo, personalmente, estoy hecha un cuadro. Anoche dormí fatal, me desperté mil veces, sudando frío y con la almohada convertida en un diván de pensamientos intrusivos.

No he podido ni desayunar, así que me siento indispuesta, mareada, como si me hubieran sacado del horno sin comprobar si estaba lista.

Y para colmo, tengo el estómago dando volteretas y el corazón en huelga de estabilidad.

Los ordenadores callan, las sillas giratorias no chirrían e incluso Silvia ha dejado de martillear su teclado como si estuviera escribiendo una novela de misterio.

Todos entramos en la sala de reuniones, pues Mateo ha convocado una de urgencia a las doce en punto.

Las luces, demasiado blancas.

El aire, demasiado frío.

Y Mateo... demasiado callado.

Está ya sentado, con los codos apoyados sobre la mesa, las manos entrelazadas y la mirada afilada.

Esa que te atraviesa sin decir una palabra, la que conocí ayer sobre mi cuello y hoy se siente como una amenaza en forma de silencio.

No dice nada, eso es lo peor.

Lo entiendo, que conste; lo que no sé es cómo no me ha puesto ya de patitas en la calle.

Sé que me ha estado llamando.

Sé que me ha enviado mensajes; uno tras otro.

El momento del baño fue el último instante que mantuvimos contacto.

No los he abierto ni tampoco los he respondido.

No porque no quiera, sino porque no puedo. Porque no sé qué decirle sin que se me quiebre la voz o se me caigan los ojos de vergüenza.

Hasta que no hable con él y le cuente toda la verdad, cosa que pensaba hacer hoy, no voy a estar tranquila.

No obstante, no sé qué pasa, no sé por qué tanta urgencia, pero estoy muy preocupada.

Mateo está ahí, al frente, callado, con esa mirada que lo dice todo... menos lo que quiero oír.

Silvia está a su derecha, con la espalda más recta de lo habitual.

Santi a su izquierda, con cara de "me quiero evaporar, pero no sé cómo".

Loli abre su libreta como si fuera a pasar lista en Hogwarts. Está lista para tomar nota de cualquier drama... o para venderlo en fascículos.

Alonso entra tarde, con una media sonrisa que se le borra en cuanto cruza el umbral y se encuentra con el velatorio corporativo.

Se sienta, bosteza y lo disimula mal. Muy mal.

Yo me siento al final de la mesa, como la niña nueva en clase el primer día, e intento parecer normal, aunque el corazón me esté latiendo en la sien y tenga el alma colgando de un hilo.

Mateo se aclara la garganta con un sonido seco y certero, como el pistoletazo de salida en una carrera que nadie quiere correr.

Nos mira a todos, uno por uno, y dice:

—Ha habido una fuga de información. Otra vez. Todavía no sabemos el alcance, ni tampoco la fuente. Pero sabemos que hay datos que han salido de aquí... y han llegado a manos equivocadas.

El silencio es inmediato, de esos que cortan y nadie se atreve a llenar.

Loli deja de escribir y Santi me lanza una mirada de reojo, rápida y sospechosa.

Silvia traga saliva como si fuera veneno.

Mateo sigue:

—Voy a revisar todas las comunicaciones. Todos los accesos. Todos los movimientos de los últimos treinta días. Y el que haya estado jugando con fuego, que se prepare para quemarse.

No hay amenazas en su voz, hay algo peor: decepción.

La misma que me atraviesa ahora que no tengo claro si me está mirando a mí más que al resto.

—Quiero discreción y colaboración. Que esto no salga de esta sala. Estamos en un momento delicado. Y si alguno de vosotros está metido en esto, este es el momento para hablar.

Nadie dice nada.

Yo... tampoco.

Porque si hablo, lo pierdo, pero si callo... también.

Estoy atrapada en un juego de ajedrez donde cada movimiento puede ser el jaque mate.

—¿Nadie piensa decir nada? —pregunta Mateo con la voz firme y dura.

Pero ninguno de los que estamos presentes en este momento se atreve a contestar.

Nadie es tan valiente.

Y mucho menos yo.

Mi móvil vibra contra mi pecho, lo tengo abrazado junto a una carpeta.

Bajo la mirada de soslayo y veo el nombre de Toni.

Es un mensaje.

Te estoy dando el último voto de confianza… Da gracias de que todavía no he abierto la boca y he dicho tu nombre. Además, he recibido nueva información, aunque es una pena que no haya sido por tu parte. Pero el tiempo se acaba… TIC, TAC, leo por encima.

Quiero que la tierra me trague en este momento, porque vuelvo a sentir el sabor de la cobardía en la punta de la lengua.

Mateo baja la mirada, respira hondo y luego, sin levantar apenas la voz, dice:

—Vale, visto lo visto… La reunión finaliza en este momento. Catalina.

Me sobresalto y noto cómo todos me miran, como si de repente me hubieran puesto un reflector encima.

—Sí —respondo. O lo intento, porque la voz me sale como si me la hubiera tragado.

—En mi despacho en cinco minutos.

Seis palabras que suenan como un disparo en el centro del pecho.

Digo que sí con la cabeza, trago saliva y siento cómo las paredes se me echan encima.

Mateo sale de la sala de reuniones dando grandes zancadas.

Cinco minutos.

Cinco.

Y puede que todo cambie para siempre.

46
Catalina

Nueve minutos ha sido exactamente el tiempo que ha durado la dichosa reunión.

El reloj marca las 12:15 cuando toco la puerta del despacho de Mateo.

No me responde, pero entro igual.

Mis piernas tiemblan como gelatina mal cuajada y mi estómago es una lavadora a media carga.

Lo que me faltaba, vomitarle encima.

JEJE.

Soy un cuadro.

Él está de pie, de espaldas a mí, mirando por la cristalera que da a la ciudad como si esperara una respuesta escrita en los tejados de Madrid.

Tiene las manos en los bolsillos y la chaqueta colgada del respaldo de la silla.

A pesar de todo, sigue siendo el hombre más guapo que he visto, solo con un pequeño matiz añadido: también es el que más me duele mirar ahora mismo.

—Cierra, por favor —dice, sin girarse.

Lo hago, y cuando el sonido de la puerta al cerrarse llena el silencio de la estancia, siento que se cierra algo más.

Me quedo de pie, torpe, sin saber si sentarme o no.

Mateo se da la vuelta, me mira y observo que sus ojos no son fríos, pero tampoco cálidos.

Están… agotados, cansados de pensar tanto, el color azul está apagado.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —pregunta.

Directo.

Sin anestesia.

Algo que me viene genial para mi estómago revuelto, nótese la ironía.

Trago saliva.

—No.

Mentira.

Pero ¿por qué miento?

¿Qué me pasa en la boca que no soy capaz de decir la verdad?

Aunque, pensándolo bien, no he mentido del todo, porque esta vez... yo no he sido.

Lo juro.

Le dije a Toni que lo llamaría, pero no lo he hecho, así que no soy quien está detrás de esa nueva filtración.

Y aunque eso no me limpia, sí me convierte en alguien atrapada entre dos fuegos: el que provoqué y el que se ha desatado sin mí.

Mateo me observa, pero no habla ni tampoco se mueve.

Me atraviesa con la mirada como si pudiera leer cada una de mis capas: la de Catalina hija de papá, la Catalina que mandaba a la asistenta a por macarons, la que llora en silencio en el cuchitril en el que vive... y la que está a punto de desmoronarse delante de él.

—Has estado distante —dice finalmente. Su voz es baja, pero firme.

—He tenido muchas cosas en la cabeza.

—Incluida la idea de desaparecer de nuevo, imagino.

No respondo.

No puedo.

No porque no quiera, sino porque no sé cómo decirle que tengo miedo, que me siento culpable, que hay un periodista que sabe demasiado (por mi culpa, eso sí) y que ahora trabaja con alguien más de aquí dentro.

—¿Por qué no has respondido mis mensajes? —pregunta, casi en un susurro. Y es ese tono el que me rompe un poco más.

—Yo… —intento decir.

Mateo da un paso hacia mí, pero no agresivo, tampoco dulce. Simplemente humano.

Por el amor de Dios, Catalina, empieza a cantar por esa boca, ¡es tu oportunidad!, pienso.

—Estoy empezando a no reconocer a nadie en esta empresa. Y lo que más me asusta es... que contigo empiezo a sentir lo mismo — dice entonces Mateo.

Eso me traspasa; yo tampoco me reconozco ya.

No soy la Catalina que llegó aquí queriendo venganza, pero tampoco soy la que puede salir de esta limpia.

Estoy a punto de hablar, de decirle algo, lo que sea, aunque sea una versión suavizada de la verdad, pero llaman a la puerta y Silvia asoma la cabeza, nerviosa.

—Mateo, perdona. Es importante. Miguel quiere que veas esto, dice que no puede esperar.

Mateo no responde, pero me mira un segundo más.

—Puedes irte —dice, resignado.

Asiento.

Me muevo a cámara lenta como si fuera un autómata, y salgo del despacho sintiendo que dejo algo roto dentro.

Y no sé si soy yo... o él.

Mateo parece derrotado.

Y lo peor de todo es que, por primera vez, no tengo claro si merezco que me perdone en cuanto se entere de todo.

47
Mateo

Cierro la puerta del despacho nada más salir Catalina.

La carpeta de Miguel sigue abierta sobre la mesa; hay más papeles de los que debería, más datos de los que quiero ver.

Me obligo a leer, a conectar puntos y actuar como el jefe que soy.

Pero por dentro, soy otra cosa: un hombre al que se le está cayendo el suelo bajo los pies.

Los documentos que Miguel ha traído provienen del departamento de auditoría interna, pero han sido elaborados en colaboración con el equipo de seguridad digital externo que contratamos hace apenas unos días, cuando saltaron las primeras alarmas.

Quería una segunda opinión, una mirada limpia. Y ahora, aquí está.

Cruzo los datos con los accesos de usuario. Fechas, IPs, rutas de archivo.

Todo demasiado frío, demasiado exacto.

Encuentro una línea que me congela el pulso. Una conexión remota desde un dispositivo vinculado al usuario "C.Ferrer".

Una madrugada.

Un archivo confidencial con detalles del contrato con la filial francesa, uno que no debería estar en ningún sitio fuera de este despacho.

Me niego a creerlo.

No puede ser ella.

No quiere que sea ella.

Y sin embargo... todo encaja.

Demasiado.

Pero algo no cuadra del todo.

Catalina se ha mostrado... afectada, nerviosa.

¿Por la culpa? ¿O tiene miedo? ¿Qué diablos le pasa a esa chica en la cabeza?

Cojo el móvil y le escribo: *¿Podemos hablar? Por favor.*

Nada.

Vuelvo a intentarlo: *Solo quiero escucharte.*

Silencio.

La llamo.

Tres tonos.

Buzón.

Me paso las manos por la cara.

Estoy harto de medias verdades, de mirar hacia otro lado. Si Catalina no me lo dice… tendré que averiguarlo yo.

Vuelvo a repasar el informe.

Entre líneas, aparece otra cosa: una actividad inusual en el terminal de otro empleado, accesos encadenados, redireccionamientos, una manipulación deliberada.

Alguien está tapando sus huellas, alguien que no es Catalina.

Y aún así... su nombre sigue ahí, como una sombra que no desaparece.

Camino hacia la ventana y veo que Madrid se extiende delante de mí: dinámica, frenética, pero en este momento me parece una ciudad extraña.

El teléfono arde en mi mano.

Marco un número que no quería marcar, pero no me queda más remedio.

—¿Toni? Soy Mateo.

Silencio.

—Tenemos que hablar.

Si Catalina no me dice la verdad, la voy a buscar yo, aunque tenga que revolver la mierda con el periodista más despreciable que conozco.

48
Toni

La cafetería está vacía a esa hora en la calle General Pardiñas, un camarero pasa el trapo por las mesas con desgana y Toni remueve su café con lentitud casi teatral, observando al hombre sentado frente a él con la paciencia del que ya ha ganado.

—¿Estás seguro de que quieres seguir? Porque lo próximo no tiene marcha atrás.

El interlocutor asiente. No dice nada. Lleva gafas oscuras aunque esté nublado, una gorra anodina y un gesto neutro, casi ensayado. Toni ya se lo esperaba.

—Lo que empezó como una vendetta de una pija despechada ahora nos sirve a los dos. Y si Mateo cae... tú subes. ¿Correcto?

El hombre levanta la mirada solo un instante. No contesta, pero el silencio vale más que mil palabras.

Toni sonríe sin alegría y su topo deja un sobre sobre la mesa.

Dentro hay información fresca.

Fechas.

Contratos.

Un par de nombres que todavía no se han hecho públicos.

—Entonces vamos a hacer historia.

Se estrechan la mano y el hombre se marcha sin mirar atrás.

Toni espera a quedarse sol, bebe el último sorbo de café frío y luego saca el móvil y redacta un mensaje:

Tu tiempo ha terminado. Prepárate para el golpe final.

Lo envía a Catalina y sonríe; esta vez de verdad.

49
Catalina

Estoy encerrada en uno de los baños individuales de la oficina, ese que está al final del pasillo y que huele a desinfectante y desesperación.

Sentada en el váter, con la falda recogida, las medias bajadas y el móvil temblando entre las manos.

Mi estómago se retuerce como si estuviera a punto de estallar la Tercera Guerra Mundial versión intestinal.

La diarrea es, honestamente, una metáfora preciosa de mi vida ahora mismo: fluida, urgente y nada glamourosa.

Los mensajes que me ha mandado Mateo y las tres llamadas por su parte que no he respondido, me están destrozando.

Es entonces cuando recibo el mensaje de Toni:

Tu tiempo ha terminado. Prepárate para el golpe final.

Eso no es un mensaje, es una sentencia.

El móvil se me cae de las manos y yo tiemblo de pies a cabeza.

Mi estómago es un nudo.

Mi pecho, una trinchera,

Mi cabeza, una centrifugadora de pensamientos intrusivos en modo turbo.

Quiero vomitar.

Quiero llorar.

Pero sobre todo quiero desaparecer.

Respiro hondo, abro whatsapp y, sin pensarlo mucho, marco a Cuca y a Maruja videollamada a tres.

Necesito a mi equipo de contención emocional, las únicas dos personas que han visto mi caída libre desde el ático hasta el inframundo con moqueta.

—Pero ¡¿qué te pasa en la cara?! —grita Cuca nada más aparecer en pantalla, con su moño cardado.

—Tiene cara de persona que está cagando verdades —añade Maruja desde su cocina, con su infame taza de "Viva la menopausia" en la mano.

—Me estáis ayudando muchísimo, ¿lo sabéis, no? —murmuro, doblada sobre mí misma, entre un espasmo y otro.

—¿Es por el señor empotrador? —pregunta Cuca, dándose aire con un abanico decorado con lentejuelas.

Asiento, sin pudor, porque ya qué más da.

—Ha convocado una reunión urgente y después me ha llamado a su despacho. Me ha preguntado si sé algo que él no sepa, sospecha de mí, lo tengo claro.

—¿No se suponía que ibas a contarle la verdad? —pregunta Maruja, alzando una ceja totalmente fina y delineada.

—¡Eso intento! —exclamo, y un nuevo retortijón se apodera de mi intestino, haciendo que ponga una mueca que me hace parecer de todo menos atractiva.

—Estás somatizando… —murmura Cuca.

—Desde luego, pero es que encima el puto de Toni me ha vuelto a amenazar, que me me he quedado sin tiempo y que me prepare para el golpe final, dice —añado, me sudan hasta las pestañas, siento el culo en carne viva.

O sea, SOCORRO.

—¿Y qué haces cagando en vez de plantarte allí con la barbilla alta y el culo limpio? —dice Maruja, como si fuera la *coach* motivacional de una cárcel femenina.

—Estoy en proceso, gracias —respondo, y suelto un suspiro que parece más bien un grito ahogado.

—Pues venga —me anima Cuca—, porque no paras de decir que vas a hablar con él, y nunca lo haces. Estás siendo muy cansina. Ese periodista no puede salirse con la suya.

Asiento con la cabeza, tiene toda la maldita razón.

Me despido de ellas y cuelgo.

Acabo, me recompongo y me lavo las manos con esmero, como si eso también fuera a limpiarme por dentro.

Luego me centro un momento frente al espejo y me veo ojeras, labios mordidos y la expresión de alguien que ha perdido todas las

batallas pero sigue en pie.

Me retoco el maquillaje con el pulso tembloroso y salgo del baño.

Camino por el pasillo como si fuera a enfrentarme a un jurado popular, cardiaca perdida, pero debo hacerlo de una vez por todas.

Llego a su despacho, me detengo frente a la puerta y respiro.

Toco dos veces.

—Mateo ha salido hace veinte minutos —me dice su secretaria, que aparece por detrás como un fantasma, disparando todos mis nervios—. Urgente, no dejó dicho a dónde iba.

Asiento con la cabeza.

Pues estupendo.

Estoy frente a esa puerta cerrada con toda la verdad colgando de mis labios y nadie que quiera oírla.

50
Mateo

Toni me espera en un bar anodino de Chamberí, uno de esos con sillas incómodas, mesas pegajosas y camareros que parecen salidos de un manual de invisibilidad. El tipo de lugar donde los secretos no rebotan en las paredes, sino que se hunden como piedras en un estanque turbio.

Justo lo que necesito.

Me saluda con una sonrisa ladeada, sin sorpresas, como si ya supiera que iba a aparecer, aunque yo mismo dudaba hasta hace un rato.

Tiene una cerveza medio vacía y esa mirada de sabueso que huele el miedo.

—¡Mateo Escassi! ¡Qué sorpresa! Pensé que no ibas a atreverte.

Me siento sin responder, clavo los ojos en él. No hay cordialidad, solo necesidad.

—¿Qué sabes? —pregunto.

Él se recuesta en la silla como si estuviera en una charla informal y no a punto de soltar una bomba.

—Mucho. Más de lo que crees. Más de lo que quieres oír —responde mientras saca una carpeta de su mochila ajada y la deja entre nosotros, como quien pone un as de corazones en la mesa en plena partida.

La abro y me sumerjo en las páginas.

Documentos, fechas, capturas de pantalla, correos reenviados entre empleados…

Detalles que parecen insignificantes, pero que, hilados como una telaraña, forman algo demasiado coherente para ser casualidad.

Nada apunta directamente a Catalina, pero muchas pistas giran a su alrededor, como ya me han facilitado desde dentro de mi empresa tras investigar un poco.

La mención de un dispositivo usado fuera de horario, accesos a servidores de madrugada…

Archivos que, en teoría, solo deberían haber sido tocados por mí; todo con una precisión que parece diseñada para señalar sin mancharse.

—¿Quieres que lo crea? —le pregunto.

Toni se encoge de hombros.

—Quiero que pienses. Que te preguntes si esa dulzura que te guiña el ojo desde el otro lado de la oficina no es más que una fachada. ¿De verdad crees que alguien como Catalina Ferrer no sería capaz de manipular a su antojo? —dice, con veneno suave en la voz.

Le clavo la mirada, pero no digo nada, porque no quiero darle ese poder. Aunque la realidad es que por dentro me estoy deshaciendo.

—Y si yo fuera tú —añade, mientras termina su cerveza—, dejaría de confiar en la gente guapa. A veces son los que más mienten.

—¿Cuánto dinero quieres? ¿Cuánto te pagan si sueltas esto? Igualo la cifra —le digo con desesperación.

—Esto no funciona así, Escassi. Para un periodista, la adrenalina de dar un buen titular, no tiene precio. Lo siento.

Me levanto, pero no me despido, simplemente salgo con la cabeza hecha un nudo, con cada paso pesándome más que el anterior.

Siento que me cuesta respirar, que cada documento que he leído ha dejado una marca en mí.

Una herida.

En la calle, el aire de Madrid me parece más denso, más cruel.

Cojo el móvil con manos temblorosas y tecleo con el pulgar: *Si me vas a romper… al menos dime la verdad tú.*

Pulso enviar.

Espero.

Nada.

Otra vez.

Me apoyo contra una farola; el tráfico ruge a mi alrededor, pero mi mundo está en pausa.

¿Y si Toni tiene razón?

No quiero dudar de ella, pero Toni ha sembrado algo y empieza a germinar en mi pecho.

Además, ya he visto su nombre esta mañana.

51
Catalina

No sé qué narices hacer ahora.

No sé dónde diantres se ha metido Mateo, ni el motivo de esa salida tan urgente.

Me comen los nervios y ya solo me falta darme cabezazos contra la pared.

¿Qué coño hago?

¿Me armo de valor y contesto los mensajes de Mateo?

¿Lo llamo?

¿Mando a Toni a la mierda?

¿QUÉ HAGO?

Es entonces cuando recibo un nuevo mensaje de Mateo.

Ahora sí, siento que estoy muriendo.

Si me vas a romper… al menos dime la verdad tú, me dice.

LO SABE.

Lo sabe, lo sabe, lo sabe.

¡LO SABE!

Leo esa frase unas diez veces.

Me traga entera, me aprieta por dentro y me hace desear meterme en la cisterna y tirar de la cadena para siempre.

Ahora me maldigo por haber sido una cobarde, por no haberle contado la verdad, por haberle mentido, porque el pánico me paraliza, la culpa me atrapa y la vergüenza me anestesia.

Apenas puedo pensar, pero tengo claro que no puedo dejar que esto reviente sin decirle nada, enfrentarme a él y limpiar lo que aún se puede salvar.

Una chispa, una decisión.

No quiero ser la Catalina brillante, seductora o invencible, quiero ser la Catalina que da la cara.

Camino por el pasillo.

Todo me parece más lento, más ruidoso, como si el suelo crujiera bajo mis pies.

El aire pesa y cada mirada que se cruza con la mía me parece un juicio silencioso.

Pero sigo.

Un paso.

Otro.

Uno más.

Me siento en mi escritorio, abro un documento nuevo y escribo:

Mateo:

No sé por dónde empezar.

He cometido errores. No todos, pero algunos.

Lo peor es haber tardado tanto en contártelo, no haber tenido el valor cuando debí tenerlo.

Lo siento. Mucho más de lo que estas palabras pueden expresar.

Me voy antes de que esto haga más daño del que ya he hecho.

Gracias por mostrarme que soy más que una etiqueta. Gracias por quererme cuando ni yo sabía cómo quererme a mí misma.

C.

Imprimo, doblo la hoja y la dejo sobre su mesa, justo encima de su cuaderno; el mismo donde, hace unos días, escribió con tinta azul:

"No olvides que vales más de lo que crees."

Me trago las lágrimas y salgo sin mirar atrás.

Estoy cruzando la planta, intentando parecer una persona funcional, cuando las puertas del ascensor se abren, necesito irme a mi casa.

Total, ya he fracasado en todo.

En ser adulta, en tener un trabajo, en querer de forma sana a una persona…

Entonces, ahí está él.

Mateo.

Ojeras, desaliñado, el traje arrugado y el alma, probablemente igual.

Me clava la mirada.

Y yo… dejo de respirar.

52
Mateo

La veo caminar con paso rápido, como si el suelo quemara.

No hay duda: se va.

No solo de la oficina, se va de mí, de todo.

No pienso, solo actúo.

—Catalina —digo al tiempo que me acerco; el corazón retumbando en mi garganta.

Me detengo frente a ella, levanto la mano y la rozo apenas, tomándola del codo con una suavidad que ni yo sabía que tenía.

Ella se tensa, pero no se aparta.

—No te puedes ir —susurro—. No así.

No sé de dónde me nace esta dulzura… debo haberme vuelto completamente loco, pero soy incapaz de estallar contra ella, otra vez no.

A pesar de todo.

Catalina no me responde, solo se limita a mirarme con los ojos vidriosos y la boca entreabierta.

Está pálida y parece rota, pero también está hermosa de una forma cruda y real.

Me atraviesa una punzada en el pecho.

¿Cuánto tiempo ha estado cargando con todo esto sin decirme nada?

—Ven conmigo —le pido, aunque es casi una súplica.

Camina conmigo en silencio hasta mi despacho. El sonido de nuestros pasos es lo único que se escucha, seco, contenido.

Cierro la puerta tras nosotros cuando llegamos.

No sé quién soy ahora; no me siento jefe de nada ni de nadie, tan solo un hombre con el alma en carne viva.

Sobre la mesa hay un sobre.

—¿Y esto?

—Es…

—¿Tu confesión?

Catalina hace una mueca.

—Mi despedida, más bien.

Cojo el sobre, saco el folio y lo leo, intentando que las manos no me tiemblen demasiado.

Sus palabras son un corte limpio en el pecho. La letra es firme pero temblorosa, como ella, como nosotros.

—¿Esto es lo que me dejas? —pregunto, intentando mantenerme en pie emocionalmente—. ¿Qué mierda estás haciendo, Cata?

No sé ni por qué me ha salido llamarla así, pero la pregunta me ha nacido desde el centro del pecho, si bien, en un tono perturbadamente bajo.

Catalina traga saliva.

Abre la boca, la cierra.

Da un paso trastabillado.

Y otro.

—Yo... iba a contártelo. Hoy. Ahora. Lo juro.

—¿Desde cuándo estás detrás de todo esto?

—Desde antes de que todo se saliera de control —responde ella con voz temblorosa.

—¿Fuiste tú? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

En este instante reina el tipo de silencio que no necesita confirmación.

—Al principio, sí —admite al fin. —Fue un impulso. Estaba dolida. Quería… no sé, justicia. Venganza por… todo lo que me hiciste. Pero no lo que ha pasado después. No lo último. No la segunda filtración. Mateo, yo no...

Me paso las manos por el rostro, siento que el aire me falta, que todo este despacho, este edificio entero, se me viene encima.

Y aún así no puedo apartar la mirada de ella.

—Y me besabas sabiendo todo esto —murmuro—. Dormiste conmigo siendo tú quien me estaba vendiendo.

Ella da un paso hacia mí, se coloca más cerca. Las lágrimas ya corren libres por sus mejillas; se seca una de ellas con la mano, como si eso borrara el dolor.

—No dormí contigo por mentir. Dormí contigo porque te quiero. Porque me estaba muriendo de culpa. ¿Crees que fue fácil mirar a los ojos de alguien que empieza a confiar en ti sabiendo que tú... tú estás escondiendo un cuchillo en el bolso?

—¿Y eso crees que lo arregla? Eras… —me llevo una mano al puente de la nariz y lo pellizco—. Yo confiaba en ti. Confiaba en ti y me has vendido, ¡joder!

Ella se quiebra.

Las rodillas le fallan un segundo, pero se mantiene erguida.

—Lo siento mucho, yo… cuando quise pararlo ya era tarde. Ese periodista empezó a amenazarme y… Bueno, luego me dijo que hay otra persona más de la empresa con la que ha pactado. Yo paré, te lo juro, pero supongo que todo esto es culpa mía, fui yo quien prendió la mecha desde el principio.

Yo también me rompo, pero lo hago en silencio. No hago ruido, no lloro.

No obstante, por dentro algo se desprende: el corazón, la confianza, el amor.

Todo.

Camino hacia la ventana y le doy la espalda. Necesito un segundo para recomponerme, para no gritar, para no hundirme.

—Mateo... —dice a mi espalda. —Tú eres... todo lo que no sabía que necesitaba. Lo juro. Y por eso me duele más. Por eso me estoy yendo.

Ella lo nota, lo sé.

Nota mi distancia, mi herida abierta.

—Si quieres que me vaya, lo haré. Solo quería que lo supieras por mí.

Me giro, la miro y es entonces cuando lo veo todo: el miedo, la culpa, el amor.

Todo mezclado en sus ojos.

También me veo reflejado en ellos, roto y vulnerable.

—Te habría perdonado cualquier cosa —le digo, con voz baja, cargada de verdad—. Menos esto. Porque esto... me ha hecho dudar de lo único que creí que era seguro. Tú.

Catalina asiente con los labios temblando. Rompe a llorar en silencio, como si no mereciera el ruido de su propio dolor.

—Lo sé —dice.

Y entonces, se va.

No la detengo.

Porque estoy demasiado roto para sostener nada más. Porque si la retengo ahora, será por rabia, no por amor.

Y no quiero amar así.

53
Catalina

Camino. No sé hacia dónde ni cómo, pero mis piernas se mueven solas, como si quisieran sacarme de aquí a cualquier precio.

Lo que siento no tiene nombre, ni forma.

Es un incendio silencioso que lo consume todo desde dentro.

No grita.

No explota.

Solo… quema.

Cruzo la oficina sin mirar a nadie.

Ni siquiera sé si hay alguien; tal vez todos se han vuelto sombras, tal vez soy yo la que ha desaparecido.

Cuando las puertas del ascensor se cierran, me dejo caer contra la pared de acero pulido.

El reflejo que me devuelve el espejo no es el mío, sino el de alguien que ha fallado, que se ha traicionado a sí misma tanto como a él.

Mateo.

Mateo con los ojos llenos de decepción, Mateo con la voz temblando de rabia contenida, Mateo con mi carta en la mano totalmente decepcionado.

"Te habría perdonado cualquier cosa. Menos esto."

Esas palabras no se me van a borrar nunca, porque son verdad, porque las dijo sin levantar la voz y me han dolido más que cualquier grito.

Salgo del edificio sin rumbo fijo.

El aire de Madrid huele a polución y despedida.

Me arden los ojos, cojo y el móvil y reviso los últimos mensajes que me ha mandado Mateo, esos que yo no he querido contestar.

Mateo: "¿Podemos hablar? Por favor."

Cierro los ojos, me muerdo el labio y siento el impulso de contestarle, de correr de vuelta, de explicarle mejor.

Pero… ¿cómo se explica una traición?

¿Cómo se pone en palabras un error tan grande?

Mateo: "Solo quiero escucharte."

Y ese… ese sí que me quiebra.

Quizá si yo hubiera dejado que él me escuchara antes…

Aun así, lo hizo: me escuchó, me dejó hablar, no me gritó, no me humilló.

Solo… se rompió.

Y eso es peor, porque significa que aún así me quiere.

Que tal vez, en alguna parte de su corazón, estaba dispuesto a tener algo serio conmigo. Algo de verdad.

Y yo lo he destrozado todo.

Termino en un banco cualquiera, en una calle cualquiera, frente a una panadería que huele a cosas deliciosas que no me merezco.

Abro el bolso, busco un clínex, pero no lo encuentro, así que saco una servilleta usada y me limpio las lágrimas con dignidad de barrio.

El móvil vibra, pero no es Mateo, sino Maruja.

—¿Catalina? ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¿Necesitas que vaya a quemar a alguien con mi cigarro? —me dice cuando descuelgo la llamada.

Y ahí es donde todo explota.

Me echo a llorar como si por fin el dolor encontrara una rendija para salir.

—Estoy fatal —digo entre sollozos—. Lo he roto. Lo he roto todo.

—Cariño —responde ella, con una calma que me apuñala de ternura —, si vas a destruir tu vida, al menos hazlo con los labios pintados. ¿Dónde estás?

—No sé. Una calle con una panadería que huele a gloria —digo, después le mando en un instante mi ubicación por whatsapp—. Te acabo de mandar la ubicación.

—Quédate ahí. Voy para allá —me dice Maruja.

Cuelgo y me abrazo a mí misma.

Y por primera vez en mucho tiempo, no sé si quiero ser salvada… o si ya no hay nada que salvar.

Pero sí sé una cosa: No me duele por haber perdido el trabajo, ni tampoco por la vergüenza.

Me duele por él.

Y porque lo amo.

Ahora lo sé.

Justo cuando es demasiado tarde.

54
Mateo

Estoy en mi despacho, solo, con la carta aún en la mano. Sigo leyéndola como si pudiera cambiar con cada repaso. Como si en algún pliegue del papel pudiera esconderse una explicación mejor.

Catalina me ha dicho que la última filtración no fue suya.

¿Y si es verdad?

Repaso cada conversación, cada gesto, cada desvío de mirada en las últimas semanas.

La forma en que Alonso o Santi bajaban la voz.

Los informes entregados a deshora.

Silvia y su manía de cerrar el portátil en cuanto me acerco.

Abro el archivo que ha dejado Miguel.

El informe es largo y denso, pero en la página treinta y tres hay un gráfico de accesos y un nombre que no debería estar allí. O al menos no tantas veces.

¿Qué cojones?, pienso, totalmente sorprendido.

¿Cómo no lo he visto antes?

Acceso a servidores a las 03:17 de la madrugada, sigo leyendo.

¿Qué hace él en el sistema central a esa hora?

Mi estómago se encoge, y el corazón no late, martillea.

Agarro el móvil y marco su número.

Tarda en responder, pero me la pela.

—Mateo, ¿todo bien?

—Quiero verte. Ahora.

—No estoy en el edificio, después de la reunión te dije que tenía que irme, ¡no te acuerdas?

—Te doy un margen de media hora para salir de donde estés y venir a mi despacho. O la próxima reunión será con recursos humanos o en la puta calle.

Cuelgo y me dejo caer en el sillón.

Miro la foto que tengo en el escritorio, Loli me la regaló y se empeñó en que la pusiera ahí.

No es de Catalina, es una de equipo, de las primeras semanas.

Todos sonrientes y Catalina al fondo, con una mirada que entonces no sabía descifrar.

Hoy tampoco, a decir verdad.

Pero lo haré, voy a llegar al fondo de este asunto.

Ya no tanto por la empresa ni por el orgullo, sin por ella.

Porque si hay algo que pueda salvarnos… quiero encontrarlo antes de que sea tarde.

Quizá sea gilipollas, porque me ha mentido y me ha traicionado, pero yo tampoco fui un santo en el pasado...

Necesito arreglar esto como sea.

55
Catalina

Estoy en casa, o lo que queda de mí en ella.

No he dormido nada esta noche, lo que sucedió ayer me tiene absorbido el seso y el insomnio se mezcla con la culpa, como un cóctel amargo servido en una copa rota.

No he comido, solo he llorado, repasado mentalmente cada palabra que dije, cada palabra que no, y luego he vuelto a llorar.

Cuca ha venido esta mañana temprano, sin avisar, y se ha plantado con una fiambrera de croquetas como si eso pudiera curarme.

Di que sí, con todo su papo moreno.

Pero la cosa no acaba ahí, porque Maruja la ha seguido con helado en una mano y un tupper con lo que ella asegura que es "sopa reconfortante" en la otra.

Una mezcla algo rara, si me preguntan.

Yo, mientras tanto, les he abierto la puerta con la cara de quien ha sido atropellada por su propia vida.

—¿Vas a dejar que un tío con cara de anuncio de colonia te arruine la vida? —pregunta Cuca en voz alta, mientras friega una taza con tal furia que temo por la loza.

—Si te refieres al periodista, no tiene cara de anuncio de colonia... Ni por asomo, vamos...

—Me refería a tu jefe.

—Ex jefe —matizo con voz bajita y la dignidad hecha trizas—. Y él no me ha arruinado la vida, ha sido más bien al revés. Pero pienso arreglarlo.

Maruja me lanza una mirada ladeada, suspicaz y medio incrédula.

—¿Y cómo, hija mía? ¿Con magia? ¿Con un conjuro hecho con los restos del risotto que no te comiste anoche?

Me encojo de hombros, pero la decisión está tomada y me arde dentro.

—Voy a ver a Toni.

Un silencio denso y pesado se instala en la estancia, como si se hubiera colado una tormenta por la ventana.

—¿Estás loca? —dice Cuca, sin girarse.

—Un poco, sí. Pero esto no es por mí. Es por Mateo. Y por la empresa. Y porque no puedo seguir con este peso encima. Él cree que yo fui la que lo traicionó. Y no lo fui. No en eso. No la última vez, al menos.

Me levanto del sofá con la energía de quien se va al frente de batalla y me visto como si cada prenda fuera una armadura: pantalón negro que me estiliza, blusa blanca planchada a la perfección, labios rojo guerra.

Miro a Cuca y Maruja.

—Si no vuelvo, ya sabéis a quién culpar.

—Si no vuelves, cariño, me encargo yo de dejarle sin pelotas —responde Cuca, levantando la cuchara con la que remueve la sopa como si fuera un arma.

Salgo, cojo el metro y no sé ni cómo llego sin vomitar de los nervios.

El coworking de Toni está en Malasaña, en un edificio de diseño donde todo parece más caro de lo que vale.

Entro y mis tacones suenan sobre el parqué como tambores de guerra.

Lo veo desde lejos.

Él también me ve y sonríe como un gato que acaba de ver a un canario con una pata rota.

—Catalina Ferrer. Qué inesperado placer.

—Tú y yo tenemos que hablar.

Me acerco, sin miedo y sin dudar, y me siento frente a él como quien pone la primera carta sobre la mesa en una partida en la que no pienso perder.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Seguir chantajeándome? ¿O ya tienes otra víctima?

Toni entrelaza los dedos y se reclina hacia atrás.

—Te lo advertí. Esto iba más allá de ti.

—Dime qué quieres y te lo daré —le ofrezco.

—¿A qué te refieres? —pregunta él con los ojos achinados de curiosidad.

—Dime qué quieres a cambio de destruir la información que tienes de Mateo.

Toni chasquea la lengua contra el paladar.

—Me temo que eso ya no está en tus manos.

—Pero sí está en las tuyas, no importa quién sea la fuente. Dime qué quieres y te lo daré.

Toni se ríe. La risa es baja, burlona, pero no dice nada más.

Yo me desespero y me rindo, frustrada.

Me levanto.

—Hasta nunca, Toni.

Salgo de allí con el corazón a mil y la cabeza rugiendo.

He vuelto a fracasar.

No puedo salvar a Mateo, ni siquiera puedo salvarme a mí misma.

Es entonces cuando escucho su voz llamarme desde la puerta del coworking.

Me giro para mirarlo, sin entender nada.

—Ya sé lo que quiero, Catalina Ferrer.

Entrecierro los ojos, escrutándolo para no perderme ningún detalle.

—Sea lo que sea —le digo con determinación— te lo daré.

56
Mateo

No he dormido más de dos horas, y ni siquiera seguidas.

Me he pasado la noche dando vueltas, con la vista fija en el techo, debatiéndome entre llamar a Catalina o respetar su silencio.

He escrito tres mensajes más, todos borrados antes de enviarlos.

He leído su carta otra vez, la he memorizado sin querer y sigo sin saber qué hacer con todo lo que siento.

La quiero, eso es una certeza cruel, y también la echo de menos.

No obstante, ahora que sé a ciencia cierta que ella no fue la causante de la última filtración, tal y como me aseguró, sí lo hizo al principio; eso me hace desconfiar.

Fue ayer cuando supe que no me había mentido, cuando llamé a mi despacho a ese impresentable.

Entró con su típica pose de "yo no rompo un plato", relajado, como si no hubiera un incendio ardiendo bajo nuestros pies, pero su actitud me irritó aún más.

—Siéntate —le dije. Mi tono era plano, pero la tensión en mi mandíbula hablaba sola.

—¿Otro marrón, jefe? ¿O solo querías admirar mi carisma? —soltó con una sonrisa que no tardó en borrársele.

—¿Por qué estabas conectado al sistema a las 03:17 de la madrugada hace unos días? —solté de golpe, lanzándole el informe de accesos sobre la mesa.

Su expresión cambió.

Fue sutil, un parpadeo de incomodidad, pero lo noté.

—¿Perdón?

—Esto. —Le mostré el papel. Su nombre, el horario, la IP. Todo —. Explícate. Y no me mientas.

Balbuceó una excusa sobre un informe urgente, un favor para no sé quién. Supuestamente trabajó desde casa, pero ya no me lo

creía, porque luego le mostré el segundo documento, el que vincula ese acceso con las cifras filtradas a la prensa.

—¿Qué coño significa esto? —le pregunté, clavando cada palabra como un cuchillo.

Y por fin, se desmoronó.

—No sabía que Catalina iba a cargar con toda la mierda. De hecho, hasta hace poco no sabía que fue ella la que filtró lo primero —susurró. —Solo era información de mierda. Pensé que no importaba. Toni me ofreció dinero. Y yo… yo solo quería ajustar cuentas.

—¿Ajustar cuentas? ¿Conmigo?

—No contigo. Con la empresa. Con los que me ningunean desde el día uno. Con el sistema. Toni me ofreció pasta. No parecía gran cosa. Solo un empujoncito— se disculpó, como si eso pudiera deshacerlo todo, como si bastara con su arrepentimiento.

—¿Tienes idea de lo que has hecho?

—Sí. Ahora sí.

—Eres un hijo de puta. ¿Cómo has podido, Alonso? ¡¿A mí?! Y encima me vienes de amigo en el baño dándome consejos sobre Catalina… cuando la realidad es que me has vendido. Te vas. Hoy. Ahora. Y si vuelvo a verte en esta empresa, juro que no respondo de mis actos.

Le eché sin miramientos, había sido mi mano derecha. Le dije que no quería volver a verlo en mi empresa y cuando se giró en la puerta, añadió:

—Catalina no tuvo nada que ver, al menos no esta vez. Toni no está nada contento con ella, por si te interesa, lleva tiempo intentando intimidarla, pero ella no ha dado más información. Ni tuya ni de la empresa.

Fue en ese momento cuando lo supe, y ahora, en este presente que no sé cómo sostener, no sé qué mierda hacer.

Porque si ella es inocente… si su silencio ha sido miedo y no culpa… entonces yo soy el imbécil que la ha vuelto a perder sin siquiera luchar por ella.

No obstante, si yo no hubiera tenido nada que ocultar en la empresa, tampoco habría nada que sacar.

Eso me hace reflexionar.

Doy un sorbo a mi café solo y al instante recibo un mensaje que me deja completamente paralizado:

"Todo lo que tenía ya no existe. Nada tuyo volverá a salir de mi parte. No me des las gracias a mí, ni tampoco al traidor de Alonso —sé que has descubierto que era él—. Tu dulce Catalina se ha sacrificado por ti. ¡Qué enternecedor! Hasta la vista, Escassi."

57
Catalina

Toni me observa como si ya supiera que voy a ceder. Está sentado con las piernas cruzadas, los dedos entrelazados, esa sonrisa suya de quien nunca juega limpio, pero siempre gana.

—¿Estás preparada para pagar el precio?

Lo miro.

Me arden las mejillas, pero no por rabia.

Es vergüenza, miedo... resignación.

Estoy cansada de huir.

—Te he dicho que lo haré —repito, cruzando los brazos sobre el pecho.

Él asiente, como quien ya tiene el plan escrito desde hace días.

—Perfecto. Pues aquí va la oferta: un programa. Especial de prime time. "De alta sociedad a baja autoestima". —Sonríe—. Vale, el título aún no es definitivo. Pero la idea es mostrar tu historia: cómo pasaste de vivir entre cócteles y estilistas a compartir piso con una señora que fríe croquetas en bata y le habla a un gato con nombre de dibujo animado. Todo en directo, por supuesto.

—¿Tú estás de coña? —Abro tanto los ojos que temo que se me salgan de las cuencas.

—Ni un poco. Quieren mostrar lo que pasa cuando se te cae la vida encima y no hay nadie sujetándote el bolso de Chanel.

Le lanzo una mirada fulminante, pero él no se inmuta, cruza una pierna sobre la otra y sigue.

—Queremos emociones. Queremos verdad. Un retrato de la Catalina Ferrer más humana. Ya no eres noticia por tus fiestas, sino por tu caída. Aprovechémoslo.

—¿Y si digo que no?

Toni se encoge de hombros con fingida indiferencia.

—Entonces no podré garantizar que alguien más, quizá con menos escrúpulos que yo, saque a la luz lo que queda de esa carpeta. Y créeme, cariño, alguien siempre quiere un trozo del pastel.

Guardo silencio.

En mi estómago, un nudo.

En mis pulmones, aire en suspenso.

Pienso en Mateo, en cómo me miró, en lo que dijo, en lo que no dijo y, sobre todo, en lo que yo no tuve el valor de contarle a tiempo.

—¿Y si lo hago? ¿Lo emiten y ya está?

—Lo emitimos, tú quedas como la ex rica simpática que ahora es como cualquier otra mortal, lloramos todos un poco, tú recibes aplausos de pie y... Mateo y su empresa quedan a salvo. Nadie más se mete con ellos. Fin de la historia.

Sus palabras suenan limpias, casi nobles, pero debajo hay barro.

Lo noto. Y aun así, asiento.

Porque por primera vez en mucho tiempo, no estoy pensando en mí.

—Lo haré —susurro.

Toni sonríe, satisfecho.

—Sabía que eras lista.

—No soy lista. Estoy rota. Y cuando una está rota, lo único que le queda es elegir cómo se rompe del todo.

—Pues prepárate, princesa. Vamos a enseñarle al mundo lo que queda cuando a una reina le quitan la corona.

Me levanto sin responder.

No puedo permitir que vea que me tiembla la barbilla, ni las manos, ni el alma.

Cuando salgo del coworking, Madrid parece burlarse de mí con su cielo despejado y su sol perfecto, como si el universo me gritara: "¡Sonríe! Estás a punto de humillarte en horario de máxima audiencia".

Y yo… lo haré.

Por él.

Porque si tengo que arrastrarme para salvar a Mateo… no me temblará el pulso.

Me muerdo el labio recordando ese fuego dentro de mí cuando terminó la conversación con Toni una semana atrás que acabas de leer.

Hoy, me encuentro en el set de grabación de mi caída hacia el vacío.

En estos días no he mantenido contacto alguno con Mateo, debe estar tan dolido que no quiere ni verme, tan solo espero que sirva lo que estoy a punto de hacer para evitar que su empresa caiga.

—¿Estás segura?

La voz de Cuca suena como una bofetada con guante blanco, sacándome de mi ensimismamiento.

Maruja, a su lado, asiente tan rápido que parece estar reafirmando una conspiración.

—A ver, yo entiendo que quieras redimirte, nena, pero ¿en la tele? ¿Con maquillaje de plató y todo? Mira que eso no lo perdona ni la virgen del Rocío.

Trago saliva y me miro en el espejo del camerino.

Lo que veo es un intento.

Una Catalina reconstruida con BB cream, eyeliner y dignidad agrietada.

—No estoy segura —respondo, sin dejar de ajustar el top de Zara que he combinado con unos pantalones prestados por Maruja, que jura que "estilizan el culo".

—Pues si no estás segura, cancela. —Cuca se cruza de brazos. Lleva gafas de sol dentro del estudio como una diva de los 90—. Yo

me planto en la puerta y le hago un piquete a ese periodista vendido. Tengo pancartas en el coche.

—No —digo, respirando hondo—. Lo hago porque es lo único que me queda por hacer.

Maruja se acerca y me pone una mano en el hombro.

—Catalina, cariño, tú no naciste para ser mártir. Tú naciste para reinar.

Asiento.

Y en ese momento, la regidora llama desde la puerta.

—¡Catalina Ferrer al set! Vamos a grabar en cinco minutos.

Tomo aire, cierro los ojos, Cuca me santigua en el aire como si fuera a lanzarme al ruedo y Maruja me lanza un beso sonoro y un "¡Venga, valiente!".

Anda que…

Y allá voy.

El plató es una especie de sala blanca decorada con muebles tipo "estilo escandinavo para llorar con elegancia".

Enfrente tengo a la presentadora, una rubia de sonrisa profesional y tono pastel.

—Catalina, bienvenida. Gracias por estar aquí.

—Gracias a vosotros por darme la oportunidad de hacer el ridículo a escala nacional.

La presentadora suelta una risita falsa.

Yo no.

Yo ni me inmuto.

Las cámaras empiezan a rodar.

Luces encendidas.

Público silenciado.

Y la verdad... ahí, justo en la punta de mi lengua.

—Catalina —empieza la rubia—, tú lo tenías todo: fama, dinero, estabilidad. ¿Qué pasó?

—La vida. Pasó la vida. Esa cabrona impredecible con tacones de aguja y mala leche —respondo intentando parecer todo lo que tranquila que puedo.

A partir de ahí, todo fluye.

Cuento mi historia sin disfraces, desde la Catalina que compraba champán sin mirar el precio hasta la que ahora compra papel higiénico por unidades sueltas en el supermercado de descuento.

Hablan de mi caída, de la empresa, del escándalo.

Yo hablo de culpa, de amor, de vergüenza, de renuncia. Y lo hago con una sonrisa que duele y un nudo en la garganta que no me deja tragar saliva.

Y entonces…

—Y cuéntanos —dice la presentadora—, ¿hay alguien especial en todo esto? ¿Alguien que te haya marcado de verdad?

Silencio.

Cuca se revuelve en la silla del fondo del plató y Maruja saca una gominola de su bolso como si fuera a usarla como proyectil.

Por Dios… que no la líen o me cago viva aquí.

Trago saliva.

—Sí. —Miro a cámara, sé que me brillan los ojos, porque se me han aguado—. Se llama Mateo. Y me marcó tanto que aún no sé si podré borrarme su nombre de la piel.

La presentadora sonríe con cara de cebo para audiencia.

—¿Y le dirías algo si pudiera escucharte ahora?

—Que lo siento. Que si pudiera volver atrás, no lo haría todo distinto… lo haría todo por él.

Corte.

En cuanto dicen "¡tenemos plano!", me bajo del taburete con las piernas temblando.

En la distancia, veo a Cuca limpiándose una lágrima con el dorso de la mano.

Maruja le da una palmadita en el hombro y le dice:

—Bueno, tampoco ha estado tan mal, ¿eh? Hasta ha parecido de verdad.

Y yo… yo solo quiero que, de alguna forma, en algún rincón de Madrid, Mateo esté viendo esto.

Y que entienda que esto no es solo un acto de redención, es una declaración de amor.

Espero estar a tiempo.

58
Mateo

Han pasado siete días desde que Catalina salió de mi despacho. Siete días desde que dejó esa carta sobre la mesa y se marchó sin mirar atrás.

No respondió a mis mensajes.

No devolvió mis llamadas.

Y yo… no insistí más.

Porque a veces, el silencio de alguien que amas no es una puerta cerrada, sino una herida abierta.

Pensé que si necesitaba tiempo, debía dárselo, debía también dármelo a mí mismo.

A ambos.

No obstante, cada noche sin ella está siendo una batalla.

Y cada mañana sin su risa, una pérdida.

No sé si está bien o si en algún momento volveré a verla.

Solo sé que duele.

Duele tanto, que me convenzo de que es mejor dejarla ir… aunque al rato se me pasa y me maldigo a mí mismo por ser tan idiota.

La televisión está encendida en la sala de descanso, pero nadie le presta atención.

Son las 20:07 y solo quedamos dos o tres almas rezagadas en la planta.

Santi está echando azúcar a un café descafeinado que no se va a beber, porque no le gusta que no lleve cafeína, y yo, simplemente, paso por ahí.

—Eh, jefe —me llama—. ¿Esa no es… Catalina?

Me detengo, giro la cabeza y la veo.

Efectivamente, es ella.

Está sentada en un taburete blanco, iluminada por focos que no le hacen justicia, con los labios rojos y el pasado contenido en la

mirada.

—¿Puedes subir el volumen?

Santi, sin entender nada, obedece, y la voz de la presentadora llena la estancia.

«Catalina Ferrer. La heredera caída. La mujer que lo tuvo todo y ahora vive, según sus palabras, con cucarachas, croquetas congeladas y una vecina llamada Maruja.»

Mi estómago se encoge.

¿Qué demonios…?

La pantalla cambia a un primer plano de Catalina.

Está serena, pero algo en la curva de su cuello delata tensión.

Traga saliva, mira de frente y habla:

—Pasé de vivir en un ático de lujo a compartir piso con una bombona de butano y Don Gato, que ya ni me mira a la cara. Lo perdí todo. Pero lo más difícil no fue eso… fue perderme a mí.

Siento que algo se me rompe por dentro.

—¿Sabías que iba a hacer esto? ¿Por qué hace esto? —pregunta Santi.

Niego con la cabeza.

No puedo responder, no puedo ni respirar.

Catalina sigue:

—Y sí, cometí errores. De los gordos. Dejé que mi dolor decidiera por mí. Pero lo peor de todo no fue la caída, fue hacerle daño a alguien que no lo merecía. Alguien que… que me vio cuando ni yo sabía quién era.

Mi pulso se acelera, el corazón late contra las costillas como si supiera que lo están nombrando.

—¿Y hay alguien que te haya marcado de verdad? —pregunta la presentadora.

Catalina sonríe.

Una sonrisa triste, de esas que se quedan pegadas a la piel.

—Sí. Se llama Mateo. Y me ha marcado tanto que aún no sé si podré borrarme su nombre de la piel.

Mis piernas pierden fuerza y me dejo caer en una de las sillas.

Catalina no se detiene:

—Si pudiera decirle algo… sería que lo siento. Que si pudiera volver atrás, no haría todo distinto. Haría todo… por él.

Cierro los ojos.

Siento el peso de cada palabra en el pecho.

Cada sílaba es una piedra que cae, una caricia que quema.

—Joder… —murmura Santi, en voz baja. —Eso… eso es amor, ¿no? ¿Estáis liados?

No respondo, porque lo sé, porque lo siento, porque me atraviesa como un disparo de verdad.

No sé cuánto rato me quedo ahí, mirando la pantalla en negro después de los créditos.

El plató se desvanece y la emisión en directo termina, pero Catalina sigue resonando en mi cabeza.

Miro el móvil.

Ni un mensaje de ella.

Nada desde hace días.

Solo mis palabras rebotando en buzones vacíos.

Y ahora esto: un acto público, íntimo, desgarrado. Esta confesión envuelta en focos.

¿A esto se refería Toni cuando me mandó aquel mensaje?

JODER.

—Oye, jefe… —intenta decirme Santi.

—¿Qué? —balbuceo.

—No sé, pero… yo iría a hablar con ella.

—¿Sí?

—Sí, jefe.

Asiento torpemente con la cabeza, debo parecer un títere fragmentado o algo así.

Me levanto, salgo del edificio sin decir nada y el aire de Madrid, que está denso y cargado, me alcanza el rostro.

Parece que la ciudad sigue con su día a día lleno de gente, rutinario, pero yo no.

Yo no puedo seguir como si no hubiera escuchado eso.

Como si no la conociera.

Como si no la amara.

Y lo único que sé con absoluta certeza es esto: Tengo que ir a buscarla, porque no se me ocurre mayor locura que perderla de nuevo.

59
Mateo

He visto la entrevista entera dos veces más.

He visto cómo intentaba sonreír sin que se le quebrara la voz, cómo hablaba de su nueva vida como si no le doliera, cómo mencionaba a Maruja y a Don Gato con ese brillo en los ojos que solo se tiene cuando uno empieza a querer de verdad lo que nunca quiso tener.

Y he sentido un nudo en el pecho, uno que no se afloja con whisky ni con trabajo.

Se ha tragado su orgullo, su historia y su apellido para salvarme el pellejo.

Estoy casi seguro de que ese es el trato que hizo con el miserable de Toni, por eso me mandó aquel mensaje.

Llamo a Silvia a pesar de que sé que está en su casa.

Me la pela.

Le digo que no iré a la oficina ni mañana ni hasta que arregle esto.

Cojo las llaves, salgo de casa y subo al coche, ahora sí estoy listo para ir a hablar con ella.

Conduzco sin pensar demasiado, solo con una dirección fija en la cabeza: su casa.

Su verdadero hogar ahora, ese cuchitril de cuarenta metros con olor a sopa y alma de campo de batalla.

¿Que cómo he sabido la dirección?

Mirando su currículum con atención, por supuesto, de haberlo hecho antes no habría hecho el imbécil dejándola en casa de sus

padres, que ya no es de sus padres, por cierto, ahora la tienen los rusos esos.

La que creo que es la tal Maruja me abre la puerta cuando llego.

No me mira mal, pero tampoco siento ser santo de su devoción, por lo menos en este instante en el que me observa como una madre que no sabe si sacar el rodillo o el tupper.

—Está dentro —dice de forma seca.

—¿Y Cuca?

—Cuca está viendo Sálvame en mi casa. No es tonta.

Cuca sí que sé quién es, una vez Catalina hizo un trabajo sobre ella en el instituto.

Asiento, respiro hondo y entro.

Ella está sentada en el sofá, con una mantita y una taza de té entre las manos.

Lleva una camiseta descolorida que dice "Drama Queen", el moño mal hecho y ojeras que contarían historias sin palabras.

Cuando me ve, su cuerpo se tensa, pero no dice nada.

Yo camino hacia ella, despacio, como quien cruza un campo de minas.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta en un hilo de voz.

—Venir a buscarte, necesito hablar contigo.

—Esto es lo que soy —dice ella, antes de que yo abra la boca de nuevo—. Ya no queda nada de esa niña pija con la que te metías en el instituto. Nada de los cócteles de las embajadas, ni del chófer, ni de los vestidos que no podía repetir. Esto es lo que hay. Cuatro tazas desparejadas, una vecina que fríe pescado a las siete de la mañana y un gato que se tira pedos.

Traga saliva y yo la observo. Siento tanta ternura en estos momentos por ella dentro de mí, que temo reventar en cualquier instante.

—Si vienes a devolverme algo, no hace falta. No tengo sitio donde guardarlo.

Me arrodillo frente a ella y dejo el abrigo sobre el suelo.

—No vengo a devolverte nada —le digo. Imagino que se refiere a sus pertenencias de la oficia—. Vengo a decirte que me equivoqué, que te amé sin saber cómo, que te juzgué sin conocer nada de ti,

que te hice daño por miedo. Y que… quiero empezar de cero. Pero solo si tú también lo quieres. Quizá si yo no hubiera sido un imbécil contigo, tú no hubieras querido venganza.

Catalina me mira y, aunque sus ojos están vidriosos, no llora.

—Realmente dudé desde el principio, porque cuando volvimos a encontrarnos no me pareció que quedara nada de ese adolescente insufrible. Pero se me quitaron cuando después de besarme, me quitaste valor y responsabilidades —Se encoge de hombros.

—¿Ves cómo soy gilipollas? Por favor, arreglemos esto… —le digo.

—¿Y qué hay de la filtración? ¿De todo lo que hice?

—El pasado no me importa si tú estás en mi futuro.

Ella me observa.

Un segundo.

Dos.

Y luego… sonríe.

Esa sonrisa rota pero valiente que me volvió loco desde el principio.

—¿Te apetece un té? —me pregunta.

Y entonces me relajo, porque parece que voy por buen camino.

60
Catalina

Mi pecho se contrae. Las palabras se me apelotonan en la garganta, haciendo cola sin orden.

Pero lo miro y lo veo.

Lo veo de verdad.

No al jefe.

No al chico del instituto.

No al hombre que me rompió el corazón sin querer.

Veo al Mateo que se está desarmando delante de mí.

Le ofrezco una taza de té, porque es lo único que puede salvarme ahora mismo de no caerme redonda en el suelo.

Mateo asiente con la cabeza, se sienta en el sofá y aprovecho este momento para mentalizarme y relajarme mientras mantengo las manos ocupadas tanteando la tetera.

Algunos instantes más tarde, cuando he dejado dos tazas de té sobre la mesa baja de delante del sofá, sé que estoy algo más preparada para enfrentarme a esta conversación.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —pregunto, con la voz hecha trizas—. Porque no tengo mármol en el baño, Mateo. Lo que tengo es moho. Y humedad. Y sueños hechos pedazos que estoy intentando reconstruir con cinta adhesiva y croquetas congeladas.

Él sonríe. Esa sonrisa ladeada que me desarma desde el primer día.

—Me encantan las croquetas. Incluso las congeladas.

Me río. O lloro. No lo sé bien. Algo entre medias.

—Sabía que vendrías si había croquetas de por medio —respondo con una sonrisa tímida—. No, es broma, sinceramente pensé que jamás volvería a hablar contigo.

—Alonso era la otra persona que pactó con Toni.

Parpadeo un par de veces.

—¿En serio?

—Sí. Está despedido, claro.

Mateo suspira y luego me mira.

Y ahí es donde lo veo: la herida aún abierta, el dolor contenido, pero también… el hilo tenue de esperanza.

—Mateo… yo…

—Espera —la interrumpo y luego cojo aire y valor—. Necesito decirte esto. Siempre he tenido miedo, Catalina. Miedo de perder el control. De volver a ser el imbécil del instituto. De no ser suficiente. Pero contigo… contigo no quiero controlar nada. Solo quiero quedarme.

Parpadeo, totalmente sorprendida.

¿Qué está diciendo el chico de ojos azules que me ha robado el corazón?

No digo nada, solo lo observo pelearse con sus emociones, igual que yo me he peleado con las mías todas estas noches.

—No fui justa contigo, Mateo —susurro al fin—. Me movió la rabia, la culpa, las ganas de demostrar que podía sobrevivir. Te usé. Y cuando quise arreglarlo… ya era demasiado tarde.

—No —niega él—. Nunca ha sido demasiado tarde para nosotros. Ni siquiera cuando éramos unos críos.

—¿Sabes que durante años quise romperte la cara por lo que me hiciste en el instituto?

—¿Solo la cara?

—La cara, el ego, y una parte del alma, sí. Pero ahora solo quiero… no sé. Descubrir qué más hay de ti que no conozco.

—Eso me parece estupendo.

Nos quedamos callados, pero lo cierto es que no me siento incómoda en este momento.

—Quién nos lo iba a decir…

—La verdad es que sí —me da la razón—. Quién me iba a decir que quiero una vida contigo, que hablemos más y nos callemos menos. Que quiero besarte cuando estés bien, pero también cuando estés insoportable. Que no me importa dónde vivas, ni qué coche tienes, ni cuántas cucarachas hay en tu piso…

Me muerdo el labio, un calorcito agradable me está recorriendo el cuerpo en este momento al escuchar estas palabras.

—¿Y si me da miedo? —pregunto.

—Te cojo de la mano.

—¿Y si huyo?

—Te sigo —afirma él.

—¿Y si vuelvo a cagarla?

—Te abrazo más fuerte.

Sus ojos brillan, yo me acerco un poco más.

—¿Y si te digo que aún no confío del todo en ti?

—Te espero. Cada día, si hace falta.

Me río, no lo puedo evitar.

Y suelto todo el aire que parecía estar reteniendo en los pulmones.

—¿Y si te digo que te amo?

—Entonces me habrás salvado —responde.

Es entonces cuando me besa, pero no como antes. Este beso no es promesa ni despedida.

Es un comienzo.

Uno que, esta vez, no vamos a romper.

A veces el amor no necesita grandes declaraciones, solo dos personas con las manos frías, los corazones ardiendo y la voluntad de quedarse.

Epílogo

Soy Don Gato.

Ese es mi nombre.

¿Qué esperabais? ¿Steve McQueen?

No, cariño.

Don Gato.

Con "Don", porque los títulos hay que ganárselos, y yo he pasado unas semanas muy duras en ese piso con goteras, esa comunidad con más secretos que el Vaticano y esa vida que, aunque parezca mentira, terminó sabiendo a hogar.

La historia que os han contado… bueno, digamos que la he vivido desde una perspectiva privilegiada: desde la encimera, el respaldo del sofá, y alguna que otra caja de cartón estratégicamente colocada.

He escuchado llantos.

He visto croquetas volar.

He sido testigo de llamadas desesperadas y de silencios que gritaban más que cualquier berrido humano.

Y os voy a decir algo: yo supe desde el primer maullido que Mateo Escassi era un pringado con corazón de mantequilla.

Y Catalina Ferrer… ah, esa humana. MI humana, mejor dicho.

Qué mujer.

Se cayó de su pedestal con una dignidad que ya quisieran muchas.

Y se levantó.

Con las rodillas peladas, pero con una fuerza que ni ella sabía que tenía.

Ahora hace justo un año desde que todo explotó.

Un año desde que las croquetas se convirtieron en cartas de amor y desde que la oficina dejó de ser un campo de batalla para convertirse en un proyecto compartido.

Sí, compartido, porque ella volvió.

Y, además, con hechos, ideas y propuestas.

Catalina trabaja en la empresa de Mateo, pero esta vez como socia.

¿Socia, he dicho? Sí.

Con voz, voto… y nueva cafetera en su despacho.

Un símbolo de que esta vez, va en serio.

¿La empresa? Floreciendo.

¿Las filtraciones? Asunto cerrado.

Alonso fue despedido, Toni desapareció en su nube de humo mediática y los que apostaron por el caos… se quedaron sin asiento en esta nueva etapa. Bien merecido.

¿Y Mateo y Catalina?

Viven juntos en un piso con terraza, que para mí es gloria.

Uno que todavía no tiene lujos, pero sí dos sillas, una mesa coja y muchas noches de vino y confesiones.

Yo sigo con ellos, por supuesto.

Faltaría más.

Me gano mi lata de atún premium cada vez que salto a sus regazos para interrumpir un momento íntim, porque el amor, como el ronroneo, debe tener pausas estratégicas.

Maruja y Cuca vienen los fines de semana.

Y yo, Don Gato, observo todo con la paciencia del que ha visto nacer algo hermoso entre el desastre y acepto el jamón york que me trae una de ellas.

A veces, por las noches, Catalina le pasa la mano por el pelo a Mateo, él le besa la frente, y creen que no los veo.

Pero claro que los veo, pero yo lo veo todo, como Rappel.

Y sé que este amor no es perfecto ni de película, es de los que se construyen día a día.

Con perdón.

Con segundas oportunidades.

Con croquetas recalentadas y sábanas que aún huelen a "te echo de menos".

Y ahora, si me disculpáis, me toca la siesta.

Pero os dejo con esto: no importa cuánto te equivoques, no importa cuán roto creas que estás, si alguien te ama de verdad, lo

hará incluso cuando hueles a derrota y te esperará.

Con una croqueta en la mano y un corazón abierto.

Ya estoy bostezando, ahora mismo me quedo como un tronco.

Posdata: el padre de Cata sigue por ahí, a saber dónde, yo creo que está en un paraíso fiscal.

FIN

GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ, SI TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA PUEDES SEGUIRME EN MI RED SOCIAL PARA MÁS CONTENIDO LITERARIO Y ESTAR AL TANTO DE MIS PRÓXIMOS TRABAJOS.

IG: @natalia_escribe